

Peter Cameron

Coral Glynn

Traducción de Patricia Antón



Lectulandia

En 1950, una joven llamada Coral Glynn acepta un trabajo en una casa de campo inglesa. Deberá cuidar a una anciana enferma, la señora Hart, con la que vive también su hijo Clement, un militar todavía convaleciente de las heridas sufridas durante la segunda guerra mundial.

En el frío ambiente de la casa, se produce el acercamiento entre Coral y Clement: dos seres solitarios que se reconocerán mutuamente en el dolor íntimo que uno y otro esconden.

Circunstancias aparentemente fortuitas –el encuentro con unos niños, la desaparición de un anillo o una carta extraviada– condicionarán desde el principio su relación.

En esta desolada historia de amor Cameron nos habla de la evolución de los sentimientos, de la rapidez con que la soledad y el deseo pueden dar lugar al amor y de cómo este, a veces, puede terminar transformándose en algo menos radical. Con su habitual maestría para crear ambientes y revelar los matices de sus personajes, Cameron nos guía por los sutiles recovecos sentimentales de la historia hasta un inesperado final.

«Cameron revela su talento de la única manera que importa: contando una historia fascinante con un depurado estilo a menudo desgarrador». The Wall Street Journal.

«Una historia triste pero hermosa y cautivadora que gira en torno al amor. Cameron retrata magistralmente las razones que mueven a sus personajes; sus motivaciones son tan íntimas y tan reales que el lector es capaz de advertir su presencia incluso antes del impactante momento en el que son desveladas». The New York Times Book Review.

«Peter Cameron es un escritor cautivador y elegante. (...) Los argumentos, las peripecias y los encuentros de sus personajes, en vez de transcurrir por caminos trillados arrastran al lector hacia itinerarios más amplios e inesperados». The Boston Globe.

Lectulandia

Peter Cameron

Coral Glynn

ePub r1.0

Castroponce 05.05.2017

Título original: *Coral Glynn*
Peter Cameron, 2011
Traducción: Patricia Antón de Vez
Diseño de portada: Enric Jardí

Editor digital: Castroponce
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Florent

Había resuelto no conformarse con una vida inerte, como la que claramente esperaban que tuviera aquellos pocos que sabían algo de ella. Saldría al mundo, a ver si encontraba alguno de esos placeres sobre los que había leído en los libros.

ANTHONY TROLLOPE, *Miss Mackenzie*

Primera parte

Aquella primavera, la de 1950, había sido especialmente húmeda.

En Hart House se inundó toda una zona al fondo del jardín y se formó una charca poco profunda donde los azafranes asomaban animosos sus cabezuelas, como niños temblando de frío en una clase de natación. La gravilla clara en los senderos del jardín se había vuelto verde, cada piedrecita envuelta en una capa húmeda y transparente de cieno, y no podía uno sentarse en los dos bancos de cemento que flanqueaban la puerta que daba al río sin descolocar primero a los caracoles y babosas adheridos a ellos.

La humedad excesiva del jardín no le preocupaba a nadie en Hart House, salvo a la nueva enfermera, que había llegado el jueves y que, las dos tardes que hizo más o menos buen tiempo, había intentado sentarse fuera un rato, lejos de la tensión y la enfermedad que reinaban en la casa. Pero el jardín le parecía inhóspito, de modo que había decidido quedarse dentro.

Oficialmente, al menos, solo era la enfermera de la anciana señora Hart, que se estaba muriendo de cáncer. Su hijo, el comandante Hart, herido en la guerra, a quien parecía faltarle una pierna o parte de ella y que se movía con la rigidez de una extraña marioneta, no tenía necesidad de una enfermera. Oficialmente, al menos.

Coral Glynn era la tercera enfermera en otros tantos meses; no estaba muy claro qué había llevado a marcharse a sus predecesoras, aunque en el pueblo la cuestión había dado pie a muchas conjeturas. En primer lugar se pensó que el comandante podía ser un Lotario y que habría hecho insinuaciones vergonzosas, aunque nunca había actuado de semejante manera; de hecho, siempre había parecido ajeno a cualquier clase de romance. Cuando la segunda enfermera, que era bastante vieja, se marchó con la misma rapidez, todos dieron por sentado que la señora Hart era imposible, pues los moribundos suelen serlo, y Edith Hart ya había puesto a prueba la paciencia de la gente cuando gozaba de buena salud. La nueva enfermera, la tercera, volvía a ser joven, y se esperaba verla poner tierra de por medio el día menos pensado, ya fuera por culpa de una seducción no deseada o de maltratos.

Había otra persona en la casa además de Coral y la señora y el comandante Hart: una anciana, una tal señora Prence, que hacía las veces de cocinera y ama de llaves. Antes de la guerra habían tenido una cocinera propiamente dicha y una criada, pero ahora todas las tareas de la casa recaían en la señora Prence, quien las sobrellevaba con gruñona sumisión.

Hart House se hallaba a varios kilómetros de Harrington, en Leicestershire. Se alzaba sobre una loma en la vega del río Tarle, cerca del bosque de Sap Green. No había otras casas a la vista, pues la vega se inundaba con frecuencia, y el aire, muy húmedo, se consideraba poco salubre.

En su primera velada en la casa, Coral bajó por las escaleras tras haber acostado a la señora Hart, y se encontró a su hijo de pie en el vestíbulo. Aunque estaba muy

enferma, la anciana insistía en seguir con la monótona rutina cotidiana de levantarse y vestirse; le hacían la cama y la trasladaban a una *chaise longue* donde echaba sueñecitos y se revolvía con inquietud, envuelta en una manta, hasta después de cenar, momento en que la desvestían y lavaban y volvían a meterla en la cama. Esta última era una empresa complicada, porque se trataba de una cama con dosel a la que había que encaramar a la anciana, pues ya no podía subir los peldaños de madera que habitualmente servían de acceso. Se negaba a dormir en otro sitio: afirmaba que había nacido en aquella cama (aunque en realidad no era así) y que moriría en ella. O más bien subiéndose a ella, pensaba Coral. Así que la joven estaba más agotada que de costumbre —por la combinación del viaje y la llegada, por todo el ajetreo de instalarse, conocer a su nueva paciente y tener que subirla a aquella ridícula cama— y no le hizo mucha gracia ver al comandante Hart esperando al pie de las escaleras, apoyado en el bastón. Coral se detuvo en el rellano y lo miró. Él trataba de que su postura pareciera desenfadada, pero no podía disimular la utilidad práctica del bastón.

—¿Cómo está madre? —quiso saber.

«¿Qué se yo? —se dijo Coral—. No sé qué espera la gente, qué pesadez. Pues claro que su madre no está bien, si no, yo no estaría aquí. Y como he llegado hoy, no tengo con qué comparar su estado de salud. ¿Y por qué la llama “madre”? ¿Por qué no ha dicho “mi madre”?».

—Su madre está débil y un poco angustiada —respondió—, pero yo la veo estable. Le he puesto una inyección. Debería dormir toda la noche.

—¿Tiene muchos dolores?

—No —repuso Coral—. La inyección aliviará cualquier dolor que pueda tener.

—Ah —soltó el comandante como si ella hubiese dicho algo ingenioso. Se miraba las manos. Una aferraba la empuñadura del bastón y la otra aferraba a su compañera.

De algún lugar les llegó el tintineo de un reloj —la casa era grande y estaba llena de relojes que tintineaban o daban suaves campanadas— y Coral fue súbitamente consciente del viento que soplaba fuera, de la humedad. Qué lejos de todo estaba aquella casa. Se estremeció.

El comandante Hart alzó la vista y la miró como si hubiese oído sus pensamientos. Coral se quedó muy quieta, sin ganas de moverse. Qué cansada estaba. Tendió la mano para apoyarla en la barandilla. Levantó la vista hacia el techo artesonado y distante. Pensó en su cansancio y en la pequeña habitación en la buhardilla que le habían enseñado, una habitación que ahora era suya y donde la estrecha cama no estaba hecha: solo había un colchón desnudo sobre el burdo armazón de hierro, con un minucioso mapa de antiquísimas manchas y con las sábanas amontonadas a los pies. «¿Y por qué debería haber esperado otra cosa? —se dijo—. ¿Quién iba a hacerme la cama a mí? Debería alegrarme de tener siquiera una cama y una habitación, por pequeña que sea; con la de gente que hay que no tiene habitaciones ni camas...».

—Se me ha ocurrido que a lo mejor... —empezó el comandante Hart, pero se interrumpió.

—¿Sí? —repuso ella, pero captó el agotamiento y el rechazo en su voz, y repitió con tono más dulce—: ¿Sí?

—Pensaba que a lo mejor le apetecería un poco de brandy, o un té quizá, delante del fuego. Pero igual está demasiado cansada.

—No, no —contestó Coral—. Gracias. Me encantaría tomar un poco de brandy, solo una copita.

—Me parece que ha tenido usted un día muy largo —comentó él. Retrocedió con torpeza unos pasos para hacerle sitio al pie de las escaleras.

—Sí —repuso Coral, y acabó de bajar.

Se toqueteó el pelo y lo siguió hasta la biblioteca en penumbra, con las cortinas corridas y solo una tenue lamparita sobre el escritorio y un fuego ardiendo suavemente en la chimenea. El comandante dio la vuelta a su butaca para que quedara frente a la que había junto al fuego y que había colocado allí para ella, o eso le pareció a Coral. Sirvió un poco de brandy en una copa y se la tendió, y durante un instante ella no la cogió; se limitó a dejarla ahí entre ambos, ambarina bajo el resplandor del fuego. Le pareció todo un obsequio.

—Gracias. Muy amable.

Él no dijo nada, y Coral no pudo descifrar su expresión en la penumbra. Tenía un rostro dulce, atractivo, y aunque las manos le temblaban, sus facciones transmitían una calma absoluta, casi sobrecogedora.

—¿Usted no toma? —preguntó.

Por toda respuesta, el comandante se sirvió una copa. La tendió hacia ella, pero las llamas se habían movido y el líquido continuó viéndose oscuro.

—Bienvenida a Hart House.

Coral entrechocó su copa con la del comandante y luego se la llevó a los labios y bebió. El brandy estaba delicioso y ardiente; le hizo recobrar el ánimo, la centró. Durante un instante se sintió a punto de llorar, pues el brandy tenía también ese poder, pero supo contenerse.

Se sentaron en las butaquitas junto al fuego.

—Espero que sea feliz aquí —empezó él—. Confío en que mi madre no sea una carga demasiado pesada.

—No, qué va —repuso Coral—. No es una carga, en absoluto; ningún paciente lo es.

—Claro, claro. Visto de esa manera, supongo que no.

Ella no supo qué responder, de modo que no dijo nada.

—¿De dónde es usted? —se interesó el comandante.

—De Huddlesford.

—Vaya, Huddlesford —repuso él.

—Aquí la primavera llega muy tarde —comentó Coral.

—Sí. Siempre llega tarde.

—¿Es usted de aquí? —quiso saber ella.

—Sí. Me crié en esta casa. —Su mirada se dirigió al techo y luego recorrió la habitación en penumbra, como si hubiese algún rastro visible de su larga estancia en la casa—. ¿Tiene familia en Huddlesford?

—No —respondió Coral—. Mis padres murieron.

—¿Y no hay nadie más?

—Tenía un hermano, pero lo mataron en la guerra.

—¿Dónde estaba? —quiso saber el comandante.

—En El Alamein.

—Ah, en el desierto. ¿Fue en la primera batalla o en la segunda?

—En la primera —respondió Coral—. El dieciséis de julio.

—Lamento su pérdida.

Ella no contestó. El comandante miró la copa de brandy y tomó un sorbo. Luego volvió a mirar a Coral.

—¿Trabajó de enfermera en la guerra?

—No. Era demasiado joven.

—Claro, claro. Por supuesto que sí, perdone.

—Me hubiera gustado —añadió Coral.

—¿Cuánto lleva de enfermera, entonces?

—Dos años.

—¿Y siempre trabaja así?

—¿Qué quiere decir?

—¿Siempre atiende a los pacientes en sus casas?

—Sí —repuso Coral—. Soy enfermera a domicilio. Ahora cuesta mucho encontrar un puesto en los hospitales, porque hay muchas enfermeras de la guerra.

—Claro, ya me lo imagino. ¿Y lo de ser enfermera a domicilio le gusta? ¿No se siente sola, tan lejos de casa?

—No —contestó Coral—. Me viene bien.

—¿Va de un sitio a otro, de un empleo al siguiente?

—Sí.

—¿Y dónde está su hogar?

—No tengo hogar —repuso ella.

—¿De veras? ¿Ninguno, en ningún sitio?

—No —repitió Coral, y hubo algo definitivo en esa admisión, algo irreparable, como si la carencia de un hogar impidiera seguir manteniendo una conversación.

Se ocuparon de sus respectivas copas de brandy. La de Coral no tardó en quedar vacía. Se puso en pie.

—Gracias por la copa. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó él.

Coral dejó la copa en la repisa de la chimenea y salió de la habitación. Subió por

las escaleras dejándolo allí abajo, tan solo en la penumbra que casi le pareció sumergido en ella.

Una tarde razonablemente bonita, cuando la señora Hart dormía, Coral bajó a la cocina. La señora Prence leía una revista sentada a la mesa, pero alzó la vista y la observó bajar por las escaleras.

—Buenas tardes, señora Prence.

—Buenas tardes —contestó la señora Prence. Volvió a concentrar la atención en la revista.

—Pensaba salir a dar un paseíto —dijo Coral—, y me preguntaba si podría sugerirme algún sitio.

—¿Un paseo? —repitió la señora Prence con cierta suspicacia.

—Un paseíto. No muy lejos, para tomar un poco el aire solamente.

La señora Prence profirió un curioso sonido que dejó bien clara su opinión sobre tomar el aire.

—¿No hay ningún sitio donde se pueda pasear? —insistió Coral.

—Para pasear tiene el mundo entero —declaró la señora Prence.

—Ya, solo pensaba que igual había algún sitio pintoresco.

La señora Prence volvió a soltar el ruido de antes.

—Bueno —concluyó Coral—, supongo que si echo a andar ya encontraré algo.

—Al otro lado del río hay un bosque —admitió la señora Prence.

Coral, herida en su orgullo, no le pidió más detalles.

—Si sale por la puerta al fondo del jardín, gira a la derecha y continúa por la ribera del río, llegará a un puentecito. Crúcelo y estará en el bosque de Sap Green. Hay un sendero por el que pasea la gente.

—Gracias —dijo Coral.

El cielo estaba muy bajo; no se sabía muy bien si había una niebla densa o si caía una fina llovizna. Pero Coral no pensaba desistir por algo tan intrascendente como el tiempo que pudiera hacer. La pequeña charca del jardín se había extendido y apenas quedaba sitio para rodearla. Sus zapatos chapoteaban en la tierra encharcada. La puerta se había hinchado y tuvo que forcejear para abrirla. El río fluía raudo y crecido lamiendo con avidez las boscosas riberas, extrañamente silencioso. O a lo mejor siempre era así de silencioso. Coral pasó de largo por un bosque de acebos, el mayor que había visto nunca, cuyas hojas metalizadas refulgían con crudeza en la oscura espesura. Durante un instante le pareció que oía llorar a alguien. Se detuvo y comprendió que no era más que el extraño frufú de las hojas de acebo movidas por el viento.

Las pocas tardes en que no llovía y la señora Hart dormía profundamente, Coral paseaba por el bosque de Sap Green. Exploraba los distintos senderos que lo recorrían. Cada uno emergía, sorprendentemente, a un mundo distinto: un cementerio, un aeródromo abandonado, el jardín lleno de maleza de una vieja casa, la vega del río. Advirtió que no era un bosque muy grande, pero internarse en él producía, de todas formas, una sensación de aislamiento.

Un día, cuando salía del bosque al sendero que llevaba a Hart House, vio una figura solitaria de pie en el puente. La tarde estaba sombría y se sumía poco a poco en las tinieblas, y había algo inquietante en aquella figura alta y oscura perfectamente inmóvil en el puente, como un centinela. La reacción instintiva de Coral fue dar media vuelta e internarse de nuevo en el bosque a esperar a que la figura desapareciera para regresar a la casa, pero comprendió que la habían visto; la figura alzó una mano a modo de saludo y la dejó ahí como quien llama un taxi. Era el comandante.

Coral miró atrás, hacia el bosque, como si una figura similar llamara desde la dirección opuesta o como si hubiese alguien detrás de ella a quien el comandante saludara. Pero no había nada ni nadie, solo las oscuras entrañas del bosque, de modo que se vio obligada a seguir para encontrarse con el comandante en el puente.

—Hola —dijo él cuando Coral se acercaba—. Qué casualidad encontrarla aquí.

—Sí —contestó ella.

—¿Estaba paseando por el bosque?

—Sí —repitió Coral, como si no conociera otra palabra.

—Qué lástima de tiempo —comentó él—. Una primavera muy húmeda. Aun así, debe de gustarle salir un poco de la casa.

Coral estaba a punto de decir que sí otra vez, pero se contuvo.

Él la miró —ambos habían contemplado hasta entonces la corriente que discurría veloz debajo de ellos—, y aunque Coral notó su mirada, continuó escudriñando el agua como si buscara algo perdido en el fondo. Al cabo de unos instantes, el comandante miró hacia el bosque que ella acababa de abandonar.

—De niño conocía muy bien ese bosque. Ahí paseaba y jugaba. En aquel entonces era mucho más grande y más salvaje. Bueno, no era en absoluto salvaje, pero a mí me lo parecía. Ya sabe, el punto de vista de un crío. —Hizo una pausa como si esperase algún comentario sobre aquel recuerdo, pero ella no dijo nada, de modo que prosiguió—: Ahora me cuesta mucho caminar por el bosque, porque el terreno es muy irregular. Me las apaño bien con el bastón siempre y cuando sea llano. Es patético, la verdad. —Dio golpecitos con el bastón contra la barandilla del puente.

—¿Qué pasó? —quiso saber Coral.

Tenía la vista fija en el bastón, pero ambos sabían que en realidad le miraba las piernas. El comandante llevaba pantalones de *tweed* verde y botas de piel con cordones. Se veían impecables y de piel muy buena y flexible; eran de un precioso color castaño.

—¿Se refiere a mi herida?

—Sí. Me lo preguntaba, pero a lo mejor no le gusta hablar de eso.

—Supongo que siendo enfermera como es...

—¿Sí?

—Supongo que, siendo enfermera, esas cosas le interesan.

—Bueno, pues no —contestó Coral—. Solo me preguntaba qué pasó.

—Como la mayoría de chicas. Las chicas son raras con esto de las heridas, ¿no? No les gustan. Pero supongo que con las enfermeras no pasa.

—Solo me preguntaba qué pasó —repitió Coral, dando nuevas muestras, por lo visto, de la escasez de su vocabulario.

—Me hirieron en la pierna derecha y sufrí unas quemaduras terribles en la izquierda. Llevo un aparato ortopédico.

—Pues parece apanarse muy bien con él.

—Como le decía, puedo arreglármelas si decido ir por el buen camino, el que le corresponde a un hombre como yo. Pero echo de menos el bosque. De niño tenía un fuerte donde jugaba a soldados. Me pregunto qué habrá sido de él.

—A lo mejor podría ayudarle, si quiere —propuso Coral.

—¿Ayudarme a qué?

—A caminar por el bosque.

—Perdone, pero eso es imposible. No pienso tolerar que me lleven de aquí para allá como a un inválido.

—Por supuesto —repuso ella—. Lo siento.

—No, el que lo siente soy yo, se lo aseguro.

Coral no dijo nada. Debajo del puente apareció un gato y se sentó en la ribera a lamerse las patas.

—Ese es *Pippin* —dijo el comandante—. El gato de mi madre. Se escapó cuando se puso enferma y no se deja ver mucho. ¡*Pippin*! —exclamó, pero el gato hizo caso omiso—. Qué raros son los animales, ¿no cree? Hacen frente a las cosas de forma muy distinta a los humanos.

—Sí —contestó Coral.

—Está oscureciendo. No pretendía interrumpir su paseo. Debe de valorar mucho el tiempo que pasa lejos de madre. Como *Pippin*.

—No, no... —empezó Coral, pero el comandante dio media vuelta y echó a andar por el puente hacia la casa. Coral esperó a que desapareciera tras la puerta del jardín para seguirlo. Mientras esperaba, la oscuridad se volvió absoluta.

Aquella noche, cuando Coral bajaba con la bandeja de la cena para llevársela a la señora Prence a la cocina, el comandante salió de la biblioteca.

—Ah... hola —soltó, como si le sorprendiera verla bajar por las escaleras; no podía haberse tratado de nadie más, a menos que su madre se hubiese recuperado

milagrosamente.

—Buenas noches, comandante Hart.

—Sí. Buenas noches, señorita Glynn. Solamente quería decirle... quería que supiera que lamento lo que le he dicho esta tarde y el modo en que le he hablado.

—No es necesario que se disculpe. Yo...

—No, no, debo hacerlo. Por favor, permítamelo. Usted solo estaba siendo amable, y yo he sido muy poco caballeroso. Perdóneme.

—Sí, por supuesto.

—Es extraño que se sienta más cómoda que yo con la deformidad. Me ha costado bastante aceptar cómo soy ahora.

—Está usted bien —repuso Coral—. De veras que sí. Está vivo.

—Y ahora me avergüenzo, porque tiene toda la razón. No tengo el menor motivo para compadecerme de mí mismo o para desear ser de otra manera.

—Solo con pensar en mi hermano...

—Por supuesto —interrumpió el comandante—, y qué falta de sensibilidad por mi parte. Ahora debe perdonarme por eso también.

—Tengo que devolverle esta bandeja a la señora Prence —dijo Coral—. No quiero tenerla esperando. Y he de acostar a su madre.

—Claro, claro —repuso él—. ¿Cómo está madre?

—Me parece que se está consumiendo. ¿Quiere sentarse con ella un ratito?

El comandante miró hacia la habitación donde, escaleras arriba, su madre yacía moribunda.

—No —contestó—. Hace mucho que todo acabó entre nosotros.

A Coral no se le ocurrió ninguna respuesta a semejante confesión, de modo que empujó con el hombro la puerta de la cocina y bajó con la bandeja. Cuando volvió al vestíbulo, el comandante había desaparecido y la puerta de la biblioteca estaba cerrada. Se detuvo un momento delante de ella a escuchar, pero no oyó nada.

Clement Hart era un hombre solitario, pero tenía un amigo, un amigo de juventud por quien sentía mucho afecto. Él y Robin Lofting se conocían desde niños; habían ido juntos a la escuela primaria; sus madres habían sido amigas y solían pasar juntos las vacaciones de verano en Tismouth, donde los Lofting alquilaban una casa en la playa. Robin seguía viviendo cerca, y todos los jueves se reunía con él en el Black Swan para pasar la velada tomando un par de cervezas.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Robin.

—No lo sé —respondió Clement—. Igual, supongo. Qué espanto morir así. Preferiría que me pegaran un tiro en la cabeza.

—Qué idea tan alegre —comentó Robin.

—Es que desearía que la gente se marchara cuando le llega su hora.

—Te recuerdo que estamos hablando de tu madre.

—Sí, y sabes mejor que nadie que tengo derecho a hablar así. Ojalá tuviese una madre alegre y feliz como la tuya.

—Pues con Rosalie tampoco es que todo fuera un camino de rosas.

—Ya, pero al menos le gustaban los niños. O la gente en general, ya puestos. No creo que mi madre haya conocido nunca a una persona que le gustara. Y eso incluye a mi padre, claro. Qué mujer tan horrible. Tengo que contenerme para no echar a correr escaleras arriba y ahogarla con una almohada.

—¿Tenéis una enfermera nueva?

—Sí.

—¿Momia o casadera?

—Esta me gusta bastante. Una chica agradable.

—¿Núbil, entonces?

—Vaya cabrón estás hecho, Robin. Como si te hubiera importado alguna vez que una chica fuese núbil.

—Núbil no, pero noble sí, quizá. Pero somos dos hombres bebiendo en un pub y nos toca decir ciertas cosas, ¿no te parece? Por las apariencias, al menos.

—Ay, Dios. Como si las apariencias me importaran. Me gustaría largarme a algún sitio y llevar una vida de ermitaño.

—Creo que antes la gente tenía ermitaños, daba un toque pintoresco. Construían ruinas falsas y caprichos en sus tierras. Pero no creo que ahora eso pase mucho. Claro que siempre puedes hacerte ermitaño en el bosque de Sap Green. Dolly podría llevarte guisos.

—¿Cómo anda Dolly?

—Dolly nunca cambia. Es parte de su encanto, o su encanto entero, tal vez. En ese sentido se parece un poco a un perro.

—No deberías comparar a tu mujer con un perro, Robin.

—Pero si lo digo en el mejor sentido posible. Me encantan los perros. Excepto los de Dolly, por supuesto, que son criaturas completamente abominables. Eso sí, son muy leales, como ella. Ojalá te casaras.

—¿Por qué?

—Porque así seríamos iguales. Los dos tendríamos esposa. La historia habría llegado a su fin.

—¿Qué historia?

—La nuestra —repuso Robin.

—Ya ha llegado a su fin. Hace mucho tiempo que lo hizo.

—Pero no formalmente —insistió Robin—. La narración se detuvo, pero en realidad no tuvo un final, ¿no?

—No sé de qué hablas, ni idea.

—Vamos, no me pongas triste. Sabes muy bien de qué hablo.

—Pero hablar de eso no tiene sentido. Está olvidado.

—Yo no creo que lo esté. Y el hecho de que hablemos de no hablar de ello lo

prueba.

—Cállate ya —espetó Clement—. Ve a por otra ronda.

Robin se acercó a la barra en busca de dos pintas de cerveza más. A la vuelta, cuando se abría paso por el abarrotado local, vio a su amigo sentado a solas bajo la luz mortecina, contemplándose las manos, apoyadas ante sí sobre la mesa. Parecía estudiarlas por algún extraño motivo, como si alguien fuera a pedirle más adelante que las identificara entre un gran surtido de manos cortadas. Robin se detuvo un instante, impresionado ante la belleza del triste rostro de Clement, y el amor que sentía por su amigo casi se le antojó un dolor insoportable.

Fingió ser un camarero y dejó los dos vasos sobre la mesa, uno delante de Clement y el otro ante su sitio vacío.

—¿Le traigo algo más, señor?

Clement alzó la vista, captó el amor en los ojos de Robin y apartó rápidamente la mirada.

—Siéntate, idiota —dijo.

Robin se sentó.

Clement se había llevado las manos al regazo, pero contemplaba el vaso de cerveza con la misma absorta concentración.

—A lo mejor sí debería casarme —declaró—. A lo mejor debería casarme con Coral Glynn.

—¿Con Coral Glynn? ¿Quién es Coral Glynn?

—La enfermera —explicó Clement—. La enfermera de madre.

—Tu madre no te dejó casarte con la hija de un industrial. Nunca te permitirá hacerlo con una enfermera.

—Mi madre habrá muerto —repuso Clement—. Además, ya no tengo que rendirle cuentas.

—Tampoco tenías que rendírselas entonces —le recordó Robin—. Ya eras un hombre.

—Accedí a esperar hasta después de la guerra. No tenía sentido casarse en aquel momento. Eso mismo lo pensaba mucha gente.

—Sí que lo tenía si querías a Jean. Está visto que para ella sí que tenía sentido casarse durante la guerra, aunque ya se hubiera comprometido contigo.

—Bueno, todo eso pertenece al pasado —concluyó Clement.

—Todo pertenece al pasado —repuso Robin—. Todo lo que conocemos, quiero decir.

—No te pongas filosófico, por favor. No va contigo.

Robin se inclinó para sorber del vaso de cerveza demasiado lleno, y luego lo cogió y se lo llevó a los labios. Bebió y volvió a dejarlo.

—¿Lo dices en serio? ¿Lo de casarte con la enfermera?

—Claro que no. Era solo una idea.

—Pues a lo mejor es buena idea —comentó Robin.

—Es una chica encantadora. La verdad es que me gusta.

—Parece motivo suficiente para casarse con ella. Mayor motivo del que tuve yo.

—Y es mi última oportunidad —añadió Clement—. Si me hago ermitaño no conoceré a más chicas.

—Igual te encuentras a alguna Diana de los bosques —dijo Robin—. Nunca se sabe.

—Qué va. Si madre se muere... cuando madre se muera y esta chica se vaya me haré ermitaño, pero no en el bosque. Seré el ermitaño de Hart House.

—Tonterías. Tú y yo seguiremos reuniéndonos aquí, y de vez en cuando te llevaré a rastras a Londres. Igual te conviertes en un alegre libertino y todo. Y Dolly y yo te invitaremos a casa; Dolly se traerá a todas sus amigas dentudas y patizambas y se ocupará de que te cases con una de ellas. Aún tiene más ganas de verte casado que yo.

—Mayor motivo entonces para que me case con Coral.

—¿Qué tal tiene los dientes? ¿Y los pies?

—Perfectamente normales, por lo que recuerdo. Pero tampoco es que los haya estudiado.

—Igual deberías hacerlo. O, mejor incluso, debería hacerlo yo. Tengo que ir a conocer a esa enfermera. Yo sé mejor que nadie qué clase de chica te conviene. O tráetela a casa, a cenar o algo así.

—No puedo —repuso Clement—. Está aquí para cuidar a mi madre moribunda, no para andar saliendo por ahí conmigo. Además, apenas he cruzado palabra con ella.

—¿Y cómo sabes que te gusta? Cómo hablan las mujeres, y lo que dicen, importa lo suyo, creo yo. Claro que Dolly solo se volvió insoportablemente locuaz después del «sí quiero». Dos palabritas de nada, dos gotitas reveladoras antes del diluvio.

—Qué cruel eres siempre con Dolly, aunque sé que la quieres. Creo que lo haces por mí, y no hace falta. Me alegro de que la quieras.

—Bueno, pues solo la quiero para tenerte contento. Es mi forma de quererte.

Semejante admisión dejó aturdido a Clement. No dijo nada.

—Iré a conocer a esa Coral Glynn —dijo Robin— y decidiré si debes casarte con ella. No olvides que con Jean no me equivoqué, pero entonces no quisiste escucharme. Escuchaste a tu madre.

—¿Cómo vas a conocerla? Siempre está con mi madre. O abajo, en la cocina, con la señora Prence, o arriba en su habitación. Yo mismo tengo que andar al acecho para poder verla.

—Yo soy más listo que tú. Y tengo un plan: te visitaré, tropezaré con la alfombra de la chimenea y me torceré el tobillo o algo así; tendremos que llamarla para que me atienda en calidad de único profesional médico disponible.

—Qué plan tan absurdo. Te examinará el tobillo y verá al instante que estás fingiendo. Además, no sé si me hace mucha gracia que te vea los tobillos.

—¿Crees que mis tobillos son especialmente atractivos? ¿Te preocupa que le eche

un vistazo a mi precioso tobillo y se enamora de mí? A ti te gustaban mis pies, si no recuerdo mal.

—Cállate ya —espetó Clement.

—Pues entonces será el apéndice. Algo que no pueda mirar directamente. O me marearé. Me pondré enfermo de alguna manera que no pueda resultarle ni falsa ni estimulante. Así conoceré a tu Coral Glynn y decidiré si tienes que casarte o no con ella. ¿Cómo es? Descríbemela.

—Es guapa, me parece, aunque quizá un poco del montón.

—Bueno, mejor del montón de las guapas que del montón de las feas. ¿Morena o rubia?

—Morena, el pelo y los ojos, al menos. Y es alta y delgada. No habla mucho, y tiene una sonrisa preciosa.

—¿Y qué tipo tiene?

—Ya te lo he dicho, es delgada.

—¿Tiene pecho?

—Pensaba que todas las mujeres tenían, no sé por qué.

—Sí, pero varían de tamaño. ¿De qué tamaño son los suyos?

—Qué pregunta tan extraordinaria. ¿Por qué ibas a interesarte por una cosa así?

—Porque, como he dicho antes, somos dos hombres hablando en un pub. Debemos hacer un esfuerzo por seguir el protocolo.

—Entonces lo máximo que puedo decirte es que su pecho, y no me gusta esa palabra, es perfectamente proporcionado.

—¿Qué palabra te gusta?

—No me gusta ninguna palabra. No me gusta el tema.

—A la mayoría de hombres sí. A los que se casan, al menos. Tendrás que hacer un esfuerzo.

—Creo que le gusto —dijo Clement—. A su manera tímida y callada, quiero decir. No es que sea obvio. Pero cuando estamos juntos, tengo la sensación...

—¿De qué?

—No lo sé. Tal vez solamente lo imagino. Hay algo, sin embargo... algo extraño. Insólito, quiero decir. Cierta sentimiento que me parece que compartimos.

—¿Y qué sentimiento es ese?

—No lo llamaría felicidad. Alivio, quizá. La sensación de que hay algo vivo entre los dos. Cierta conexión, supongo.

—Amor, tal vez —propuso Robin.

—Yo no iría tan lejos —repuso Clement.

—Ya lo sé. Tú nunca has llegado tan lejos.

Coral libraba las tardes de los sábados. Las dos primeras semanas se había quedado en la casa con la sensación de que era pronto para ausentarse aunque estuviera en su

derecho. La tercera semana se encontró mal: estaba agotada porque la señora Hart no dormía bien y no paraba de gritar en plena noche «¡más, más!», pidiendo morfina y esperando el súbito y maravilloso pinchazo en la piel apergaminada, de modo que se pasó la tarde en la cama. A la cuarta semana fue consciente de que debía sentar precedente: tenía que salir de la casa para no quedar atrapada en ella. Así pues, hizo lo único que se le ocurrió, que fue ir al cine en Harrington.

Hart House se hallaba todo lo lejos que podía estar de la línea de autobús, a más de kilómetro y medio por un camino que discurría por la propiedad. La señora Prence aseguraba desconocer los horarios del autobús porque el pueblo le parecía un lugar despreciable y lo evitaba.

Ese día hacía mucho frío —siempre hacía frío, costaba creer que llegarían días más cálidos— y mucha humedad, pero brillaba el sol y daba la sensación de que el frío titubeara, de que si el sol se empeñaba un poquito más, tal vez conseguiría algo. Coral llevaba un pañuelo en la cabeza, un alegre pañuelo de seda con enormes peonías de color rosa, que le había regalado por Navidad la madre de los niños que había cuidado antes de acudir a Hart House, tres niños con escarlatina, y aunque el pañuelo iba envuelto con papel de seda de color lila, Coral estaba casi segura de que no lo habían comprado para ella, sino que procedía de la maraña de pañuelos que había visto en el cajón del tocador de la madre. Pero como la mujer había sido amable y los niños muy dulces, y como la casa estaba calentita, el regalo de un pañuelo de segunda mano no le había parecido un gesto mezquino. Era la fragancia lo que lo delataba; todavía olía levemente al perfume de la mujer, y el aroma le recordaba a ella, a la casa caliente en Guildford, a los niños, al árbol de Navidad que habían decorado en el cuarto de jugar, a la gata y a su inesperada camada de ocho gatitos. Aquello no había sido todo, por supuesto, pero no tenía sentido recordar el sufrimiento.

Coral sabía que llevar el pañuelo en un día como aquel, con la brisa húmeda y fría pegándose a la cabeza, aceleraría la evanescencia del aroma; que para cuando volviera a la casa el pañuelo olería al autobús, al cine, a tabaco y a ella misma. Eso la hizo sentir un poco triste, pero como le pasaba con muchas tristezas inevitables, trató de precipitarla, pues experimentar un placer que sabía efímero se le hacía insoportable.

Cuando estaba llegando a la carretera vio acercarse el autobús y echó a correr para llamarlo, pero el conductor hizo caso omiso y pasó de largo. Tuvo que esperar media hora hasta el siguiente y llegó tarde al cine. Sus ojos se adaptaron lentamente a la oscuridad; veía los rostros absortos y luminosos alzados hacia la resplandeciente pantalla y encontró un asiento junto a un hombre que le puso una mano en la rodilla

en cuanto se hubo sentado, como si hubiese estado esperándola. El hombre mantenía la vista fija en la pantalla, como si las partes de su cuerpo fueran independientes y la mano un pequeño país a las afueras de un gran imperio que, gracias a su distancia de la capital, disfrutara de esa autonomía que suele ser simple producto de la desidia. Había algo casi tierno en aquel gesto, como si ella fuese su esposa que volvía del lavabo de señoras, y en la desconcertante oscuridad Coral se sintió momentáneamente aturdida y pensó que quizá sí era su esposa y la confundida era ella, pero por la forma en que le temblaba la mano al hombre comprendió que se trataba de un gesto perverso, así que se levantó y avanzó por la misma fila hasta sentarse junto a una mujer con un maletín de viaje en el regazo en cuyo interior un perrito respiraba con dificultad.

La película, *Un matrimonio curioso*, trataba sobre unas hermanas gemelas que claramente se habían casado, sin querer, con el mismo hombre, aunque cómo había ocurrido algo así, Coral no habría sabido decirlo. Una hermana vivía en el campo y la otra en la ciudad, y el hombre iba de una a la otra con mucha astucia. La esposa del campo era una mujer muy casera de mejillas rubicundas, y la de la ciudad tenía cara de aburrimiento y andaba toda acicalada; la misma actriz interpretaba los papeles de ambas. Cuando la esposa de la ciudad estaba a punto de morir dando a luz y necesitaba una transfusión de sangre que solo podía proporcionarle su gemela perdida tiempo atrás, el marido se veía obligado a tomar una decisión: o revelaba la doble vida que llevaba, o bien dejaba morir a su esposa de la ciudad. El marido, un tipo debilucho con un bigotito y trajes preciosos, se decidía por lo segundo, y entonces le llevaba a su hijita sin madre a la esposa del campo, diciéndole que era una huérfana de la guerra, y la esposa del campo la criaba como si fuera suya, pero el marido no soportaba ver a la pequeña, claro está, siendo como era un recordatorio de su propia mezquindad, y así, una noche sacaba a la niña de la cama y trataba de arrojarla desde el acantilado al mar embravecido, pero la madre despertaba en plena noche, notaba que algo no andaba bien y acudía corriendo en el último momento para arrancar a la niña de manos del padre, quien tenía la crueldad de revelarle la verdadera identidad de la cría antes de caer en picado (accidentalmente y con muchos aspavientos) a las escarpadas rocas del fondo.

La película dejó muy alterada a Coral, aunque en la escena final se veía a la esposa del campo casándose felizmente con el atractivo caballero viudo de una granja vecina que tan amable había sido siempre con ella y su hija, mientras las olas batían implacables contra el cuerpo en descomposición del malvado marido y unas rapaces gaviotas se cernían en lo alto. No quedaba muy claro por qué habían dejado el cuerpo del odioso marido para que se pudriera en lugar de darle un entierro como Dios manda.

Había oscurecido y llovía cuando Coral salió del cine, y aquel cambio en el

tiempo y en la luz le resultó más inquietante incluso porque no le gustaba que la noche cayera de esa manera, inadvertida y sin transición. Anduvo por la calle principal hasta donde la había dejado el autobús. Pese a la lluvia, multitud de transeúntes se apresuraban de aquí para allá con esa alegre actitud que tiene la gente las noches de los sábados, cuando piensa que solo le aguardan placeres. Coral no llevaba paraguas, y el agua que caía a raudales de las bóvedas de tela de los paraguas que pasaban la dejó empapada. Se sentía marginada, vencida, de modo que al pasar ante una floristería que aún estaba abierta y brillantemente iluminada, abrió la puerta y entró.

La tienda despedía un tufillo a humedad, pero era distinto al olor frío y anodino de la lluvia en la calle; dentro, el aire era más dulce, más cálido, y estaba perfumado por las flores que asomaban la cabeza sobre los bordes de los cubos que invadían el suelo. Coral se quedó ante la puerta, que se había empañado, al igual que los escaparates, y aunque aún oía la lluvia y el ruido de la calle al otro lado, le pareció que estaban muy lejos, como si se hubiera abierto un abismo tras ella.

Daba la sensación de que no hubiese nadie en la tienda, pero del fondo llegaba el sonido de una radio, y aguzó el oído unos instantes. Era una vieja melodía que su hermano había tocado a menudo al piano. Lo imaginó sentado al piano en el salón con el rostro iluminado por la lámpara y los dedos correteando por las teclas. Había sido un joven melancólico, una de esas personas a quienes el mundo siempre decepciona, pero cuando tocaba el piano, algo —una tensa máscara que siempre llevaba, casi una mueca— caía de pronto, y a Coral le gustaba ver relajarse su rostro de aquella manera.

Un joven emergió de la trastienda. Durante un fugaz instante Coral pensó que era su hermano, y entonces recordó que estaba muerto. El joven la saludó y pasó por su lado para dirigirse a la puerta y echar el cerrojo. Y entonces giró el letrero de ABIERTO para que desde fuera se leyera CERRADO Se volvió hacia ella.

—Me había olvidado de cerrar —explicó.

Tenía una curiosa mata de cabello castaño y la cara alargada. Llevaba una camisa rosa arremangada, un chaleco de punto con dibujos geométricos en varios colores y unos pantalones de pana marrón de perneras muy anchas. Se había atado al cuello alguna clase de pañuelo. Pese a la curiosa indumentaria, Coral, a saber por qué, siguió asociándolo con su hermano.

—Vaya —dijo ella—, lo siento, pensaba que...

—No pasa nada —interrumpió él—. ¿Qué desea?

Coral únicamente tenía intención de refugiarse de la lluvia, no de comprar flores, un lujo que no podía permitirse, pero entonces se sintió obligada a comprar y pensó en su habitación en la buhardilla de la casa y en que un jarrón de flores la volvería casi bonita, de modo que dijo:

—Quería unas flores. Algo pequeño. —No podía decir «barato».

—¿Para alguna celebración en concreto?

—No, no... solo un ramito, de lo que sea, en realidad; no puedo permitirme gran cosa. —Nunca había comprado un ramo de flores y no tenía ni idea de cuánto costaba.

—Bueno, venga conmigo ahí detrás —dijo el joven—. Tengo unos lirios muy bonitos que podría dejarle bien de precio.

Coral lo siguió a la trastienda, que estaba generosamente iluminada. Alojaba dos grandes fregaderos y una mesa larga de trabajo cubierta de flores, y otra mesa con hileras de jarrones de cristal en los que se estaban formando ramos idénticos. La habitación era radiante y alegre, y la inundaba un aroma embriagador.

—Oh, qué preciosidad —exclamó Coral.

Jamás había visto tantas flores. Le pareció imposible que pudiera haber tantas cosas hermosas juntas. Tuvo la sensación de que toda la vida y el calor del pueblo frío y gris, y de su propia vida, se habían reunido en aquella habitación, como si se hallara en el cálido y dorado centro del mundo.

Y entonces pensó que todas aquellas flores no tardarían en marchitarse y morir, y toda aquella belleza se pudriría en empapados montones de basura en callejones traseros.

—Estoy preparando las flores para la boda de los Page de mañana —explicó el joven—. ¿Va usted a la boda?

—No. Solo he venido al pueblo a pasar el día. No conozco a nadie aquí.

—Bueno, pues Page es el alcalde, y Marjorie, la foca de su hija, se casa mañana y medio pueblo está invitado, y quieren flores en todas las mesas. Es probable que pase toda la noche en vela.

Coral no supo qué decir. Había flores en el suelo, unas amarillas, supuso que lirios, y se inclinó para recogerlas y dejarlas sobre la mesa.

—Esas flores no sirven, están mustias.

—Yo las veo bien —repuso Coral.

—Bueno, pues para Marjorie Page no sirven —insistió él—. Puede quedárselas si quiere.

—Son preciosas —dijo ella, pero entonces advirtió que algunos pétalos tenían un fino borde marrón. Aun así, seguían siendo preciosas. Se las llevó a la cara y las olió. Tenían un perfume dulce y extraño.

—Pues lléveselas. Pero no durarán mucho.

Coral recogió unas cuantas más del suelo y trató de hacer un ramo con ellas.

—Deme —dijo él—. Ya lo hago yo.

Ella se las tendió y el joven se dirigió al fregadero y cortó los largos tallos con una navaja, envolvió los muñones con papel de periódico mojado y luego los ató con una cinta de color lila que cogió de un enorme rollo.

—Tenga —dijo, y se las devolvió.

—Gracias. Son muy bonitas.

—No las mire muy de cerca —repuso él, y rio.

—No, de verdad, son muy bonitas. Gracias.

—¿De dónde es usted? —quiso saber el joven.

—Cuido de la anciana de Hart House. Y será mejor que me vaya. No quiero perder el autobús.

—Los sábados circula hasta muy tarde.

—Sí, pero ya tengo que volver. Gracias por las flores.

—No hay de qué. Mañana ya se habrán marchitado.

—Pues las disfrutaré esta noche.

Cruzó la tienda hasta la puerta y trató de abrirla, pero no pudo. El joven se le acercó por detrás, le tocó la espalda y luego tendió una mano para descorrer el cerrojo y empujó la puerta para abrirla. Seguía lloviendo.

—Buenas noches —dijo.

Coral le dio las buenas noches y cruzó el umbral, y la puerta se cerró rápidamente detrás de ella. Oyó cómo se echaba el cerrojo y se volvió para ver al joven dirigirse hacia la trastienda. Las luces de la tienda se apagaron. Permaneció unos instantes en el umbral protegido, observándolo moverse de aquí para allá entre las dos mesas en la trastienda iluminada, llenando cuidadosamente los jarrones de flores.

Caía un buen aguacero cuando Coral bajó del autobús. El largo camino hasta Hart House estaba inundado y tuvo que cruzar charcos con el agua hasta los tobillos. En cuanto vislumbró la casa, supo que algo no andaba bien, porque estaba toda iluminada; la luz salía por casi todas las ventanas y se derramaba en la oscuridad. La casa solía estar casi a oscuras porque la señora Hart, como tantas ancianas, no soportaba gastarse el dinero en algo que consideraba un lujo. Durante un instante, al ver la casa resplandeciente, Coral tuvo la absurda sensación de que habían encendido todas las luces por ella, para ayudarla a encontrar el camino, para darle la bienvenida en aquella noche oscura y húmeda.

Había un coche aparcado en el sendero de gravilla. La puerta principal estaba cerrada, y cuando llamó no acudió nadie. Rodeó la casa hasta la puerta lateral de la cocina, entró y se sentó a la mesa a quitarse la ropa y los zapatos mojados. La cocina estaba en penumbra y la casa, sumida en un silencio sobrecogedor, como si toda la energía se hubiese invertido en iluminarla y no quedara un ápice para nada más. Sobre la mesa había un cuenco con un estofado frío y medio apelmazado. Junto al cuenco había un vaso volcado, y en el suelo, un charco que olía a cerveza. Aquel extraño bodegón inquietó a Coral, que sopesó la posibilidad de salir corriendo para internarse de nuevo en la húmeda noche y no volver jamás, pues era obvio que allí había pasado algo malo.

De pronto se encendió la luz del techo y la señora Prence echó a correr escaleras

abajo. Se detuvo al verla sentada a la mesa.

—¡Conque ahí está! —exclamó—. Todo tenía que pasar cuando usted no estaba, cómo no. ¡He tenido que ocuparme yo de todo!

—¿Qué ha pasado?

—Está muerta, eso ha pasado. Le he subido el té y me la he encontrado más tiesa que un palo. Ya le dije que no debía dejarla sola.

En realidad la señora Prence no había dicho nada parecido, pero era obvio que estaba urdiendo su propia versión de los acontecimientos de la jornada.

—Lo siento —dijo Coral—. He vuelto en cuanto he podido; de hecho, he llegado más pronto de lo que tocaba.

—Bueno, pues no lo bastante pronto.

—Voy a subir —anunció Coral poniéndose en pie.

—No hace ninguna falta ahí arriba —repuso la señora Prence—. El doctor Caldecott está con ella. Y mire mi cena y toda esa cerveza por el suelo. ¿Ha sido usted?

Coral no contestó. Enderezó el vaso.

—¿Y eso? —preguntó la señora Prence señalando las flores sobre la mesa—. ¿Qué hace con esas flores?

—Nada —respondió Coral.

—¡Nada! ¡Estaba ahí fuera cogiendo flores mientras la señora Hart exhalaba su último suspiro! Muy bonito.

Coral se agachó y volvió a ponerse los zapatos mojados. Se levantó y trató de arreglarse un poco el cabello empapado. Luego se dirigió hacia la escalera.

—Es como si la hubiese matado usted —soltó la señora Prence—. Al menos yo lo veo así. Si hubiese estado aquí, podría haber hecho algo. Ahora no sirve de nada que suba. Ya está todo hecho.

Al cabo de un rato, cuando Coral bajó a acompañar al doctor hasta la puerta, el comandante Hart esperaba en el vestíbulo.

—Ah, Clement —dijo el médico—, mi más sentido pésame. Pero la verdad es que ha sido una bendición, ¿sabe? Tenía muchos dolores, y ahora ya ha dejado de sufrir.

—Sí —contestó el comandante—. Gracias por haber venido con la noche tan horrible que hace.

—No hay de qué —repuso el médico—. Mañana por la mañana mandaré a Carmichael en busca del cuerpo. Y ya se organizará usted con él. Me imagino que querrá que se encargue la funeraria de Carmichael, ¿no?

—Sí —respondió el comandante.

—Bueno, pues buenas noches. —El médico se volvió hacia Coral—. Siento haberla conocido en circunstancias tan tristes, pero es algo frecuente en nuestra profesión, ¿no le parece?

—Sí —contestó Coral—. Buenas noches.

El médico le dio unas palmaditas al comandante Hart en el hombro.

—Ahora está en un lugar mejor.

El comandante Hart estuvo de acuerdo. Y entonces el doctor abrió la puerta y la cerró rápidamente detrás de sí, porque todavía llovía.

Coral y el comandante esperaron en silencio unos instantes. Oyeron cómo el coche del médico se ponía en marcha y luego cómo se alejaba. Al cabo de un momento, la señora Prence llegó del sótano. Le dirigió una mirada furibunda a Coral y se volvió hacia el comandante Hart.

—¿Puedo hacer algo por usted, señor? Me queda un poco de estofado de cordero que puedo calentarle.

—No, gracias, Mary. No tengo hambre.

—Lamento lo de su madre, señor —dijo la señora Prence—. Era una buena mujer, la echaré mucho de menos.

—Gracias —repuso el comandante Hart—. Buenas noches.

La señora Prence aguardó unos instantes, como si esperara que ocurriera algo más, y luego abrió la puerta y salió.

—Siento no haber estado aquí —dijo Coral.

—Era su tarde libre —contestó el comandante.

—Ya lo sé, pero siento no haber estado.

—Bueno, estas cosas siempre pasan en el peor momento, ¿no cree? Aunque el doctor tiene razón, su muerte ha sido lo mejor.

Como le pareció poco profesional compartir semejante afirmación, Coral no dijo nada.

El comandante Hart se llevó las manos a la cara durante unos instantes.

—Vaya día tan espantoso —dijo.

—¿Quiere algo? —preguntó Coral—. ¿Un sedante, quizá? Lo ayudará a dormir.

—Creo que me tomaré un brandy. ¿Me acompaña?

—Me parece que... será mejor que acabe con lo de ahí arriba, y luego me iré a la cama. Estoy cansada.

—Vamos, por favor, tómese un brandy conmigo. Es lo único que le pido. Tiene que entender que no quiera estar solo.

Coral lo siguió a la biblioteca. Él sirvió un brandy para cada uno y luego se sentó a su lado delante del fuego. Durante unos instantes ninguno dijo nada. Coral volvió a maravillarse ante la capacidad reconstituyente del brandy. Hacía que el mundo casi pareciera seguro.

—Me dijo que su madre había muerto, ¿no? —dijo de pronto el comandante.

—Sí —contestó Coral.

—¿Sabe qué?, a mí nunca me gustó mi madre. Nunca fue cariñosa ni buena conmigo. Estoy seguro de que no me quería; ni siquiera creo que hubiese deseado tenerme.

—Lo siento —repuso Coral. Había oído antes cosas parecidas: la gente hablaba

mal de los muertos antes incluso de que estuvieran enterrados. Suponía que era una forma de despacharlos, una manera de asimilar la pérdida.

—Solo Dios sabe qué quería —prosiguió él.

—Estoy segura de que, a su manera, lo quería. Todas las madres son iguales.

—Pues yo no lo creo —soltó el comandante—. ¿La quería su madre?

—Sí —contestó Coral—, a su manera. Y yo la quería a ella. Y a mi padre.

—Mi padre sí me gustaba —dijo él—. Era buena persona. Murió cuando yo tenía once años. Tuve una hermana, Charlotte. Pero está muerta.

—Lo siento muchísimo —dijo Coral.

—Charlotte se quitó la vida —añadió el comandante Hart.

Coral, que nunca había oído aquella expresión, se quedó perpleja unos instantes. Entonces lo entendió.

—¡Oh! —exclamó—. Qué terrible, lo siento.

El comandante Hart se levantó y se apoyó contra la repisa de la chimenea. Hurgó en las brasas con el atizador.

—Perdone que esté tan pesimista —dijo.

—Tiene todo el derecho del mundo a estarlo —respondió Coral.

—Supongo que sí. Pero aun así, no me gusta. Es fácil dejarse vencer por ese estado de ánimo... De todas formas, es una sensación curiosa, la de estar solo en el mundo.

—¿No tiene parientes? —quiso saber Coral.

—Bueno, algunos lejanos, nada más... nadie digno de mención. ¿Y usted?

—No —contestó ella—. Bueno, sí, tengo una tía por parte de padre, pero nunca he llegado a conocerla. Como engañó a mi padre para quitarle una herencia, o eso decía él, nunca la veíamos.

Coral miró el fuego, más brillante ahora gracias a la intervención del comandante, y de pronto, de algún recóndito lugar en su interior, surgió un recuerdo: el de una cadena de oro. Sin pensarlo, añadió:

—Me acuerdo de que me envió una crucecita. Era muy bonita, y yo no tenía nada parecido; en mi familia nadie tenía joyas. Recuerdo que la cadena era fina, finísima. Me parecía un milagro: ¿cómo podía alguien ser capaz de hacer una cosa así? Pensé que igual era obra de Dios. Pero mi padre me hizo mandársela de vuelta a mi tía. Dijo que era monstruosa.

—¿Cómo puede ser monstruosa una cruz?

—No lo sé, pero eso dijo, o al menos eso es lo que recuerdo. A lo mejor mi tía era católica. Llevar una cruz es de católicos, ¿no?

—Por lo que sé, cualquier creyente puede llevar una cruz —repuso el comandante—. O cualquier persona, ya puestos. No hay leyes que lo prohíban.

—Dijo que era «papista», no «monstruosa», ahora me acuerdo. Mi padre detestaba la Iglesia católica. Solo porque odiaba a su hermana, supongo, y ella era católica.

—¿Tuvo usted una educación protestante? —quiso saber el comandante.

—No, mis padres no eran religiosos. Ambos eran personas muy prácticas. Mi hermano iba a veces a la iglesia, pero me parece que era por la música. ¿Es usted creyente?

—No —respondió el comandante—. Lo fui, un poco, hasta la guerra. Es curioso, la guerra lleva a algunos mucho más cerca de Dios mientras que a otros los separa. Perdí la fe, la poca que tenía, en la guerra.

Ambos guardaron silencio unos instantes, y luego él se dirigió a la mesa y cogió la licorera.

—¿Un poco más de brandy?

—No, gracias —contestó Coral.

—¿Le importa que me sirva yo?

—No, por supuesto. Pero yo debería irme a la cama. Es tarde y... —Hizo ademán de incorporarse de la butaca, que era muy baja, pero él tendió una mano para tocarle el brazo.

—Quédese un minuto más, por favor.

—Sí, cómo no —dijo Coral.

Se dejó caer de nuevo en el asiento, y él volvió a ocupar el suyo.

—Su madre rezaba, ¿sabe? —añadió ella al cabo de un momento—. Lo hacía a menudo, por las noches.

—¿De veras? No lo habría imaginado. La suya era una religiosidad muy convencional, muy poco espiritual. ¿Está segura de que rezaba?

—Sí, estoy segura. La oía.

—¿Y qué decía, qué rogaba?

—No lo sé —respondió Coral—, no fui capaz de descifrar sus palabras. Pero sé que rezaba. Y a veces también lloraba. Perdome, quizá no debería contarle estas cosas.

—No, no, hace bien en contármelo. Es solo que me sorprende.

—¿Estaba con ella cuando falleció?

—No —repuso él—. Estaba sola. Mary... la señora Prence le subió el té y la encontró. Yo debería haber pasado más tiempo con ella, ya lo sé, pero no soportaba verla así, y los cuartos de los enfermos me ponen muy nervioso. ¿Le parece raro que nunca subiera a verla? Pensaré que soy insensible.

—En absoluto. No, lo comprendo.

—Mi madre me culpaba por la muerte de mi hermana, en cierto sentido. O tal vez no me culpaba, sino que pensaba que debería haberme pasado a mí.

—Estoy segura de que no pensaba tal cosa —contestó Coral.

—Pues sí —insistió el comandante—. Me lo dijo, y claramente.

—A veces, cuando está en pleno duelo, la gente dice cosas que en realidad no piensa. Estoy segura de que no quiso decir eso.

El comandante dejó la copa y agachó la cabeza para sostenerla con ambas manos. Al cabo de un instante rompió en sollozos estremeciéndose por el esfuerzo de

contenerlos.

Coral lo observó un momento con curiosidad, como si nunca hubiese visto llorar así a un hombre y la visión le pareciera ligeramente desagradable.

—Lo siento —farfulló él—. Perdóneme...

Coral se levantó y rodeó la butaca del comandante para apoyar sus manos en los hombros de él, como si pretendiera sujetarlo, como si los sollozos pudieran hacerlo levitar. Se quedó callada, y su gesto pareció calmarlo. Sintió el cuerpo robusto y tembloroso relajarse bajo sus manos.

El comandante tendió una mano por encima del hombro para cubrir la de Coral. Ella la notó caliente y extrañamente suave, y se dijo: «Hoy todo el mundo me toca: el hombre del cine, el joven de la floristería, y ahora el comandante Hart». Apartó las manos y retrocedió.

Él se apresuró a levantarse y se volvió hacia ella.

—Perdone —dijo—, no pretendía... Es solo que...

—No hay nada que perdonar. Ahora voy a darle las buenas noches. ¿Seguro que no quiere un sedante? Podría darle uno suave.

—Gracias, pero no. Confiaré en el brandy. Gracias por sentarse conmigo, por hablar conmigo.

—No hay de qué —repuso ella.

—Bueno, buenas noches.

Coral dio media vuelta y salió de la biblioteca al vestíbulo. Él la siguió, pero se detuvo cuando ella empezó a subir por las escaleras. Al cabo de unos cuantos peldaños, Coral se volvió hacia él y dijo:

—Buenas noches.

—Buenas noches —repitió el comandante.

Coral siguió subiendo. Era consciente de que él la observaba, notaba el calor de su mirada en la espalda, pero no se detuvo ni se volvió.

«¿Qué voy a hacer? —se dijo, tendida en la cama del cuartito de la buhardilla—. ¿Adónde voy ahora?». Había pensado que aquel trabajo le duraría una temporada: la señora Hart se estaba muriendo, pero el fin no estaba cerca, o eso había creído. Siempre se las había apañado para pasar de un empleo a otro sin interrupción. ¿Esperarían que se marchara al día siguiente? Sabía que le pagarían el mes entero, pero no creía que pudiera quedarse en la casa todo ese tiempo a mesa y mantel; sin duda la odiosa señora Prence se ocuparía de que no lo hiciera.

Se acordó de su tía, a quien no había visto en muchos años. Nunca, en realidad; su único contacto había sido el extraño regalo de la cruz de oro. ¿Debería ir en su busca? Era su padre quien la odiaba, después de todo. Quizá su tía la acogería con los brazos abiertos. Conocía a una chica en Londres, del colegio; se había alojado en su apartamento hacía algún tiempo, durante unas semanas entre un empleo y otro, pero

en realidad no le caía muy bien, y ella a la chica tampoco. Una noche, cuando las dos estaban en el piso, la chica le había pedido que no hiciese tanto ruido al respirar. Coral se había marchado al día siguiente y no había tenido trato con ella desde entonces; solamente dejó una nota en la que le daba las gracias por su hospitalidad y se disculpaba por hacer tanto ruido al respirar. Sería muy incómodo, imposible, volver allí ahora.

Por la mañana llamaría por teléfono a la agencia. A lo mejor la esperaba otro empleo, alguien que la necesitara y se alegrara de su llegada. Alguien que no estuviera muy enfermo o moribundo. Quizá una persona convaleciente de una operación o de una herida a quien solo le hiciera falta quedarse tranquilamente en cama. Que tuviera una casa calentita. ¡Qué agradable sería algo así!

La lluvia había vuelto a empezar, la oía tamborilear en el tejado. El techo inclinado llegaba a su nivel más bajo encima de la cama, y Coral tendió una mano en la oscuridad para tocarlo. Lo notó frío y húmedo. Bajó la mano, la deslizó bajo las sábanas y luego bajo el camisón, contra su piel caliente. Recorrió con ella el vientre hasta llegar a la ingle y la dejó ahí, presionando con fuerza como si contuviera algo o restañara una herida, hasta que por fin estuvo caliente.

Por la mañana, Coral bajó a la cocina y se preparó ella misma el desayuno. No cruzó palabra ni la mirada siquiera con la señora Prence, quien, sentada a la mesa, la observaba como si fuera un objeto curioso. Coral se tomó el té de pie, mirando por la ventana. Había parado de llover, pero aún estaba muy nublado y seguía haciendo viento. Sonó un timbre y la señora Prence alzó la vista hacia el tablero. Se levantó soltando un suspiro y subió por las escaleras con paso cansino. Volvió al cabo de un ratito. Se sentó de nuevo a la mesa y, sin mirar a Coral, dijo:

—Quiere hablar con usted. En la biblioteca.

Coral se acercó al fregadero, lavó la taza y el plato, los secó y los devolvió al armario, y luego se encaminó al piso de arriba. Cuando salió al vestíbulo, el comandante Hart estaba ahí de pie, esperándola, por lo visto.

—Buenos días —saludó ella.

Él le dio a su vez los buenos días y añadió:

—Me pregunto si podría hablar con usted un momento, en la biblioteca.

—Por supuesto —repuso Coral.

Entró tras él en la biblioteca. Había movido las butacas de forma que estuviesen frente a frente, no mirando a la chimenea. Y parecían más cerca una de otra. Las dos copitas que habían contenido el brandy estaban ahora vacías en la mesita junto a ellos; no, quedaba un poquito en la que fuera de Coral. Se sentó y él la observó un instante antes de ocupar el otro asiento. La proximidad y la disposición de las butaquitas tenían el claro propósito de favorecer la intimidad; Coral trató de retroceder un poco en la suya, pero no pudo. Cruzó las manos en el regazo y esperó a

que el comandante hablara. No le veía la cara porque había agachado la cabeza, y durante unos instantes le pareció dormido. Pero entonces el comandante levantó la cabeza y la miró. Coral, como si lo viera por primera vez, advirtió que era un hombre muy guapo. Su rostro se veía distinto esa mañana; había cambiado algo, aunque no supo decir qué. Parecía que sus facciones, siempre un poco emborronadas, se hubiesen matizado hasta adquirir una atractiva claridad; aquel rostro era más que nunca el rostro del comandante, y Coral se preguntó si la muerte de su madre lo habría liberado en algún sentido esencial.

—¿Qué va a hacer ahora? —quiso saber él.

A Coral la pregunta le pareció un poco rara, porque no tenía ni idea de qué iba a hacer; no tenía adónde ir ni nadie que la ayudara, solo el mundo desapacible e inhóspito que se extendía más allá de la casa. Y esa era la pregunta que se hacía ella misma, la pregunta para la que no tenía respuesta.

—Bueno —contestó—, buscaré otro empleo.

—Ah, por supuesto.

—Si pudiera quedarme aquí unos días mientras encuentro otro sitio adónde ir...

—Claro, claro —repuso él, casi con brusquedad—. De eso precisamente quería hablarle.

—No me diga.

—Sí. —El comandante parecía incapaz de mirarla; estudiaba las copas sobre la mesa, la pátina dorada en el fondo de la que había sido de Coral. Entonces añadió precipitadamente—: Solo quería que supiera que si quisiera quedarse... quizá de manera definitiva, me parecería bien.

Ella no entendió muy bien a qué se refería.

—¿Para atenderlo a usted?

—No. No se trata de eso. Puedo cuidar de mí mismo. No es eso.

—Y si no es para atenderlo a usted, ¿para qué iba a quedarme?

Coral comprendió de pronto que quería que trabajara con la señora Prence, como criada. «Y tendré que hacerlo —se dijo—, al menos un tiempo, porque no tengo elección». Y entonces se acordó de la floristería del pueblo, de aquel joven tan amable, y se preguntó si podría conseguir un empleo allí, y eso la llevó a acordarse de las flores que había traído consigo; la noche anterior las había dejado abajo, sobre la mesa, pero por la mañana habían desaparecido, y eso significaba que la señora Prence las había cogido, se había deshecho de ellas; y entonces advirtió que el comandante Hart le estaba hablando y ella no había oído qué le decía.

—Perdone, ¿cómo dice?

—Le decía que... igual es absurdo, sin duda lo es... pero me preguntaba si no le gustaría, tal vez, quedarse a vivir aquí. —Y añadió rápidamente—: Como mi esposa.

El comandante, que había vuelto a agachar la cabeza, levantó la vista hacia ella unos instantes y retomó enseguida su postura.

—Oh —exclamó Coral—. Perdóneme. Pensaba que...

—No es mi intención avergonzarla. Si le parece absurdo, dígamelo y ya está, por favor. Pensaba que, como los dos estamos solos, tal vez... tal vez usted... En fin, perdóneme si ha he ofendido.

—No, no. Por favor, no piense eso. No me ha ofendido, en absoluto.

—Sé que no sirvo para nada —añadió él—. Con mi pierna, en mi estado, no sirvo para nada, y desde luego no sirvo de mucho como marido...

—No... —empezó a decir Coral, pero él la interrumpió.

—Solo pensaba que a lo mejor... Bueno, no tiene que contestarme ahora, por supuesto. No hace falta que me conteste siquiera. Siento ponerla en esta situación tan ridícula. No está bien por mi parte, ya lo sé, pero temía que fuera a marcharse. Y me he armado de valor para hablar con usted antes de que hiciera otros planes, pero, por supuesto, si usted lo prefiere no volveremos a mencionarlo.

—No, no —repuso ella—. Solo estoy... sorprendida. No imaginaba que...

—¿Qué?

—No pensaba que... que pensara en mí como... o que sintiera algo por...

—Por supuesto que siento algo por usted, y son sentimientos cálidos y tiernos. Me parecía que se lo había dejado claro anoche, pero esto no hace sino demostrar lo estúpido que estoy siendo con todo esto.

—Sí —repuso Coral—. Quiero decir... gracias. Pero apenas nos conocemos. Y está muy bien abrigar sentimientos cálidos y tiernos por alguien, pero... ¿es suficiente base para el matrimonio?

El comandante se arrellanó en la butaca y exhaló un suspiro, y durante un instante se llevó una mano a los ojos, pero la apartó enseguida.

—Usted merece algo más, por supuesto —dijo—. Merece... amor. Supongo que todo el mundo lo merece. O quizá no. Pero usted sí que...

—¡Y usted también! —Coral no quiso pronunciar esa palabra, le pareció demasiado absurda, de modo que se limitó a decir—: Usted también lo merece.

—No, yo no. Y no le estoy pidiendo amor ni deseándolo siquiera. Lo único que quiero es no convertirme en una persona amargada y vacía como mi madre. Y si vivo aquí solo sé que voy a serlo. Ya soy capaz de sentirlo: algo en mi interior, alguien dentro de mí, que irá de una habitación a otra cerrando todas las puertas, cerrando todas las ventanas.

Coral, atónita ante semejante alarde poético, no fue capaz de responder.

Al cabo de unos instantes, el comandante añadió:

—Sé que todo esto suena precipitado y poco considerado. Pero le aseguro que no lo es. Por lo que a mí concierne, quiero decir, lo he pensado bien. Ahora me doy cuenta de que, en cierto sentido, llevo pensándolo desde que usted llegó, desde aquella primera noche, cuando hablamos en esta habitación... pero fue anoche cuando reflexioné sobre ello, y vi con claridad qué debía hacer para salvarme, y tal vez...

—¿Quizá para salvarme a mí? —quiso saber Coral.

—No. No me atrevería a pensar una cosa así. O a creer que eso está en mi mano. Pero sí entendí que podía salvarme yo y que tenía que intentarlo, y que debía hablar con usted antes de que tuviera otros planes. Antes de que se marchara. Sé que tendré una vida mejor con usted que solo. Lo sé con todo mi corazón, o lo que queda de él.

—¿Pero cómo? —preguntó ella—. ¿Cómo puede saberlo? ¿Cómo puede estar seguro si no me conoce? ¿O es que quiere casarse con cualquiera? ¿Le serviría cualquier chica?

—No. Debe de tener muy mala opinión de mí si piensa eso. ¿De veras lo cree?

—¡No lo sé! —exclamó Coral—. No sé qué decir, la verdad es que no acabo de comprender qué está pasando.

—Lo siento —repuso él—. No pretendía ofenderla. Ha sido egoísta por mi parte planteárselo, porque lo único que podía llevarse era un disgusto. Claro que se ha ofendido.

—No. No hay nada que sentir. No estoy ofendida, solo confundida, hecha un lío; no sé qué pensar.

—No lo piense ahora. No diga nada más. Solamente le pido que se tome un poco de tiempo para pensarlo, o todo el tiempo que quiera, y si consigue que el lío se deshaga de algún modo, si lo que le pido, lo que le ofrezco... —El comandante se interrumpió y levantó ambas manos para abarcar con ellas la habitación en que se hallaban, el jardín, el mundo más allá de él—. Considere todo eso. Sé que no nos conocemos bien. Pero sé que es usted buena persona. Y yo también lo soy, se lo aseguro. No soy extraordinariamente bueno, tampoco me engaño, pero no soy falso. Soy generoso, y amable. Nunca le haría daño conscientemente, en ningún sentido. Puede estar segura.

—¿Pero qué me dice de mí? —preguntó Coral—. De mí no estoy tan segura.

—Pues claro que es usted buena persona —respondió el comandante Hart—. Tengo ojos y oídos. La he observado estas últimas semanas, la he visto cuidar a mi madre, la he visto compartir la vida con la señora Prence. He captado la calma y la bondad, sí, la bondad, que irradia en toda la casa. Quizá no es consciente de ello, pero yo sí.

Coral no respondió.

El comandante Hart tendió una mano para cubrir con ella la de Coral, pero sin ejercer presión. A ella le pareció tan liviana como un guante.

—No diga nada ahora. Solo le pido que lo piense, que lo considere. ¿Lo hará?

—Sí —contestó Coral. Retiró la mano y se levantó—. Le daré mi respuesta esta noche.

Coral bajó a la cocina, donde había dejado el abrigo la noche anterior. Aún estaba mojado, pero lo sacudió y se lo puso, y los guantes también, y se ató el pañuelo de peonías a la cabeza. La señora Prence la observaba en silencio, tratando de deducir por su forma de actuar qué había pasado con el comandante Hart, pero Coral no reveló nada. Salió por la puerta sin mirar siquiera a la señora Prence y cruzó el jardín

empapado, rodeó la charca del fondo, que había aumentado de tamaño con la lluvia de la noche anterior, abrió la puerta medio atascada y echó a andar hacia el río. Cruzó el puente y siguió el sendero que se internaba en el bosque.

Intentaba no pensar, porque no sabía qué pensar. Confiaba en que la respuesta le llegara por alguna vía que no fuera la reflexión, de una manera más segura e intuitiva, pues sabía que, pensando, no iba a poder decidir si se casaba o no con el comandante Hart. ¡El comandante Hart! Comprendió que le había dicho que le daría una respuesta esa misma noche porque no se sentía capaz de plantárselo más tiempo.

Pasó ante el bosque de acebos y se detuvo un instante a escuchar el mismo frufrú misterioso que había oído otras veces. Y entonces oyó otro sonido casi humano; un gemido agudo, un chillido. Algún animal atrapado, se dijo, que se retorció de dolor. Y entonces volvió a oírlo: un grito de agonía inconfundible.

Apartó unas ramas con las manos enguantadas, se internó en los espesos matorrales y encontró una especie de sendero. Tuvo que agacharse mucho para pasar por debajo de algunas ramas. Los acebos eran densos y se cerraban sobre ella arañándole las mangas del abrigo. Oyó otra vez el sonido, más cerca, y se abrió paso hasta un claro en el centro del bosque con un techo bajo de ramas. Vio primero a la niña, con los brazos en alto y las muñecas atadas y sujetas a la rama de un árbol un par de palmos más arriba. Sus piecitos apenas rozaban el suelo, y se mecía en la extraña penumbra como un pedazo de carne colgado a secar.

Y entonces oyó una respiración, y cuando se internó más en el claro vio al niño, de pie a poca distancia de la niña y con las manos llenas de piñas. Había muchas más desparramadas en torno a la niña colgada, cuyas mejillas tenían rosáceas magulladuras aquí y allá y churretones de lágrimas. Durante el instante que le llevó comprender la escena —o más bien observarla, porque no la comprendió— permanecieron los tres en silencio, estudiándose con cautela como si los tres acabasen de aparecer allí por separado. Al cabo de un momento, Coral preguntó:

—¿Qué haces? ¿Qué le estás haciendo?

Contestó la niña.

—Estamos jugando, señora.

—¿Jugando?

—Solo nos divertimos —confirmó el niño.

—Es un juego, señora —dijo la niña.

—¡Pero te está haciendo daño! —exclamó Coral—. Eso no es un juego. Y no deberías dejar que te ataran las manos así, te corta la circulación.

Fue como si hablase en una lengua extranjera.

—Estamos jugando, señora —repitió la niña.

—Bueno, pues no deberíais jugar así —repuso Coral, y le dijo al niño—: Desátala —pero él se limitó a mirarla como si fuera a desaparecer tan rápida y misteriosamente como había aparecido, de modo que se volvió hacia la niña otra vez—. ¿Tú quieres jugar a esto?

—Sí —contestó la niña.

—Es el juego del prisionero —explicó el niño—. Nos turnamos.

—Pues no me parece un buen juego, la verdad. ¿Por qué no jugáis a otra cosa?

Ninguno de los dos contestó. Había cierta cortesía en el modo en que la miraban, pacientemente, tolerando la interrupción.

—No me parece un buen juego —insistió ella débilmente.

—A nosotros nos gusta —dijo la niña.

—Pues en cualquier caso hay que desatarte. Desátale las manos —le dijo al niño.

Él se limitó a mirarla.

—Tienes que desatarle las manos —repitió Coral— y darme la cuerda.

—La cuerda es mía —repuso él.

—Bueno, pues entonces prométeme que no volverás a atarla.

El niño siguió mirándola con cara inexpresiva, como si no la hubiese oído o entendido.

—Muy bien —dijo Coral—, entonces la desataré yo.

Se acercó a la niña y trató de desatar la cuerda que le sujetaba las manos a la rama, pero el nudo estaba muy prieto y no pudo aflojarlo.

—No pasa nada —dijo la niña—. Solo estamos jugando.

—Esto no es un juego —insistió Coral—. Te está haciendo daño. Mira, tienes verdugones en las muñecas.

—Luego se van —explicó la niña—. Preparamos una pasta con musgo y otras cosas, y nos quita lo rojo. Es parte del juego.

Coral no supo qué más decir o hacer. Los niños le parecían curiosamente lejanos, como si pertenecieran a una especie algo distinta.

—Bueno, pues no juguéis demasiado rato —concluyó, tratando de que su tono fuera convincente. Luego dio media vuelta y se internó de nuevo en el túnel, donde avanzó un trecho gateando, y entonces se detuvo a escuchar. No oyó nada, solo el frufrú de las hojas.

Cuando Coral volvió de su paseo, el director de la funeraria había llegado a la casa con su hijo en busca del cuerpo de la señora Hart. Los observó bajar el ataúd por las escaleras, sacarlo por la puerta principal y deslizarlo con cuidado en el gran coche negro. En la biblioteca sonaba la radio, pero la puerta estaba cerrada. Coral subió a deshacer la cama de la habitación de la enferma, pero primero abrió las ventanas, algo que la anciana dama nunca había permitido; había insistido en mantener cerradas puertas y ventanas, como si una cámara sellada pudiera impedir la entrada de la muerte o que la vida la abandonara.

Segunda parte

La señora Prence había recibido la noticia del compromiso de Coral Glynn y el comandante Hart con una serenidad sorprendente, casi sospechosa. Se lo dijeron al día siguiente de tomar la decisión de casarse. Ella les deseó a ambos muchos años de felicidad y luego desapareció escaleras abajo en dirección a la cocina, pero al cabo de unas horas volvió a salir y preguntó si podía hablar un momento con el comandante, en privado. Tanto el comandante como Coral agradecieron aquella interrupción, pues llevaban un tiempo sentados en el salón —una habitación grande y fría que daba al norte cuyos muebles parecían dispuestos con el objetivo de que quedaran lo más lejos posible unos de otros, y en la que se diría que cada objeto se hubiese depositado allí décadas atrás para no moverse jamás— tratando de conversar con el tono alegre y desenfadado de dos novios que acababan de comprometerse, pero no se les daba muy bien, y cuando la señora Prence apareció con su petición estaban sumidos en un tenso y prolongado silencio.

Y así, el comandante se levantó de buen grado.

—Por supuesto que sí, Mary —dijo, y la condujo a la biblioteca dejando a Coral sentada en el borde de la silla, perfectamente inmóvil.

Coral no sabía a ciencia cierta cuánto tiempo pasó fuera el comandante, pues en cuanto él y la señora Prence la dejaron sola en el salón se sumió en una especie de trance y se quedó muy quieta en la silla, un objeto petrificado más en la habitación. Parecía fascinada por un objeto en concreto en el que había clavado la mirada: en la mesita auxiliar que había entre las dos cristaleras, una gran campana de cristal albergaba una rama a la que se habían fijado seis diminutos colibríes disecados. Algo en la inmovilidad y la permanencia con que las aves iridiscentes se aferraban a la rama la tenía embelesada. Congeladas bajo su cúpula de cristal, con las alas abiertas para sugerir un vuelo inminente o recién finalizado, se hallaban eternamente suspendidas en un instante entre el pasado y el futuro.

Cuando el comandante volvió al salón, tuvo que toser varias veces para arrancar a Coral de sus ensoñaciones; se levantó de golpe de la silla, como si la hubiesen pillado haciendo una travesura, y exclamó:

—¡Oh!

—No pretendía asustarte —dijo el comandante Hart.

—No, no me has asustado —fue la absurda respuesta de Coral—. Es que estaba pensando en algo...

—Claro, claro —dijo el comandante, como si pudiera no ser cierto—. Bueno, acabo de tener una interesante charla con la señora Prence.

—¿Sí?

—¿Por qué no te sientas? Ven, siéntate aquí conmigo, en el sofá.

Coral lo miró como si le hubiese pedido que se metiera en la bañera con él. Le pareció que compartir el mismo cojín del sofá tenía algo insoportablemente íntimo:

simbolizaba una cercanía a la que aún no habían llegado. Pero no podía negarse, puesto que era su prometida.

Tomó asiento en el sofá y él se sentó a su lado dejando una pequeña tierra de nadie entre ambos. Coral nunca había estado tan cerca de él; sintió el calor de su cuerpo robusto y advirtió que llevaba colonia, una con aroma fresco y tonificante, casi antiséptico pero no del todo, con notas de pino, tierra y almizcle que le recordó el aire quieto en el bosquecillo de acebos.

—La señora Prence ha tenido el detalle de avisarme con respecto a una situación que requiere nuestra atención inmediata —empezó él—. Está segura de que se te habría ocurrido a ti si no hubieses estado tan entusiasmada con el compromiso.

—No me digas, ¿y de qué se trata?

—Es una cuestión muy simple, en realidad: ahora que estamos comprometidos, es un poco... bueno, no es muy correcto que vivamos aquí juntos, bajo el mismo techo. Comprenderás que la gente tiende a andarse con chismes.

—Sí, ya lo sé.

—O sea que comprendes que debemos vivir separados hasta que nos casemos, ¿no?

—Precisamente estaba esperando a que sugirieras algo —repuso ella—. Claro que lo entiendo. —«Pero no entiendo nada», se dijo. Era como despertar de pronto en una tierra extranjera.

—Sabía que lo comprenderías. Me importa un rábano qué piense de mí la gente, pero la señora Prence está segura de que a ti te preocupa tu reputación, siendo como eres una forastera entre nosotros. Así pues, he reservado una habitación para ti en el Black Swan, y te llevaré ahora para allá. La señora Prence se ha ofrecido amablemente a hacerte la maleta.

«¿Y por qué tiene que hacerme ella la maleta? —se preguntó Coral—. ¿Por qué me quiere echar de la casa tan deprisa? ¿Qué anda tramando? No, es él quien me quiere fuera de aquí; se ha dado cuenta de que soy una imbécil, se arrepiente de todo y quiere que me largue para poder planear una salida».

—Ya sé que es todo un poco precipitado, pero nos parece que lo mejor es tenerte instalada en el Swan antes de que empiecen las habladurías.

—Pero no lo sabe nadie —dijo Coral—, ¿cómo pueden andar diciendo nada?

—No tienes idea de lo rápido que se saben las cosas, sobre todo esta clase de cosas, en un pueblo como Harrington.

—Pero ninguno de nosotros ha salido siquiera de la casa...

La señora Prence entró en el salón con la maltrecha maletita de Coral. La llevaba ante sí con el brazo estirado, como si contuviera algo desagradable.

—He conseguido meterlo todo aquí dentro —explicó—, y si me he dejado algo, puede recuperarlo más tarde.

—Me gustaría subir un momento a mi habitación —dijo Coral.

—Lo he cogido todo, estoy segura —repuso la señora Prence—. He vaciado

todos los cajones.

—Seguro que sí, pero discúlpeme, por favor. Me gustaría tumbarme un momento.

—Pero he deshecho la cama...

—No importa —interrumpió Coral—. No me encuentro bien. —Se volvió hacia el comandante Hart, que esperaba ahí de pie con expresión ausente—. Bajaré dentro de un ratito.

—Por supuesto. Tómame todo el tiempo que necesites.

En la pared sobre la cama en la pequeña habitación del Black Swan había un cuadro de un bulldog tocado con un fez mirando a una rana que llevaba quevedos y birrete. El perro ladeaba la cabeza y la rana sacaba la afiligranada lengua. Bajo los dos animales, el título rezaba DOS BUENOS AMIGOS.

Coral pensaba que la señora Prence le habría hecho la maleta de cualquier manera y se sorprendió al encontrarse con que todo estaba pulcramente doblado y guardado con sumo cuidado. Se preguntó si se habría llevado una impresión equivocada de la señora Prence.

Guardó su escaso vestuario en el armario que abarrotaba la pequeña habitación como una persona gorda que ocupa demasiado sitio en un ascensor. En un cajón encontró un preservativo arrugado. Durante un instante lo confundió con alguna clase de larva gigante, y tanto pánico le daban los bichos que, más que asco, sintió alivio al comprobar de qué se trataba.

Se acordó del padre de los niños con escarlatina, el marido de la mujer que le había regalado el pañuelo de peonías usado, y de que lo llamó «goma» mientras se lo deslizaba en el pene erecto antes de hacerle lo que le había hecho. Cerró ese cajón y abrió el de debajo, que estaba vacío, gracias a Dios.

Había dos tiendas de ropa de mujer en el pueblo, y Coral acudió a la más elegante, cualidad que hasta su nombre mismo proclamaba: DALRYMPLE: LOS VESTIDOS MÁS ELEGANTES. En el escaparate, dos maniqués contemplaban la calle mayor con mirada implacable. Un letrero a sus pies anunciaba: LA MODA QUE VIENE.

Nunca había comprado un vestido elegante, y no sabía muy bien cómo hacerlo. Entró en la tienda haciendo sonar la campanilla de la puerta y se detuvo justo al otro lado del umbral.

Las cortinillas de cuentas que daban a una trastienda se abrieron con un tintineo y apareció una mujer con un vestido parecido a los que llevaban los maniqués.

—¡Buenos días! —exclamó—. ¡Encantada de verla! ¡Pase, pase!

Aquel derroche de simpatía dejó un poco inquieta a Coral, que esperaba verse ignorada y hasta humillada, y no supo cómo responder al agresivo buen humor de la mujer.

—Buenos días —consiguió balbucir.

—Pase, pase —repitió la mujer—. No muerdo. ¿Anda en busca de algo especial?

—Supongo que sí —contestó Coral—. Quiero un vestido.

—Bueno, pues no cabe duda de que ha venido al sitio adecuado. ¿De día o de noche?

—¿Cómo?

—¿Qué clase de vestido busca? ¿Un vestido de día o de noche?

—Ah, pues no estoy segura —repuso Coral.

—Vamos a ver, ¿hay una celebración en concreto?

—¿Una celebración?

—Sí. Una fiesta o algo así. Un bautizo, o un baile. Algo especial para lo que vaya a llevar el vestido.

—Ah, pues sí. Una boda.

—¿Una boda de día?

—Sí —contestó Coral. No habían decidido una hora, pero ni se le había pasado por la cabeza que pudieran casarse de noche.

—¿Es una boda por la iglesia?

—No, no, por lo civil.

—Pues en ese caso un bonito vestido de día encajará de maravilla. ¿Le gusta algún color en particular?

—Tiene que ser negro.

—¿Negro? ¡No lo dice en serio! No puede ir de negro a una boda.

—Verá, es que su madre ha muerto hace muy poco —explicó Coral—. Él está de luto.

—¿Se refiere al novio?

—Sí.

—Eso no significa que usted tenga que ir de negro, querida. A menos que sea de la familia. ¿Es usted de la familia?

—¿Perdone?

—¿Es de la familia? ¿Es usted pariente del novio?

—Oh, no. No sería correcto.

—Vaya, sí que es raro todo esto. ¿Está segura de que está de luto? Si lo está, no debería casarse.

—¿No?

—No, no debería. A menos que haya factores atenuantes.

—No lo creo —dijo Coral.

—Bueno, pues igualmente no creo que tenga que ir vestida de negro. De hecho, creo que sería de mal gusto. Sin duda la novia no irá de negro.

—Es que la novia soy yo —repuso Coral.

—¡Que usted es la novia!

—Pues sí.

—Cuánto lo siento. No lo había entendido. Le ruego que me disculpe.

Llegados a ese punto, a Coral le pareció más seguro no decir nada.

La mujer la miró con atención.

—No estaremos hablando de la señora Hart, ¿verdad?

—Pues sí —contestó Coral.

—Ah... entonces usted tiene que ser la joven que va a casarse con el comandante Hart.

Coral no lo negó.

—En todos estos años le he vendido muchos vestidos a la señora Hart —comentó la mujer—. ¿Ha sido el comandante Hart quien la ha mandado aquí?

—Sí, me sugirió que viniese aquí o que fuera a...

—¿Tiddlywinks? No creo que allí vaya a encontrar nada ni remotamente adecuado. Tengo un vestido de seda lavanda que le quedaría precioso. Quítese el abrigo y el sombrero y déjeme echarle una ojeada.

Coral se quitó el abrigo y el sombrero.

—Déjelos ahí en el puf, querida.

Coral se quedó perpleja.

—¡El puf! ¡El taburete!

La mujer señaló el mueble en cuestión y se quedó mirando mientras Coral dejaba el raído abrigo y el viejo sombrero sobre su elegante superficie tapizada.

—Muy bien, dese la vuelta. Del todo. Así, fantástico. Bonita figura... tiene un poco de barriguita, pero lo resolveremos con una faja. Y el pelo castaño casa muy bien con el lavanda. Resaltará el brillo de la tela. Y para que el cabello le brille también, añada un huevo al champú. También lo tengo en beige, pero creo que le sienta mejor el lavanda. Y para una boda queda más bonito.

El comandante Hart se levantó de golpe cuando Coral entró en el comedor del Black Swan. Llevaba varios días sin verlo, y volvió a sorprenderse de lo guapo que era; siempre se vestía y acicalaba con un cuidado casi excesivo, como si pretendiera compensar su cuerpo imperfecto. Coral no pudo evitar sonreír mientras cruzaba la habitación. Todos la miraban, y se sintió feliz y segura, aunque hubo un breve instante de pánico cuando se acercó a la mesa y ambos comprendieron que debían saludarse públicamente con algún contacto físico. Recobrando la compostura antes que ella, sin embargo, él le cogió la mano y se inclinó para besarla en la mejilla.

—Hola, hola —dijo—. ¿Qué llevas ahí? —indicó con la cabeza la caja plateada bajo el brazo de Coral.

—He comprado un vestido para la boda. En Dalrymple.

—¡Estupendo! Espero que te guste.

—Sí, es precioso.

—Qué bien —repuso el comandante—. Siéntate, siéntate. Me ocuparé de que alguien te guarde la caja. —Tendió los brazos para que ella le pasara la caja y, con tono casi tenso, repitió—: Siéntate.

Coral se sentó. Cayó en la cuenta de que no debería haber entrado al comedor con la caja. Ahora entendía por qué la habían observado todos: eran miradas de escarnio, no de admiración.

El comandante le tendió la caja a un camarero que pasaba.

—¿Sería tan amable de encontrarle un sitio a esto en el guardarropa? —Se sentó a la mesa frente a ella y dijo—: Bueno, bueno.

Había un platillo con rabanitos en la mesa, y se lo tendió a Coral.

—No, gracias.

—A mí me encantan los rabanitos —repuso él. Cogió uno y lo partió en dos de un mordisco. Hubo algo casi salvaje en ese acto que la desconcertó un instante—. ¿De qué color es?

Como Coral estaba pensando en el rabanito, la pregunta la dejó atónita.

—¿El rabanito? —Era de un color curioso, de un rojo que tendía al rosa.

—No, no... Tu vestido. ¿De qué color es?

—Ah. Es azul lavanda.

—¿Lavanda? —El comandante la miró con recelo.

—Sí. Aunque no del todo, más bien tirando a gris. A un gris perla.

El camarero que se había llevado la caja regresó para darles las cartas.

—¿Quieren beber algo?

—¿Te apetece un jerez? —sugirió el comandante Hart.

Coral dijo que sí, que le apetecía un jerez.

—¿Dulce o seco? —preguntó el camarero.

—Dulce, por favor.

El camarero se retiró y ambos estudiaron la carta. Las sostenían ante el rostro como máscaras. Como escudos. El camarero volvió con las bebidas, las dejó en la mesa y se quedó esperando. El comandante bajó la carta.

—¿Ya sabes qué te apetece?

Coral bajó la suya.

—Tomaré la platija.

—¿Y de entrante? —quiso saber el camarero.

—Melón —contestó ella.

—Lo lamento —dijo el camarero—, pero no tenemos melón. No es temporada. Pero sí tenemos una ensalada de frutas.

—¿Es de lata? —intervino el comandante.

—Me temo que sí —repuso el camarero.

—¿Y si tomas los langostinos? —propuso el comandante.

Coral no había comido un langostino en su vida, y no le pareció que fuese el momento de estrenarse.

—Tomaré una sopa.

—¿*Consommé madrilène* o caldo escocés?

—Caldo escocés, por favor.

—Yo tomaré los langostinos —añadió el comandante—. Y la chuleta. Bueno, listos.

El camarero recogió las cartas y se alejó.

El comandante Hart tamborileó sobre la mesa con ambas manos y paseó la vista por el comedor. Al cabo de un momento dejó de tamborilear y levantó su cerveza.

—Por nosotros —brindó.

Ella levantó el jerez y le dio un sorbito. Estaba desagradablemente dulce y espeso como un jarabe. Y era de un color extraño, de un rojo casi anaranjado.

—La señora Prence te manda recuerdos —dijo el comandante.

A Coral le costó creerlo.

—¿De veras?

—Sí. Así es.

—¿Cuándo se marcha?

—¿Quién?

—La señora Prence.

—¿Va a marcharse?

—Sí. Ahora que vamos a casarnos no se quedará, ¿no?

—Pues claro que sí —repuso él—. ¿Por qué iba a irse?

—Pensaba que... bueno, no vamos a necesitarla, ¿no? Solo somos tú y yo. No necesitamos una cocinera.

—¿Sabes cocinar?

—Un poco —admitió ella—. Y puedo aprender. Me gustaría hacerlo. He cocinado muchas veces para mí, cosas sencillas.

—Bueno, por supuesto que puedes cocinar si te apetece... Mi madre lo hacía a veces, pero eso no significa que la señora Prence vaya a irse. Hart House es su hogar. Lleva más tiempo que yo viviendo allí. ¿Adónde iba a ir?

El camarero regresó y dejó con cautela un cuenco de sopa ante ella y una copa plateada con diminutos langostinos en posición fetal ante él.

El caldo escocés venía adornado con una pátina de grasa. Coral la observó vibrar recuperándose del perturbador trayecto de la cocina a la mesa.

—No lo entiendo —dijo.

—¿Qué no entiendes? —preguntó el comandante cuando el camarero se marchó.

—¡Nada de nada! —exclamó Coral—. ¿Por qué la señora Prence...?

—No veo qué puede ser tan difícil de entender. —El comandante pinchó un langostino con el tenedor y lo mojó en la salsa de tomate. Luego bajó la cabeza, se llevó el tenedor a la boca y se lo zampó.

Coral no dijo nada. Revolvió la sopa grasienta e iridiscente con la cuchara.

El comandante liquidó otro langostino de la copa con parecida ferocidad. Coral advirtió algo primitivo en él. Comía como si la batalla no se hubiese ganado aún y la comida pudiese asestarle un mordisco. La miró.

—No has probado la sopa. ¿Tan caliente está?

—Sí, mucho —contestó Coral. Una de las lágrimas que le surcaban la cara cayó en el caldo escocés.

—¡Coral! Estás llorando. ¿Qué te pasa?

Ella dejó la cuchara junto al cuenco y se levantó.

—Discúlpame —dijo.

Cuando salió del lavabo de señoras, él estaba en el vestíbulo.

—Perdóname si te he molestado —dijo el comandante—. A veces no sé cómo comportarme con ciertas cosas. Con muchas cosas. Tienes que perdonarme.

Tendió una mano para tocarle el brazo, pero algo en la postura de Coral, ahí de pie con los brazos cruzados, le impidió completar el gesto y su mano permaneció en el aire entre ambos un instante, con los dedos extendidos. Entonces cerró el puño y la dejó caer.

—Lo siento —dijo ella—. Estoy un poco alterada, eso es todo.

—Sí. Claro. ¿Volvemos a la mesa?

Coral asintió con la cabeza y lo siguió de vuelta al comedor. Una vez más, todos la observaron, pero con disimulo, y se sintió avergonzada. Se habían llevado la sopa y los langostinos. Se alegró de que el caldo hubiese desaparecido y de volver a tener el mantel blanco entre ambos: era un nuevo comienzo.

—¿Es por la señora Prence que estás tan alterada?

—Sí. No ha sido muy amable conmigo. No le caigo bien.

—¿De verdad? Pues qué raro. Siempre me ha parecido una mujer muy amable. Y sé que mi madre opinaba lo mismo. ¿Estás segura? Habrás confundido sus intenciones.

—Estoy segura. Me ha dicho cosas muy desagradables.

—Pues hablaré con ella. Estoy convencido de que ha habido algún malentendido entre las dos. A las mujeres os pasa a menudo, por lo visto.

—No creo que haya ningún malentendido entre nosotras.

—No, claro que no lo crees —repuso el comandante—. No es culpa tuya. Y de ella tampoco, estoy seguro. En eso consisten, precisamente, los malentendidos, ¿no?

El camarero, con su llegada, salvó a Coral de tener que contestar. Cuando se hubo alejado, el comandante preguntó:

—¿De verdad no tienes familia ninguna?

La pregunta la confundió un instante, como si tuviera truco. ¿Podía ser relativo acaso ese «ninguna»?

—Así es —respondió—. Bueno, solo aquella tía de la que te hablé.

—Qué pena. Te lo pregunto porque van a hacernos falta testigos, por supuesto. Pensaba que igual tenías algún pariente que pudiera venir de tu parte.

—Pues no.

—¿Algún amigo, tal vez? Me hablaste de una chica en Londres.

—No —contestó ella—. Ya no tenemos trato. La verdad es que no hay nadie.

Él tendió una mano para coger la de Coral y darle un tierno apretón. El gesto

pareció incomodarlos a ambos, de manera que se apresuró a retirarla.

—¿Qué tal tu pescado? —preguntó el comandante.

—Muy bueno. ¿Y tu chuleta?

—Aceptable. Oye, volviendo a los testigos... Visto que no tienes a nadie, me pregunto qué te parecería que lo fueran mis amigos Robert y Dorothy Lofting. Son encantadores; Robin y yo fuimos juntos al colegio, y la madre de Dolly y la mía eran buenas amigas. Los considero casi de la familia. Serían dos testigos estupendos, si te parece bien, por supuesto.

—Claro.

—Pues fantástico. ¡Fantástico! Nos han invitado a cenar esta noche, así podrás conocerlos.

A raíz de sus heridas, al comandante Hart le habían recomendado injertos de piel en las quemaduras, pero la mera idea de que lo despellejaran —literalmente— poco después de haber estado a punto de quemarse vivo, le pareció atroz, y había decidido que prefería vivir con su deterioro físico. Y, extrañado y con un poco de tristeza, comprendía además que hasta se alegraba de su desfiguración, pues lo apartaba del escenario vital que más temía: tenía la sensación de que su cuerpo dañado lo incapacitaba como amante y por tanto como esposo, y sentía un alivio enorme ante la perspectiva de verse eximido del amor y el matrimonio y de todas las complicaciones y mortificaciones preliminares y subsiguientes que entrañaban. El comandante se consideraba irrevocablemente ajeno al mundo de las relaciones íntimas, estado que se tomaba como una bendición, pues nunca se había sentido cómodo con la gente en general y con las mujeres en particular, y sabía que ahora nadie iba a esperar que se buscara una esposa. Era como los niños cojos o pusilánimes en el colegio, que quedaban excluidos de los partidos y animaban desde la banda a los chicos más sanos que se revolcaban torpemente en el barro. Pero la llegada de Coral a Hart House lo había cambiado, y sentía brotar en su interior una pasión que había creído tener completa y satisfactoriamente reprimida. Había desterrado el amor, pero, como un perro al que hubiesen llevado muy lejos para abandonarlo, el amor había regresado cojeando a casa.

El cuerpo del comandante Hart no era ni mucho menos tan repugnante como él imaginaba. La pierna derecha se le había atrofiado bajo el aparato ortopédico, pero la piel dañada quedaba limitada a la pierna izquierda, parte del pecho y el antebrazo izquierdo; y, sin embargo, el efecto le parecía total, como el de las grietas bien visibles en un jarrón, que lo arruinan por completo. Y así, la perspectiva de mostrarle su cuerpo a Coral era aterradora, casi paralizante. Tendría que encontrar la forma de apagar todas las luces antes de desvestirse. Pero sabía que hasta el contacto con su piel resultaba perturbador. Él mismo, cuando estaba en la cama, tocaba a menudo la piel muerta de su torso, una piel sin sensibilidad alguna, tan impasible como el

linóleo. Y entonces tocaba una zona de piel intacta y su sedosa suavidad, la descarga eléctrica de pura sensación, le producía una impresión incluso peor.

En su pequeña habitación del Black Swan, Coral abrió la caja plateada, apartó el papel de seda y sacó el vestido. Lo dejó sobre la cama. Ahí tendido, parecía una persona muerta. Pensó en la señora Hart yaciendo en su cama, ataviada con uno de sus mejores vestidos, a la espera de que se la llevara el coche fúnebre.

Se desvistió y se puso el vestido por la cabeza. Tenía una cremallera y muchos corchetes en la espalda que no lograba alcanzar. Le pareció muy cruel diseñar un vestido cuya propietaria no pudiese abrochárselo sola. ¿Quién iba a ayudarla el día de la boda? Se preguntó si podría abrocharlo y ponérselo luego, bajándolo poco a poco. Se lo quitó y lo intentó, pero no le pasaba por el pecho y los hombros. Durante unos instantes quedó atrapada en el vestido. Presa del pánico, desgarró una costura en sus intentos por liberarse.

La campanilla volvió a tintinear cuando abrió la puerta y una voz saludó desde detrás de la cortinilla de cuentas. Coral esperó ante la puerta apretando la caja plateada contra el pecho.

—Acaba de entrar alguien —oyó que decía la voz—. Luego te llamo.

Y entonces la cortina se abrió y apareció la mujer.

—Ah, hola. Es usted. ¿Va todo bien?

—Me temo que no —respondió Coral.

—Vaya por Dios. ¿Qué ocurre?

—El vestido...

—¡Pero si le quedaba precioso! Era justo de su talla.

—Sí, ya lo sé, pero no me sirve.

—¿Qué tiene de malo?

—Quiero un vestido que pueda ponerme sola. Este no puedo ponérmelo. —
Tendió la caja plateada.

—No sea tonta —soltó la mujer—. Es un vestido precioso.

—Ya lo sé. Pero no puedo ponérmelo.

—Claro que puede. Solo necesita que se lo abrochen. Y podrá encontrar a alguien que lo haga, sin duda.

—Pues no —repuso Coral.

—Me dijo que iba a casarse, ¡pues una no se casa sola!

—No estaría bien que me lo abrochara él.

—Vaya, pues habrá más gente, supongo. Su madre, quizá.

—Mi madre murió.

—Pues alguna amiga. O su dama de honor.

—¿No tiene un vestido que pueda ponerme yo sola? —insistió Coral.

—¡Desde luego que no! Todos mis vestidos son entallados. Pero esto es ridículo, nunca me había encontrado con nada parecido. Iré yo misma a abrochárselo, si es necesario.

—No puedo pedirle algo así. Quiero un vestido que pueda ponerme yo, nada más.

—Y yo le digo que no tengo un vestido así. Además, ser una novia consiste en parte en que la mimen a una. Sin duda hay alguien que...

—Me gustaría devolver este vestido —interrumpió Coral.

La mujer se acercó a grandes zancadas y prácticamente le arrancó la caja de las manos.

—Muy bien.

Dejó la caja sobre el puf y la abrió. Sacó el vestido del revuelto papel de seda y lo sostuvo ante sí.

—En todos los años que llevo aquí nunca me he encontrado con nada tan ridículo. Este vestido es absolutamente perfecto para usted. Pero mire... ¡está roto! Lo ha roto usted misma. —Blandió el vestido ante Coral exponiendo la costura desgarrada—. ¡No puede devolver un vestido roto!

—Se rompió solo cuando trataba de ponérmelo.

—Perdone, pero mis vestidos no se rompen solos. Algo habrá hecho para desgarrar la costura, y ahora intenta devolverlo con un pretexto ridículo. —La mujer dejó caer el vestido de nuevo en la caja, lo tapó con el papel de seda, cerró la tapa de un golpetazo y se lo tendió a Coral—. No pienso prestarme a esta payasada.

—No lo quiero —dijo Coral.

—Bueno, pues ya le he dicho que no puede devolver un vestido roto. Eso lo entenderá, sin duda.

Coral no dijo nada.

—A ver, ¿lo entiende o no?

—Sí —repuso Coral—. Pero no quiero este vestido. No necesito este vestido. No voy a casarme.

—Vaya —dijo la mujer—. Eso es otra cosa, desde luego. ¿Ha cambiado de planes?

—Sí, he cambiado de planes.

—Lamento saberlo. Pero mire, estaría encantada de arreglarle esa costura para que pueda ponerse el vestido en otra ocasión. Seguro que puede hacerlo, desde luego un vestido como este lo permite.

—Es usted muy amable —dijo Coral—, y se lo agradezco, pero no quiero ese vestido.

Dio media vuelta, abrió la puerta de la tienda dejando a la mujer con la caja plateada en las manos, y salió a la calle mayor.

De regreso al Black Swan, Coral pasó ante la floristería y vio al joven que le había regalado el ramo a través del escaparate lleno de flores. Se quedó ahí plantada unos instantes. Él levantó la vista, sonrió y la saludó con un ademán. Coral empujó la puerta y entró.

—Hola —dijo el chico.

Coral lo saludó. Se quedó justo al otro lado de la puerta, asombrada una vez más ante la cantidad de flores, ante su desconcertante abundancia.

—¿Cómo hace los pedidos? —preguntó.

—¿Perdone?

—¿Cómo sabe qué flores va a querer la gente? No duran mucho, ¿no?

—Bueno, la cosa tiene sus trucos. Y la gente tiende a querer lo mismo, una y otra vez, o ciertas cosas en determinados momentos del año. Pero la mayoría quiere sencillamente lo que ve. Hasta ese punto son bonitas las flores. ¿Desea algo?

—No, no —repuso ella—. Estoy buscando trabajo. ¿Necesita a alguien aquí?

—Pensaba que era enfermera —contestó el joven.

—Y lo soy. O lo era. Pero ya no quiero serlo más. No puedo... Me gustaría hacer algo diferente. Algo como esto... —E indicó las flores que la rodeaban.

—¿Tiene experiencia con flores?

—No. Pero se me da bien hacer cosas con las manos. —Las tendió ante sí, como si el mero hecho de tener manos lo probara—. Y podría aprender.

—Bueno, pues no sé. La verdad es que no necesitamos a nadie en este momento.

—Podría limpiar. O lo que sea...

—Hablaré con la señora Lippincott. Es la dueña de la tienda. —Entonces advirtió que ella estaba llorando, y preguntó—: ¿Qué le pasa?

—Oh —repuso Coral—. He hecho algo horroroso. He sido tan ingenua, tan estúpida...

—¿Pero qué ha hecho? —El joven salió de detrás del mostrador tirando del pañuelo que le asomaba en el bolsillo de la chaqueta, y se lo tendió a Coral—. Tenga.

Ella advirtió que era sedoso y muy bonito, y aunque tenía un estampado de unos perros dando caza a unos zorros, no le pareció un pañuelo adecuado para un hombre.

—Vaya, es precioso. No puedo aceptarlo. Llevo uno.

Se lo devolvió, abrió el bolso y sacó su sencillo pañuelo para enjugarse con él los ojos y la nariz.

—¿Es por su boda con el comandante Hart? —preguntó él—. ¿Por eso está tan alterada?

—¿Cómo se ha enterado?

—Bueno, es la comidilla del pueblo. La gente tiende a chismorrear en una floristería.

—Pero no voy a casarme —dijo Coral—. Antes sí, quizá, pero ya no. Todo ha

sido un lío, un espantoso y estúpido lío, y ya no sé qué hacer.

—¿Por qué no va a casarse?

—¿Le parece que debería casarme? —preguntó ella.

El florista se echó a reír.

—¿Cómo voy a saberlo? Yo qué sé. Está usted comprometida con él, ¿no es eso?

—Sí. ¿Lo conoce?

—¿Al comandante Hart? Pues no. Es un poco mayor que usted, ¿no?

—Sí —repuso Coral—. Supongo que sí.

—Y es un tipo bastante solitario, por lo que cuentan.

Coral asintió.

—Pero supongo que se ha enamorado de él, y eso siempre es algo imposible de prever.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, es que muchas veces me parece curiosísimo, quién ama a quién. O quién no. Se ven parejas de lo más insólito.

—¿Le parece que el comandante y yo formamos una pareja insólita? —quiso saber Coral.

—No sabría decirlo, la verdad. Y si supiera, tampoco se lo diría. Además, ¿qué más da? Solo importa lo que piense usted.

—Pero ¿es un buen hombre, que usted sepa? A mí me parece muy buena persona.

—Nunca he oído nada malo sobre él. Es el perfecto caballero, por lo visto. Así pues, ¿por qué ha cambiado de opinión? ¿Le ha hecho él algo malo?

—No, no —repuso Coral—. No se trata de eso. Es una tontería, una estupidez, como le decía. Todo ha sido por culpa de un vestido.

—Me temo que no la sigo... ¿qué vestido?

—Compré un vestido para la boda, y fui una tonta y lo rompí, y ahora lo he devuelto a la tienda y he dicho que no lo necesitaba porque no voy a casarme, después de todo. Hago esa clase de cosas constantemente, no pienso las cosas. Soy así con todo, y todo acaba en un lío.

—Pues a mí me parece un lío bastante tonto y fácil de arreglar.

—¿Cómo? —preguntó Coral—. No puedo volver a la tienda, me moriría de vergüenza. No tiene ni idea de la escena que he montado.

—¿Estamos hablando de Dalrymple? ¿De la señora Henderson?

—Sí.

—Es muy simpática, y estoy seguro de que no es usted la primera que tiene un ataque de histeria en su tienda. Estoy convencido de que lo sabrá arreglar. Tiene que volver allí ahora mismo.

—¿Está seguro? Parecía muy enfadada conmigo.

—Sí, estoy seguro. A una dependienta nunca le dura mucho un enfado. La recibiré con los brazos abiertos.

—Qué amable ha sido conmigo. Me llamo Coral Glynn —y tendió la mano.

El joven se la estrechó.

—Yo soy John. John Shields. Encantado de conocerla, Coral.

Se abrió la puerta de la tienda y entró un hombre con traje y corbata. Quería una docena de rosas amarillas para el cumpleaños de su esposa. No había rosas amarillas, solamente rojas y de color marfil. Se llevó las de color marfil.

Coral observó la transacción. John le caía bien y no tenía ganas de irse.

—Mi hermano se llamaba John —le dijo al joven, aunque no era cierto. Pero seguía asociándolo a su hermano, que se llamaba James, un nombre bastante parecido, al fin y al cabo.

—¿Se llamaba?

—Murió en la guerra —explicó Coral—. En el cuarenta y dos. Todavía lo echo de menos.

—Yo también perdí a un hermano, pero no puedo decir que lo eche de menos. Era bastante bruto.

—Lo siento.

El intercambio sobre hermanos muertos había cambiado el tono de la conversación, y ninguno de los dos supo qué decir.

Por fin fue John quien habló.

—Vaya a ver a la señora Henderson y arregle lo de su vestido. Y supongo que vendrá a que le haga el ramo. Porque llevará flores, ¿no?

—Pues no lo sé —repuso Coral—, no lo había pensado.

—Bueno, pues sí las llevará, me ocuparé de que lo haga. A menos que acabe cambiando de opinión, claro.

Cuando Coral salió de la floristería aún quedaba una suave luz en el cielo y las calles estaban llenas de gente presurosa por llegar a casa para pasar la velada. Se detuvo ante el escaparate de la joyería, en la puerta de al lado, y apoyó la frente contra el cristal para observar el reluciente despliegue de dorada abundancia.

No había tenido intención de robar el anillo de zafiro.

Una noche, la mujer —la madre de los niños con escarlatina, la esposa del hombre del preservativo— se quitó el anillo para dejarlo en el borde de la bañera mientras bañaba a los niños. Coral lo encontró, pretendía devolvérselo a la mañana siguiente, pero como la mujer no lo echó en falta, decidió guardarlo hasta que advirtiera su desaparición y se pusiera en marcha una búsqueda, y ella pudiera anunciar que lo había encontrado. Así la madre se sentiría en deuda con ella, pues Coral deseaba la aprobación y el cariño de aquella mujer un poco mayor que ella. Pero lo que pasó fue que la mujer encontró el anillo envuelto en gasas en su botiquín.

Curiosamente, o quizá no, fue el marido quien la salvó. Le dijo a su mujer que no

valía la pena destrozarle la vida a alguien por un anillo de zafiro; bien está lo que bien acaba, le dijo. Pero no debería andar trabajando en las casas de la gente si era una vulgar ladrona, repuso la mujer. Había que detenerla. El marido admitió que tenía razón y dijo que avisaría a la agencia.

Aquella noche, la última que Coral pasó en la casa, el marido acudió a su dormitorio y le dio el anillo de zafiro diciéndole que se lo quedara. Al principio Coral no quiso, pero él insistió en que debía llevárselo: su mujer ya no lo quería, y siempre podía venderlo si necesitaba dinero. Y le dijo a Coral que no hablaría con la agencia. A ella le dio rabia que fuera amable después de lo que le había hecho, porque aquello suponía una interferencia en el odio que sentía por él.

Había escondido el anillo detrás del espejo que había en la pared de su habitación de la buhardilla de Hart House. Tendría que acordarse de recuperarlo cuando estuviera de vuelta en la casa. Tal vez se lo devolvería a la mujer, anónimamente, claro, porque estaba segura de que el marido le había mentado al decir que su esposa ya no lo quería. ¿Por qué no iba a quererlo?

Se apartó del escaparate de la joyería, dio media vuelta y vio el titular escrito con tiza y con letra puntiaguda en la pizarra apoyada contra el quiosco de periódicos en la acera de enfrente:

APARECE UNA NIÑA AHORCADA EN EL BOSQUE DE SAP GREEN
EL ASESINO ANDA SUELTO

A causa de un accidente reciente en el que se había visto implicado un tejón, el comandante Hart ya no conducía de noche. Así, Coral y el comandante llegaron en taxi a Villa Eustacia, que era como se llamaba la residencia de Robert y Dorothy Lofting. Villa Eustacia era una casa grande y rectangular de solo dos plantas con una fachada de sencillo ladrillo encalado y ribetes turquesas. El jardín delantero quedaba encuadrado por un muro; había un pequeño terraplén circular de tierra desnuda rodeado por gravilla y cercado con una valla de tela metálica en miniatura. En otras temporadas debían de adornarlo flores. En el centro del terraplén había un pedestal de piedra; a ambos lados de la puerta, pintada en el mismo tono turquesa que el ribete, se alzaban grandes vasijas que, como el jardín, estaban vacías.

Los Lofting esperaban en el umbral iluminado, observando cómo sus invitados se bajaban del taxi. El comandante Hart, por su bastón, precisó la ayuda del taxista. Coral esperaba incómoda junto al coche tratando de mostrarse implicada en la extracción del comandante. Hasta que él no estuvo de pie a su lado nadie dijo palabra, como si aquello se tratara de la escena de una obra y no pudiesen empezar a actuar hasta haber ocupado la posición que les correspondía.

Entonces se oyó exclamar «¡Hola!» y «¡Buenas noches!», y los Lofting abandonaron su puesto en el umbral para acudir a recibir a sus invitados.

—¡Robin! ¡Dolly!

—¡Clement!

—¡Se te ve estupendo!

—Y tú debes de ser Coral. ¡Qué alegría conocerte!

—Llámame Dolly, por favor.

—Y a mí Robin.

—Pasad, pasad, aquí fuera hace un frío que pela, ¿no?

Dolly cogió del brazo al comandante y lo llevó hacia la casa.

—Te he visto admirar mi obelisco. —Robin tocó en el hombro a Coral para que se volviera hacia el malogrado jardín.

Coral observó cómo pasaba el taxi entre las puertas abiertas y desaparecía. Se sintió abandonada a su suerte. No supo muy bien qué se suponía que estaba admirando, pero se las apañó para musitar:

—Es muy bonito.

—Lo hice traer de Egipto. Es del siglo v antes de Cristo y se usaba para sacrificios humanos rituales. Ataban a pobres tipos a él y los sodomizaban hasta matarlos.

—¿De verdad? —Fue cuanto pudo decir Coral.

—Claro que no —repuso Robin riendo—. Solo se usaba como adorno, te lo aseguro.

—Claro —dijo Coral, extrañamente aliviada.

El interior de Villa Eustacia era una curiosa madriguera de muchas habitaciones pequeñas, todas ellas atiborradas de muebles, objetos de arte, calderos con helechos y chucherías varias. Muchas habitaciones tenían espejos en varias de sus paredes, lo que les confería el mareante efecto de las casas encantadas de feria. Además, todas parecían hallarse en niveles ligeramente distintos. Dolly y un trío de pequineses, a los que habían presentado en el vestíbulo como *Yin*, *Yang* y *Mabel*, los guiaron por varias de esas habitaciones, que parecían variaciones de la sala de estar, aunque dejando aparte escalones y puertas en arco lo que las diferenciaba era un misterio. Dolly se detuvo bruscamente en una habitación claustrofóbica que contenía dos grandes sofás y un piano de cola. Los sofás estaban colocados uno frente al otro, y en el pequeño espacio entre ambos había, embutida, una mesita de ratán pintado de dorado sobre la que reposaba una bandeja de canapés que parecían llevar esperando ahí mucho tiempo. Apoyado contra el piano, un carrito de bebidas. Por lo visto, la habitación se hallaba en las entrañas de la casa, porque no tenía ventanas, solo dos puertas en ambos extremos y espejos sobre los dos sofás.

Dolly y los perros tomaron posesión de un sofá. El comandante le indicó el otro a Coral y luego se sentó a su lado. Robin se quedó de pie junto al carrito de bebidas y

se frotó las manos.

—¿Qué quieres tomar, Coral? —preguntó Dolly—. Robin puede prepararte un cóctel, si te apetece. Se le da muy bien.

—Vaya —repuso Coral—. Para mí nada, gracias.

—¿Un nada? Ese debe de ser nuevo —dijo Robin—, no lo había oído nunca. — Se volvió hacia su mujer—. ¿Cómo se llamaba aquel que nos gustaba tanto, cariño, el de la crema de menta?

—¡Saltamontes!

—Eso es. Seguro que te gusta, Coral. Tú tomarás uno, ¿no, cariño?

—Claro, ¡me tomaré dos!

—¿Y tú, viejo? Quien no arriesga no gana.

—Solo un whisky, por favor —contestó el comandante.

—¡Vamos, Clement, no seas tan machote! ¡Prepáranos saltamontes a todos, cariño!

Robin se puso manos a la obra en el carrito de bebidas. Dolly le dio un canapé a cada perro y luego ofreció la bandeja a sus invitados.

—Estoy casi segura de que son de pasta de anchoa, pero al tubo se le ha caído la etiqueta —comentó.

Coral y el comandante cogieron sendos canapés. Él se lo embutió en la boca y pareció tragarlo entero. Coral sostuvo delicadamente el suyo entre el índice y el pulgar. Trató de encontrar un sitio donde dejarlo, pero como la mesita de al lado estaba atiborrada de una curiosa colección de figuritas de porcelana que iban desde príncipes nubios a cabreros tirolese, lo depositó en la palma de la otra mano y se la llevó al regazo. A lo mejor conseguía dárselo a uno de los perros cuando nadie mirara.

Robin distribuyó las bebidas y levantó la suya.

—Por la feliz pareja, Coral y Clement.

—¡Por Coral y Clement! —brindó Dolly—. ¡Oh, qué riquísimo está, cariño, parece helado derretido!

Robin empujó a los perros para bajarlos del sofá y se sentó junto a su mujer. Cogió un canapé y ofreció la bandeja a los demás. El comandante cogió uno y lo ventiló con la misma brusquedad que el primero. Coral señaló el que tenía en la palma a modo de negativa.

Dolly tomó otro sorbo de cóctel y se arrellanó en el sofá. Lucía un bigotito verde pálido.

—Ahora tienes que contárnoslo todo sobre ti, Coral. Absolutamente todo.

Pero a Coral no se le ocurrió nada que decir. Por fin se las apañó para soltar:

—Qué amable por vuestra parte invitarnos a cenar.

—Bueno, estoy segura de que vamos a ser íntimos amigos —repuso Dolly—, así que tienes que contárnoslo todo sobre ti.

—Pues no sé muy bien qué decir —contestó Coral—, es que no hay mucho que

contar. —Se volvió hacia el comandante, como si él conociera la historia de su vida mejor que ella, pero miraba fijamente su saltamontes con cara de espanto.

—¡Tonterías! —exclamó Dolly—. ¡Seguro que tienes toneladas de cosas que contar! ¿Cuánto hace que eres enfermera? ¿Qué segundo nombre te pusieron, cuál es tu color favorito, de dónde eres?

—Dos años —dijo Coral, decidiendo responder tan solo a la primera pregunta.

—¿Y de dónde eres?

—Coral es del sur —intervino el comandante como si fuera importante ocultar sus orígenes.

—Vaya —dijo Robin—, ¿y de qué sitio del sur?

—De Huddlesford —respondió Coral.

—¡Huddlesford! ¡Eso no es exactamente el sur! —soltó Dolly.

—Está al sur de aquí —declaró el comandante.

Pero Dorothy parecía desconcertada.

—¿Y tu familia? ¿Viven todos en Huddlesford?

—Mis padres nacieron en Huddlesford, pero están muertos.

—¡Los dos! —exclamó Dolly—. Cuánto lo siento. Yo todavía tengo a mi madre, y una hermana y todo.

—Coral también tenía un hermano —explicó el comandante—, pero lo mataron en la guerra.

—¿O sea que no tienes a nadie? —Dolly parecía encontrar emocionante semejante posibilidad.

—Una tía, pero hace años que no la veo.

—Bueno, pues nosotros seremos tu familia. —Dolly se inclinó sobre la mesa baja y tendió ambas manos para asir las de Coral, pero como esta no había conseguido aún darle el canapé a un perro y lo ocultaba todavía en la mano izquierda, solo pudo corresponder a medias a tan afectuoso gesto.

Mientras Coral y Clement visitaban a los Lofting, la señora Prence recibía a su vez un visitante. El timbre de Hart House había sonado poco después de que el taxi pasara a buscar al comandante para llevarlo a su cita. Rara vez acudían visitas a Hart House, de modo que la señora Prence experimentó una mezcla de inquietud y curiosidad cuando subió las escaleras para abrir la puerta. En el porche había un hombre con impermeable y sombrero tirolés contemplando el último y frenético vuelo de las grajillas contra el cielo del crepúsculo. Al cabo de un instante se volvió.

—Ah... Soy el inspector Hoke. Usted debe de ser Mary Prence... ¿o es por casualidad la señorita Coral Glynn?

—Soy la señora Prence —contestó la criada, que había abandonado tiempo atrás su nombre de pila.

—Pues buenas noches, señora Prence. Ya sé que las visitas a estas horas son una molestia tremenda, pero me pregunto si podría hablar con el comandante Hart.

—En este momento no está en casa.

—Vaya, no me diga. La verdad es que esperaba encontrarlo aquí. ¿Dónde está?

—Ha salido.

—Ya veo —repuso el inspector Hoke—. Bueno, en ese caso, me pregunto si la señorita Glynn estaría disponible.

—La enfermera... la señorita Glynn ya no vive aquí. ¿Es la policía?

—Sí —respondió el inspector—. Pues sí, lo soy, o un representante del cuerpo. Me pregunto, señora Prence, si podría hablar con usted un momentito.

—¿Hablar de qué?

—Hace poco han matado a una niñita en el bosque de Sap Green, que no queda muy lejos de aquí. ¿Ha oído algo al respecto?

—Solo sé lo que ha salido en el periódico —contestó la señora Prence—. Qué cosa tan espantosa.

—Pues sí, es como usted dice, espantoso. Y como Hart House está tan cerca del bosque, me sería de gran ayuda hablar con usted un momentito. ¿Puedo pasar?

La señora Prence titubeó. Las grajillas habían abandonado el cielo y ya era casi de noche. El interior de la casa también estaba a oscuras, porque había subido a toda prisa de la cocina y había abierto la puerta sin encender ninguna luz.

—Disculpe, pero ¿no lleva usted una placa o algo así? Podría ser cualquiera, ¿no?

—Sí, sí, por supuesto. Muy sensato por su parte ser tan cautelosa. Debería habérsela enseñado de inmediato. Aquí está mi identificación. —El inspector sacó la cartera de un bolsillo interior de la gabardina y la abrió para revelar la placa—. He envejecido un poco desde que me tomaron esta fotografía, pero tengo entendido que aún se aprecia el parecido.

Soltó una risita, pero la señora Prence no pareció divertida. Por toda respuesta, retrocedió y abrió la puerta del todo. El inspector entró en la casa a oscuras.

—¿Dónde estaba anoche cuando se fue la luz?

—¿Perdone?

—Una bromita, nada más. Qué deprisa cae la noche, ¿no le parece? Qué ganas tengo de que lleguen las largas tardes del verano. Son una de las pocas cosas buenas que tiene vivir tan al norte.

—No sabría decirle —repuso la señora Prence, que había perdido el hilo de los pensamientos del inspector.

—¿Podemos sentarnos un momento en algún sitio? Me gustaría hacerle unas preguntas muy sencillas.

La señora Prence no lograba imaginarse haciendo pasar al inspector al salón o la biblioteca, de modo que sugirió que la siguiera a la cocina, donde lo invitó a sentarse a la mesa.

—Mi madre decía siempre que la cocina es el corazón del hogar —comentó el inspector—. ¿Está de acuerdo, señora Prence?

—No sabría decirle —repitió ella, que ya tenía la frase muy a mano.

—Vaya, pues tiene usted un santuario muy acogedor.

—¿Le apetece un té? —preguntó la señora Prence.

—Pues sí, sería un detalle, si no es mucha molestia.

—No es ninguna molestia —respondió ella, y puso agua a hervir.

—Pues sí, esto es muy acogedor —repitió el inspector.

La señora Prence abrió un armario, sacó dos bollitos glaseados y los dejó caer de mala gana en un plato. Luego esperó a que hirviera el agua, la vertió en la tetera, y cuando el pequeño refrigerio estuvo listo, lo llevó a la mesa en una bandeja.

—Coja un bollito, si le apetece. Son de pasas. —Se sentó, sirvió una taza de té y la deslizó por la mesa. Luego sirvió otra para ella.

—¿Tan evidente es que tengo hambre?

La señora Prence estaba a punto de recurrir a la frase que, por lo visto, se había convertido en su respuesta habitual, pero se contuvo y dijo:

—Yo creo que un bollito siempre apetece.

—Una verdad como un templo. —Si eso era lo que creía el inspector, estaba vulnerando sus principios, pues ignoró del todo los bollitos. Se puso azúcar y una nube de leche en el té—. Bueno, pasemos a ese espantoso asunto del bosque. Me pregunto, señora Prence, si en estas últimas semanas habrá visto a alguien por esa zona.

—Yo nunca voy al bosque, allí no hay nada que me interese.

—Ya —respondió el inspector—. ¿Y en los alrededores de la casa o en la carretera? ¿Algún extraño merodeando por ahí?

—Yo no he visto a ninguno, excepto a la señorita Glynn, claro. La enfermera.

—Pero ella no es una extraña. ¿No ha visto a nadie más? ¿A la propia niñita, por casualidad?

—Yo no he visto nada —declaró la señora Prence—. Tengo demasiado trabajo en la casa como para andar mirando por las ventanas. Hace un tiempo un perro callejero andaba merodeando por aquí, pero como no le daba comida se marchó. Siempre es una equivocación darles comida a los animales salvajes, les sienta mal. —Indicó con un gesto el plato de bollitos encima de la mesa—. Si piensa que son de esos asquerosos que venden, pues no lo son. Los he hecho yo misma.

—¿De veras?

—Sí. No me parece bien comprar lo que uno mismo puede hacer. Pienso que la gente se concede demasiados lujos.

—Tiene usted razón —repuso el inspector Hoke.

La señora Prence le acercó el plato de los bollitos y no apartó la mano, dejando claro que no iba a soltarlo hasta que él hubiera cogido uno. El inspector se decidió por el más pequeño y trató de dejarlo en el platillo, pero era demasiado grande. Se lo llevó a la boca y le dio un bocado que tardó un ratito en deglutir.

—Delicioso —dijo tras tragarlo; ya reducido, ahora podía encajar el bollito en el plato.

—La señorita Glynn pasea por el bosque —anunció la señora Prence—. Le

encanta hacerlo.

—¿De veras? Entonces a lo mejor ha visto algo. Tendré que hablar con ella.

—Se aloja en el Swan. Van a casarse, ¿sabe?

—Sí, algo había oído.

—Es todo bastante raro, si me lo pregunta —añadió la señora Prence.

—¿Raro? ¿En qué sentido?

—Ella es rara. En esa mujer hay algo que no acaba de estar bien, si me lo pregunta. ¿Y por qué van a casarse? Me gustaría saberlo. El comandante Hart nunca ha tenido interés en esas cosas. Supongo que es porque ha perdido a su madre y se siente solo, piensa que necesita a alguien que cuide de él. Pero va a llevarse una desagradable sorpresa, estoy segura.

—No me diga. ¿Qué clase de sorpresa?

—Esa chica es tan capaz de cuidarlo como de despellejar un conejo. Tendrá buen cuidado de su dinero, eso sí, pero no de él.

—Por lo visto no tiene muy buen concepto de la señorita Glynn.

—No tengo ningún concepto de ella, solo sé lo que veo.

—¿Y qué ha visto?

—No es tanto lo que he visto como la sensación que me da. No hay más que mirarla para saber que no se puede confiar en ella.

—¿No le dedicó la debida atención a la señora Hart?

—Si a matar a su paciente lo llama usted dedicarle la debida atención, pues supongo que sí.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir lo que he dicho, aunque tal vez no debería haberlo dicho.

—¿Piensa que la señorita Glynn mató a la señora Hart?

—Yo solo sé que por la mañana estaba bien, y la señorita Glynn desaparece una tarde y antes de que nadie pueda decir ni mu, la señora Hart está muerta.

—Tenía la impresión de que la señora Hart estaba muy enferma.

—¡Enferma, sí, pero estar muerta es muy distinto! ¿Y quién va a impedir que haga lo mismo con el comandante Hart? Primero se casará con él y luego lo matará, igual que a su madre, ¿y quién va a quedarse estupendamente situada entonces? La verdad es que temo por mi propia vida cuando ella regrese.

—¿Por qué? No tiene nada que ganar eliminándola a usted.

—Solamente su propia tranquilidad. Sabe que no la soporto. Supe qué pretendía desde el principio y no se lo puse fácil. La noche en que murió la señora Hart me dirigió una mirada que me heló la sangre. Y digo yo, ahora que me pregunta usted todo esto, ¿qué andaba haciendo en el bosque? Paseando, decía, ¿pero en ese bosque sombrío y desagradable con un tiempo horroroso? Creo que esa pobre niñita ha de tener algo que ver con todo esto. Tal vez viera algo, me refiero a la niña, o la señorita Glynn le contó algo. La gente habla con los niños como si tal cosa y luego lo lamenta. Piensan que no escuchan, que no comprenden, pero sí que lo hacen. Tienen cabecitas

muy bien amuebladas, los críos. Igual le parece que solo digo tonterías, pero me ha pedido que le dijera qué pensaba, así que se lo digo.

—No, no, al contrario —respondió el inspector—. Parece haber pensado mucho en todo esto, señora Prence, y por lo que veo tiene una inteligencia muy despierta.

—Bueno, yo solo sé lo que veo, y es lo que le he dicho. Decir la verdad no puede hacer ningún daño.

—¿Vio a la señorita Glynn hablar alguna vez con la niña?

—No, no exactamente —contestó la señora Prence—. Con mis propios ojos, no.

—¿Suele pasear por el bosque el comandante Hart?

—Madre mía, no. Es cojo, ¿sabe? Camina más o menos bien un trecho, pero no puede pegarse caminatas por el bosque. No como ella, que estaba hecha toda una exploradora.

—¿Tiene previsto quedarse aquí, señora Prence, cuando la señorita Glynn regrese convertida en la señora Hart?

—No lo sé, la verdad. Estoy pensando en irme a Hovenden a vivir con mi hermana, pero no nos llevamos del todo bien, de modo que puede no ser buena idea. Así que es probable que me quede todo el tiempo que me quieran aquí. Sé que el comandante Hart quiere que me quede, me lo dijo en persona: «Siempre tendrá un hogar aquí, Mary», me dijo. Pero la señorita Glynn es harina de otro costal.

—Pero no tiene previsto marcharse de inmediato, ¿verdad?

—No. Supongo que podría decirse que estoy considerándolo todo. Llevo aquí muchísimo tiempo, y siempre pensé que me ocuparía del comandante Hart a la muerte de su madre, pues como ya le he dicho nunca me pareció de los que se casan, pero por lo visto me equivocaba. O quizá quien se equivoca es él, no lo sé.

—¿Que se equivoca? ¿En qué?

—Casándose. Ella, no sé cómo, le habrá hecho creer que es de los que se casan. ¿Está usted casado, inspector Hoke?

—No, señora Prence, no lo estoy. Supongo que tampoco soy de los que se casan.

—Bueno, con estas cosas nunca se sabe.

—¿Y usted, señora Prence? ¿Está casada?

—Soy viuda. Mi marido murió en la primera guerra. Me casé joven y me quedé viuda joven.

—Lo lamento mucho.

—Se llamaba Arthur Gordon Prence. Y tuve una hija, murió cuando era pequeña.

—Vaya, qué triste, lo siento muchísimo.

—Se llamaba June. Me duele recordar estas cosas. Ha pasado mucho tiempo, pero sigue doliéndome.

—Claro, desde luego —repuso el inspector Hoke.

—Lo lógico habría sido pensar que me resultaría más fácil o que acabaría por olvidar, pero qué va. Al menos yo no lo he hecho. —La señora Prence tendió una

mano para tocar la tetera—. ¿Quiere más té, inspector? Aún está caliente.

—No, gracias. Dígame, ¿puedo pedirle una cosa más?

—¿Qué?

—Quiero que haga algo por mí. Lo que me ha contado sobre la señorita Glynn es muy interesante, y me gustaría saber más sobre ella. Me pregunto si puedo pedirle que se haga amiga suya y conseguir así que le cuente más cosas, quizá que incluso confíe en usted.

—Le va a parecer muy raro que esté simpática con ella así de pronto. Sabe que no me cae nada bien. Se lo he dejado bien claro.

—No me refiero a nada forzado o extraordinario, nada que pueda parecerle falso. Me refiero a que sea amable, nada más; visto lo sola que está aquí, puede significar mucho para ella. Es muy posible que esté desesperada por tener a alguien a quien hacer confidencias. Si, en efecto, es culpable de algún delito, claro.

—¿Y tendré que contarle a usted todo lo que me diga?

—No, por supuesto que no. Solo si le cuenta algo que tenga que ver con el asunto que nos ocupa, la niña del bosque.

—También está la muerte de la señora Hart. Ya le he dicho que tengo mis sospechas con respecto a eso.

—Sí, claro, claro, si le cuenta lo que sea sobre eso, o sobre cualquier actividad criminal, ya puestos, estaré muy interesado en saberlo. Pero si todo esto la incomoda, señora Prence, no sufra, por favor. Lo entenderé.

—Soy una mujer franca, y puede que me resulte difícil expresar afecto cuando no lo siento, pero considero mi deber tratar, por lo menos, de hacer lo que usted dice. La señorita Glynn no me parece una persona fuerte, a lo mejor no cuesta nada convencerla de unos sentimientos falsos.

—Bueno, pues le estaría muy agradecido si lo intentara. Como le decía, nada muy forzado; no queremos que se alarme ni despertar sus sospechas. Pero considero que un poquito de amabilidad obra maravillas en situaciones como esta. La gente que se siente sola se lanza de cabeza ante la posibilidad de forjar una amistad, en especial si abriga preocupaciones. —El inspector Hoke se levantó y cogió lo que le quedaba del bollito—. Voy a llevarme esta delicia para disfrutarla en el camino de vuelta al pueblo. Ha sido usted de lo más servicial, señora Prence, y le doy las gracias por su tiempo y por las molestias. Voy a dejarle mi tarjeta, y le ruego que me llame si oye o ve cualquier cosa. —Dejó el bollito sobre la mesa, sacó una tarjeta de la cartera y se la tendió—. ¿Querrá decirle al comandante Hart que he estado aquí y que me gustaría hablar con él mañana?

—Sí, por supuesto.

—Y me ha dicho que la señorita Glynn está en el Swan, ¿no es eso?

—Sí, pero esta noche están los dos de visita en casa de unos amigos del comandante Hart.

—Ya veo. Entonces supongo que mi trabajo ha concluido por hoy, no la molesto

más.

La señora Prence contestó que no había sido ninguna molestia y siguió al inspector escaleras arriba. Cuando se hubo marchado, entró en el salón y encendió varias lámparas, y luego se quedó de pie en el centro de la habitación. Se le hacía muy raro estar sola en la casa. Incluso cuando la señora Hart estaba postrada en la cama y el comandante no era más que una figura casi fantasmal, ella siempre advertía su presencia. Rara vez salían, y menos aún simultáneamente. En esos pocos momentos en los que se quedaba sola, le gustaba pensar que la casa era suya. Todo lo que había en ella le pertenecía: los muebles, las alfombras, las cortinas y los cuadros, la ropa colgada en los vestidores, las sábanas y los manteles doblados en los armarios, los libros encuadernados en piel en la biblioteca, la vajilla y la cubertería, los colibríes en su campana de cristal, los huevos de mármol, las cajas de esmalte *cloisonné*, la colección de figuritas de marfil y mayólica. Le parecía que entre ella y la posesión real de todas esas cosas solo había una ligerísima barrera, que bastaba con atravesar una especie de telaraña para convertirse en la señora y dueña de Hart House.

Permaneció allí mucho rato y luego recorrió la habitación tocando cosas: las cortinas de terciopelo, los cojines de seda, los brazos de madera pulida de las butacas. Cuántos cuidados le prodigaba ella a todo aquello, ¿y para qué? Entonces volvió a bajar por las escaleras de la cocina. Las cosas del té se habían quedado en la mesa, expuestas bajo la cruda luz del techo: las tazas y los platillos, la tetera, y el pétreo bollito mordido que el inspector no se había llevado consigo como había anunciado.

Cuando hubieron acabado de cenar, Dolly se levantó y dijo:

—Coral, querida, te diré qué vamos a hacer: dejaremos a los hombres aquí para que hablen de lo que sea que hablan los hombres, y tú y yo subiremos a elegir qué vestido voy a ponerme en vuestra boda.

Coral miró al comandante —¿sería ya momento de marcharse?— pero estaba enfrascado perpetrando un acto violento contra un puro. Así pues, se levantó y, con Dolly abriendo la marcha, salieron del comedor, recorrieron de nuevo el laberinto de diminutas salitas, emergieron al vestíbulo y subieron tres tramos de una majestuosa escalera antes de llegar a la primera planta.

Dolly la guió por un pasillo ante muchas puertas cerradas. Se detuvo ante una de ellas.

—Tengo mi propio dormitorio. Tú también deberías tenerlo, es la clave para un matrimonio feliz.

Empujó la puerta y entraron en la habitación. Era mayor que cualquiera de las de abajo, pero estaba tan atiborrada de muebles que parecía pequeña. Durante un instante Coral pensó que Dolly se había equivocado de puerta y habían entrado en una especie de almacén, pues la distribución de los muebles era curiosa: una cama

con dosel ocupaba el centro de la habitación, con mesas, butacas y armarios diseminados alrededor. El único mueble en contacto con una pared era un tocador con espejo cubierto de frascos, botellas, cepillos y otros avíos para la belleza y la salud, así como montones de revistas que, a juzgar por lo hinchadas que estaban, se habían leído (y se habían caído) en la bañera. Los pequineses, que se habían apuntado al éxodo femenino, se encaramaron a una butaca y se ovillaron en los cojines. El ambiente estaba cargado y hacía calor; un fuego eléctrico ardía con malevolencia en la chimenea. Tanto el papel pintado como las cortinas y las tapicerías tenían el mismo estampado de violetas salvajes y desmedidas.

—¿A que es acogedora? —preguntó Dolly abriéndose paso entre los muebles hasta el tocador—. ¡Adoro mi habitación! ¿Quieres un pitillo? —indicó un burrito de porcelana sobre la mesita de noche cargado con alforjas llenas de cigarrillos.

—No, gracias —dijo Coral.

Dolly cogió uno.

—¡Mira! —exclamó. Apretó un botón entre las alforjas y el burro levantó la cola, y de debajo de ella brotó una llama. Dolly rio y encendió el pitillo—. Ya sé que es obsceno, pero a mí me parece adorable. Lo trajo Robin de Gibraltar. Colecciono figuritas de animales. —Elegió una de las botellas mayores de las muchas que había sobre el tocador y vertió algo en un vaso bastante sucio—. Solo tengo uno, pero podemos compartirlo. —Se lo ofreció primero a Coral.

—No, gracias.

Dolly sí bebió y se sentó en la butaca que no ocupaban los pequineses.

—Alguien me contó que la duquesa de Windsor insiste siempre en que su cama esté en el centro de la habitación, incluso en hoteles y esos sitios, porque lo encuentra mucho más práctico. Y lo es, ¿no te parece? Todo está mucho más a mano. Siéntate, querida, baja a esos bichos de ahí, vamos, dales un empujón.

Coral no parecía muy dispuesta a echar a los perros de la butaca, de modo que Dolly se levantó y lo hizo. Uno de los animalitos cayó de cabeza y soltó un gáñido. Los tres se trasladaron entonces a la cama.

—Ya sé que son unos consentidos, pero los adoro. Para mí son como niños. No puedo tener hijos, ¿sabes? Tuve un aborto antes de que nos casáramos y después un bebé que nació muerto, y tuvieron que vaciarme por completo. Por suerte, no tengo ni el más mínimo instinto maternal, y sé que habría sido un ogro de madre, de modo que mejor así. Aunque me da lástima Robin, por supuesto, con lo que le gustan los niños. Supongo que Clement y tú pensáis tener hijos. ¡Yo seré la madrina! Con eso me las apañaría muy bien, seguro. Les llevaría regalos y les daría consejos, esa clase de cosas. Y ahora tienes que contármelo todo sobre tu vestido. Me ha dicho Clement que lo conseguiste en Dalrymple.

—Sí, pero...

—¿Estaba la señora Henderson? Es terriblemente vulgar, ¿sabes?, pero se hace la fina, como si vendiera vestidos solo para entretenerse. Odio que la gente trate de

aparentar lo que no es, aunque es verdad que tiene cosas muy bonitas, eso sí se lo concedo. Bueno, háblame de tu vestido. ¿De qué color es?

—Lavanda.

—¡Oh! Pues creo que sé exactamente qué vestido es. ¿Tiene las mangas de *bouclé*?

—No lo creo.

—Pues yo creo que sí. El otro día me lo probé, pero me hacía parecer muy robusta. Aunque estoy segura de que a ti te quedará precioso, con ese talle tan largo que tienes. Mi problema es que soy muy corta de talle. Si es el vestido que creo que es, sé exactamente qué me pondré yo. Tengo un precioso *peau de soie* rosado que quedará perfecto con tu lavanda. Ya sé que va a ser una simple boda de día, pero creo que deberíamos llevar sombreros, y los chicos pueden llevar chalecos y corbatas a juego, no a juego con nuestros sombreros, sino entre sí. ¿Y unos guantes? Creo que para una boda quedan muy bonitos unos guantes largos, ¿no? A juego, claro; es muy importante que todo quede conjuntado para las fotos. Mi hermana era mi dama de honor e insistió en ir de verde porque dice que cualquier otra cosa desentona con su piel, padece ictericia y es palidísima, de modo que se puso un espantoso vestido de tarde de terciopelo verde oscuro que se veía negro en todas las fotos y lo estropeaba todo. Creo que lo hizo a propósito, me tiene unos celos terribles. Es que ella conoció a Robin antes que yo, y él no tenía el más mínimo interés en ella, pero no sé por qué se le metió en la cabeza que yo se lo robé. Robin está convencido de que es lesbiana porque vive con una chica muy rara, una tal Jill, en una vieja granja cerca de Chipping Manor. Crían pastores alemanes blancos. Clement es un cielo, pero eso tú ya lo sabes, claro. Pensábamos que nunca se casaría por sus heridas; una vez le dijo a Robin que no era capaz de someter a una mujer a una cosa así, pero seguro que piensa que, siendo enfermera, contigo la cosa cambia. A las enfermeras no os impresionan demasiado las cosas horribles, ¿no?

Coral no parecía escucharla. Sentada en la butaca, observaba el burro de porcelana sobre la mesita.

—¿Qué te pasa, querida? —preguntó Dolly—. Se te ve un poco enferma, ¿te sientes bien?

Coral volvió en sí.

—Sí, sí... estoy bien.

—Perdona, ya sé que hablo demasiado. Y bebo demasiado, ya que estamos. —Miró el vaso que aún tenía en la mano—. Intento dejarlo, de verdad que sí, pero no soy una persona muy fuerte. Además soy muy estúpida.

—No, no... No debes pensar una cosa así.

—Lo hago por miedo —continuó Dolly como si Coral no hubiese hablado—, por eso hablo tanto y por eso bebo, porque me da miedo que vaya a pasar algo terrible, algo verdaderamente espantoso, y es como si hablar lo impidiera, y beber también. No sé por qué tengo tanto miedo, antes no me pasaba. ¿Tú tienes miedo?

—¿De qué?

—De la vida. De todo, y de todos.

—No, me parece que no.

—Si te lo parece es que no lo tienes, te lo aseguro. Eso sí te lo puedo decir. ¿Qué es lo más terrible que pueda suceder que se te ocurre?

—No sé, ¿la guerra?

—Ay, se me ocurren cosas mucho peores.

Dolly se inclinó hacia la cama, cogió a uno de los perritos del montón y se lo acurrucó contra el pecho.

—Oh, mi chiquitín. Qué cosita tan mona y tan tierna es mi cuchicuchi...

Coral la observó unos instantes, y luego dijo:

—Me preguntaba si...

—¿Qué? —interrumpió Dolly.

—¿Puedo pedirte una cosa?

—Claro, puedes pedirme lo que sea.

—Bueno, es que, como ya sabes, en realidad no tengo amigos, ni familia...

—¡Pues claro que los tienes, Coral, querida! ¡Nosotros somos ahora tus amigos y tu familia!

—Gracias.

—Bueno, ¿y qué es eso que quieres contarme?

—Es sobre algo que vi, y no sé qué hacer.

—¡Pero qué misteriosa eres! ¿Qué viste? ¡Cuéntamelo!

—¿Te has enterado de lo de la niña, la que encontraron ahorcada en el bosque?

—Sí, por supuesto. No me digas que la viste. ¿Colgada de un árbol?

—No, no. Pero creo que la vi, a la niñita, hará más o menos una semana. Estaba dando un paseo por el bosque y oí un ruido raro...

—¿Qué clase de ruido?

—No lo sé, no sé cómo describirlo. Parecía un animal, un animal atrapado. No sabía qué era.

—Ajá. ¿Y entonces?

—Me interné más en el bosque, siguiendo el ruido. Y en un pequeño claro me encontré con un niño y una niña. La niña estaba atada, tenía las manos atadas, y el niño le arrojaba piñas. Les dije que pararan de inmediato, pero me dijeron que estaban jugando. Dijeron que era solo un juego, y la niña también lo dijo. Yo no sabía muy bien qué hacer, de modo que les repetí que pararan y luego desaté a la niña y me marché.

—¿Y crees que es la misma niña a la que ahorcaron?

—Creo que es muy probable, sí. ¿Tú no lo crees?

—Supongo que sí. Pero es posible que no lo fuera; en el bosque juegan muchos niños, imagino.

—Debí contárselo a alguien, pero no lo hice. Y ahora no sé qué hacer.

—No creo que tengas que hacer nada. Es un asunto de lo más horripilante, y tú no tienes nada que ver. Además, ya no puedes hacer nada, ¿no? Yo que tú me olvidaría del tema.

—¿Pero no debería hablarle a la policía del niño?

—Supongo, ¿pero para qué implicarte? Estoy segura de que lo encontrarán, y si no lo hacen, siempre puedes mandar una carta anónima. Ya sabes, una escrita a máquina que no te involucre en nada. Podría ayudarte a escribirla. Podríamos hacerla con letras recortadas del periódico como hacen en las películas, o con varias máquinas de escribir distintas.

—¿O sea que piensas que no debería hacer nada?

—¡Te prohíbo que hagas nada! —exclamó Dolly—. Estás a punto de casarte, por si lo habías olvidado, y es en lo único que deberías pensar. Quítatelo de la cabeza y disfruta de estos días tan maravillosos. Prométeme que lo harás.

—No sé...

—Mira, me has pedido consejo y yo te lo he dado. Creo que tengo un poco más de experiencia que tú, y más te valdría escucharme y hacer lo que te digo. Y soy amiga de Clement. ¿Le has contado algo a él?

—No —contestó Coral—, pero creo que debería...

—¡Ni se te ocurra! Ni una palabra. Detesta las situaciones desagradables, y puesto que todo esto se ha acabado ya, debes mantener la boca cerrada. Has hecho bien en contármelo, y ahora tienes que hacer lo que te digo. ¿Me lo prometes?

—Sí, si te parece lo mejor.

—Nunca he estado más segura de algo. Confía en mí, querida. Ay, pobrecita, se te ve preocupadísima. De verdad, no debes permitir que nada eche por tierra este momento tan feliz. La vida no nos da muchos instantes de felicidad, ¿sabes? ¡Ay, qué ganas de llorar!

Dolly se abalanzó de pronto hacia Coral y la abrazó. Sorbiéndose la nariz, apoyó la cabeza en su hombro.

El abrazo dejó aturdida a Coral un instante, pero luego, casi instintivamente, rodeó a Dolly con los brazos y le dio palmaditas en la espalda. Poco después, Dolly levantó la cabeza y apoyó la frente contra la mejilla de Coral.

Coral esperó un momento, bajó los brazos y se apoyó de nuevo en el respaldo de la butaca. Dolly se enjugó los ojos llorosos.

—Perdona que me haya echado a llorar así, no sé qué me ha pasado. Es que hace mucho tiempo que no tengo una amiga de verdad. En Londres tenía montones de amigas, pero aquí todo el mundo es muy reservado. Creo que somos un pelín distinguidos para ellos. Qué contenta estoy de que vayamos a ser amigas... por eso lloraba. Lo seremos, ¿verdad?

—Sí —contestó Coral—, supongo que sí.

—¿Tú crees que van a irse siempre así, después de cenar, y a dejarnos solos? —le preguntó Robin a Clement.

—No lo sé.

—Pues sería gracioso.

—¿Gracioso? ¿Por qué?

—No sé, me ha parecido gracioso, eso es todo.

Clement no contestó.

—Bueno, bueno —prosiguió Robin—, ojalá tuviera champán. Esto hay que celebrarlo.

—¿Qué?

—¿Qué? No seas imbécil. Has encontrado una esposa perfecta. O ella te ha encontrado a ti.

—¿Por qué dices que es perfecta?

—Porque lo es. Es muy guapa, dulce, encantadora.

—¿Y eso cómo lo sabes? Apenas ha dicho palabra.

—Basta con mirarla, por supuesto. Nunca escucho a las mujeres. Estoy seguro de que es un efecto de vivir con Dolly, pero de todos modos no hay más que mirar a Coral para saber que es un ángel.

—¿Un ángel?

—Vas a casarte con ella, ¿no?

—Sí, claro que sí.

—Pues a lo mejor podrías parecer un pelín contento.

—Y lo estoy, claro que sí. Es que no entiendo por qué te pones tan efusivo.

—¡Efusivo! Yo no diría que llamar ángel a tu prometida suponga ponerse efusivo. Y aunque así fuera, ¿qué pasa? Alguien tiene que dar muestras de que está contento.

—¿Tú crees que ella no lo está?

—Estaba pensando en ti.

—Ya te he dicho que estoy contento.

—Entonces ¿por qué no puedo ponerme efusivo?

—Porque ya sabes que no soporto la falsedad.

—Pero si no estoy siendo falso. ¿Por qué te parezco falso?

—Porque te conozco.

—Quizá no tan bien como piensas.

—Ay, Robin. ¿Qué otra cosa voy a hacer?

—Nada. Esto es lo natural.

—Tú tienes a Dolly. No quiero estar solo para siempre.

—No creo que casarte con Coral tenga mucho que ver.

—¿Con qué?

—Con estar solo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No, nada. No me hagas caso.

—Claro que te hago caso, eres mi mejor amigo.

—Soy tu único amigo. Y acabas de manifestar lo poco que significa eso para ti.

—¿Yo? ¿Por qué dices eso?

—Si vas a sentirte solo sin Coral, mi amistad no puede significar mucho para ti.

Ni mucho ni poco.

Clement no dijo nada. Encendió otra vez el puro y le dio chupadas hasta devolverlo a la vida, y luego observó el refulgente extremo.

—Tienes que olvidarte de todo eso, Robin. Me prometiste que lo harías.

—Entonces te mentí. Aunque no creo que fuera una mentira, porque tú sabías que no era cierto cuando lo dije.

—Claro que sí, ¿por qué iba a pensar que no lo era?

—No me hagas más daño, Clement. No seas cruel.

Clement no dijo nada y evaluó de nuevo el progreso del puro.

—Tengo miedo —declaró.

—¿Miedo? ¿De qué?

—¿Cómo voy a casarme con ella así, con este cuerpo? No es justo.

—¿Qué tiene de malo tu cuerpo?

—Ya lo sabes, no es un cuerpo con el que se pueda querer a alguien.

—Y sin embargo lo haces.

—¿Hago qué?

—Querer a alguien con él. Creo que lo que quieres decir es que no es un cuerpo que alguien pueda amar. Pero ahí me parece que también te equivocas. Eso, cuando menos, no puedes saberlo.

—Sí que puedo, y lo sé. Mi cuerpo es repulsivo.

—Para ti igual sí, pero no puedes decidir por los demás. ¿Sabe Coral que te quemaste?

—Sí. Me preguntó por mis heridas y se lo conté.

—Y sin embargo ha accedido a casarse contigo. ¿De verdad es eso lo que te preocupa?

—¿Qué quieres decir?

—Creo que estás preocupado por otro aspecto de tu cuerpo.

—¿Y qué aspecto es ese?

—Creo que ya lo sabes.

—Pues no. Si lo supiera no te lo preguntaría.

—Me refiero al aspecto físico. Al aspecto sexual. A la capacidad de tu cuerpo, de ti mismo, de llevar a cabo el acto sexual con una mujer.

—Ya lo he hecho antes.

—Sí, ya lo sé, no me lo ocultaste.

—¿Preferirías que lo hubiera hecho?

—No —contestó Robin—, claro que no. No quiero que haya secretos entre nosotros.

—Siempre has sido muy franco y directo, Robin. Sabes que yo no soy así. Ojalá lo fuera, pero no lo soy.

—Eres exactamente como debes ser. No te querría tanto si fueras de otro modo.

—Tengo la sensación de que con Coral puedo tener una relación como la que tengo contigo. Es por esa dulzura que tiene, por su bondad. Me recuerda a ti. A lo mejor por eso la quiero. Es un riesgo que debo correr. Si me quieres, tienes que permitírmelo.

Por toda respuesta, Robin se levantó de la silla y rodeó la mesa. Se plantó detrás de la silla de Clement, tendió una mano sobre su hombro y le quitó el puro de entre los dedos para apagarlo en la salsa de frambuesa de su plato de postre. Dejó el puro en el plato y abrazó a Clement desde atrás, cruzando los brazos para posar ambas manos sobre los suaves promontorios de su pecho. Clement permaneció rígido. Robin apoyó la cabeza en su hombro izquierdo, con los labios rozándole la mejilla. Por fin Clement levantó una mano y la posó sobre una de Robin, y este sintió que el cuerpo de su amigo se relajaba, y así se quedaron, con Robin ciñendo la calidez y la dulzura de Clement entre sus brazos hasta que oyeron acercarse a Dolly y Coral, y para cuando las dos entraron en la habitación, Robin estaba de vuelta en su silla y Clement sostenía el puro manchado de rojo.

Cuando el taxi dejó atrás las puertas de Villa Eustacia y recorría la carretera comarcal, el comandante Hart tendió una mano a través del asiento de atrás hasta encontrar la de Coral en la oscuridad. Le dio un apretón y entrelazó los dedos con los suyos. La miró, pero ella tenía el rostro vuelto hacia la ventanilla.

—Cariño, has estado encantadora. Robin me ha dicho que llevaba siglos sin conocer a una chica tan agradable. ¿Te han caído bien?

—Sí, sí, son muy simpáticos.

—¿Qué tal tu charla con Dolly?

—Muy agradable.

—Qué bien. Confío en que os hagáis amigas. Dolly es un pelín charlatana para mi gusto, pero es buena chica. Pero Robin... bueno, es el tipo más decente que conozco. Será estupendo tenerlos cerca a los dos cuando estemos casados, ¿no te parece, tesoro?

—Sí, estupendo —contestó Coral, preguntándose a qué vendría aquella súbita propensión a las palabras cariñosas. Parecía que la versión de Clement del romance hubiera tomado la delantera a toda prisa, dejando la suya varada entre el polvo en la cuneta. Tal vez fuese solo que había bebido demasiado. En cualquier caso, la situación no le desagradaba. Giró la mano y aferró la de él—. ¿Podríamos casarnos antes del mes que viene?

—Supongo que sí, pero el mes que viene ya es bastante pronto.

—Creo que deberíamos hacerlo antes —repuso Coral. Dolly puede arreglarme el vestido, se dijo. Mañana volveré a buscarlo; la mujer no puede haberlo vendido con la costura rota—. Ahora que ya está todo decidido, me refiero al vestido y los testigos, preferiría no esperar. Me pone nerviosa, y estar alojada en el Black Swan es tan... inquietante.

—Tienes ganas de estar en casa. En nuestra casa.

—Sí. Por eso, ¿no podríamos casarnos antes? ¿En cuanto podamos?

—¿Qué me dices del próximo sábado? Eso nos deja tiempo para disponer cosas.

—¿Pero qué hay que disponer?

—Bueno, para empezar están Dolly y Robin. Y quiero organizar una comida de boda, en el Swan. Y puede que una luna de miel.

—¿Una comida... para quiénes?

—Pues para nosotros, claro. Y Dolly y Robin. Y la señora Prence. Creo que es costumbre invitar al juez. Y por supuesto a quien tú quieras invitar.

—¿Podemos tener flores? Un ramo de novia, y flores para tu solapa, quiero decir, y tal vez algunas en la mesa, en la comida...

—Precisamente para esas cosas necesitamos un par de días. Quiero que tengamos las mejores flores que haya.

—He conocido al joven de la floristería, y estuvo muy simpático conmigo. Quizá podríamos invitarlo también, ¿no?

—¿A ocuparse de las flores, quieres decir?

—No. Bueno, sí, pero también a la comida. Y a la señora Henderson, de la tienda de vestidos. —Si la invito, tendrá que ser amable conmigo y arreglarme el vestido, pensó.

—Creo que no es normal que vengan tenderos a un banquete de boda.

—Pero no lo son... Bueno, sí, igual sí, pero han sido muy amables conmigo, y no tengo amigos aquí. Y tú tienes a Dolly y Robin...

—Ahora son también tus amigos.

—Sí, pero no... Oh, por favor, déjame invitarlos. Así se parecerá más a una fiesta, ¿no?

—Bueno, a la señora Henderson tal vez, pero no me parece que necesitemos al chico de la floristería.

—¿Pero por qué él no, si invitamos a la señora Henderson?

—Es que... el chico de la floristería... Creo que a todo el mundo le parecería raro.

—¿Raro? ¿Por qué?

—Coral, sé razonable. Va a ser el convite de nuestra boda. Se suele invitar a los amigos íntimos y la familia.

—Sí, ya lo sé. Pero yo no tengo amigos íntimos ni familia, solo gente que ha sido amable conmigo, como la señora Henderson y John.

—Ya te he dicho que puedes invitar a la señora Henderson.

—¿Pero a John no? No le veo sentido.

—Es posible que no sepas mucho de estas cosas, pero existe cierta diferencia entre la propietaria de una tienda de ropa y un chico que trabaja en una floristería.

—¿Y qué diferencia es esa?

—No puedo explicártelo. O lo sabes o no lo sabes.

—¿Es una cuestión de clase? Yo no soy mejor que el chico de la floristería, si te paras a pensarlo. Mi padre trabajaba en una oficina de correos.

—No tiene nada que ver con la clase.

—¿Qué es, entonces?

—¿No podemos ponernos simplemente de acuerdo en que el chico de la floristería no venga a nuestro convite nupcial?

—Ya te lo he dicho, se llama John. John Shields.

—No importa cómo se llame.

—Entonces ¿qué importa? ¿Qué diferencia hay entre las mujeres que trabajan en tiendas de ropa y los hombres que trabajan en floristerías?

Clement exhaló un suspiro.

—No hay ninguna diferencia. Invita a John Shields, a la señora Henderson y a quien te apetezca. Vamos a ser un grupo bien extraño, pero si eso te hace feliz, no veo razón para no hacerlo. Dejemos que la gente hable; total, siempre lo hacen.

—Sí —admitió Coral—. Siempre lo hacen.

—¿Qué me dices de una copita en el bar antes de acostarte? —preguntó el comandante cuando el taxi se detuvo delante del Black Swan.

Coral estaba demasiado cansada para pensar en una forma decente de rechazar la propuesta.

—¿Qué pasa con el taxi?

—Oh, Allard me esperará, ¿verdad que sí, Allard? Haré que merezca la pena.

—Desde luego, señor.

—Lo invito a una jarra de cerveza, si le apetece.

—Gracias, pero no, señor. Nunca bebo cuando trabajo.

—Muy sensato por su parte —concluyó el comandante.

Había unos cuantos viajeros sentados a la barra. Las mesas estaban todas vacías, y el comandante y Coral se sentaron a una en un rincón revestido con paneles de madera.

—Después de ese asqueroso brebaje que nos ha servido Robin, me apetece una cerveza. ¿Y a ti, cariño?

—Solamente una limonada, por favor.

—¿Seguro? ¿No prefieres una cerveza?

—A lo mejor una jarrita.

—Marchando.

Mientras Clement estaba en la barra, la señora Raleigh, propietaria del Black

Swan, entró y se acercó a su rincón.

—Buenas noches, señorita Glynn.

Coral le dio las buenas noches.

—Es mi obligación comentarle que esta noche ha estado aquí la policía para hablar con usted.

—¡La policía!

—Sí. Querían hablar con usted sobre aquella niña que encontraron en el bosque. Se habrá enterado, ¿no? Una niñita a la que ahorcaron y cortaron en pedazos, en el bosque de Sap Green.

El comandante volvió, dejó una jarra de cerveza ante Coral y se sentó frente a ella con la suya en la mano.

—Buenas noches, señora Raleigh.

—Buenas noches, comandante Hart. Le decía a la señorita Glynn que la policía ha estado aquí para hablar con ella. Y con usted también, por cierto.

—¡La policía! ¿Sobre qué?

—Sobre la niña que apareció colgada en el bosque. ¿Se ha enterado, comandante?

—Algo he visto en el periódico.

—Una niñita ahorcada en el bosque de Sap Green. Muy cerca de su casa, comandante, por lo que al inspector Hoke le gustaría hablar con ustedes.

—Por supuesto.

—Yo diría que quiere saber si vieron algo sospechoso. Ya ha hablado con la señora Prence.

—Estaremos encantados de hablar con el agente.

—No creo que «encantados» sea la palabra adecuada, comandante Hart, dadas las circunstancias.

—Tiene toda la razón, señora Raleigh. Es horrible.

—Horripilante, pienso yo. Una dulce niñita brutalmente asesinada. Me pregunto adónde irá a parar el mundo.

—Ya no es el mundo de antes, desde luego, en eso estamos de acuerdo.

—Desde la guerra se ha puesto todo patas arriba. La culpa es de Hitler.

—Pues supongo que buena parte de la culpa sí —admitió el comandante.

—Estoy segura de que ni se pararía a mirar a una niñita colgada de un árbol.

—Creo que estamos inquietando a la señorita Glynn, señora Raleigh.

—Oh, le ruego que me perdone, comandante. Los dejaré tranquilos. El agente de policía ha dicho que estaría aquí mañana a primera hora.

—Muy bien —dijo el comandante—. Buenas noches, señora Raleigh... y gracias.

—No hay de qué. Buenas noches.

La señora Raleigh intercambió unas palabras con el barman y luego se marchó.

—Qué asunto tan desagradable —comentó él—. ¿Te ha alterado mucho, tesoro?

A Coral la alteraba más la afición del comandante a las palabras cariñosas que cualquier cosa que hubiese dicho la señora Raleigh.

—No. Pero la policía... Eso sí me inquieta.

—¡Vaya, no me digas que eres una fugitiva o algo así! —El comandante soltó una risita—. Bueno, solo quieren hablar con nosotros; ya sabes, tienen que hacer su trabajo.

—Sí, supongo.

Robin se quedó en el piso de abajo bebiendo un poco más y luego subió a acostarse. Le sorprendió ver abierta la puerta de la habitación de Dolly, con la luz derramándose en el pasillo. Se detuvo en el umbral y miró hacia dentro. Dolly estaba sentada en la cama, leyendo un libro, con los perros despatarrados sobre la colcha.

—Cariño —dijo ella al verlo ahí de pie.

—Pensaba que ya dormías.

—Estoy leyendo lo nuevo de Ruby Ferguson. Creo que voy a pasarme media noche despierta. Ven, siéntate un ratito conmigo. —Apartó a los perros y dio palmaditas en la cama a su lado.

—Estoy cansado. Te dejaré para que disfrutes de tu libro.

—No, cariño. Ven, siéntate un momentito.

Él titubeó un instante y luego entró en la habitación. Se sentó en la cama con cierta torpeza, con un pie en el suelo y el otro colgando. Dolly dejó el libro abierto y boca abajo sobre el regazo y acarició con la mano la cara de Robin.

—Cariño.

Él movió la cabeza para encajar mejor la mejilla en el hueco de la mano de Dolly y trató de sonreír.

—Cariño, estás triste, ¿verdad?

—No. ¿Por qué iba a estar triste?

—Lo perdiste hace mucho tiempo, pero te da la sensación de que estás perdiéndolo otra vez.

—No. Estoy contento por él. Todo esto es estupendo.

—Ay, cariño. Ven, tumbate aquí a mi lado. Solo un ratito.

Dolly tendió una mano para apagar la lámpara de la mesita y la habitación quedó a oscuras. Únicamente un leve resplandor entraba desde el pasillo y llegaba hasta los pies de la cama. Le hizo sitio a Robin y volvió a mover a los perros. Él se quitó los zapatos y se tendió sobre la colcha. Ella lo rodeó con un brazo y lo atrajo hacia sí hasta que la cabeza de Robin quedó contra su pecho, y se puso a jugar con su cabello. Ninguno de los dos dijo nada durante unos instantes. El único sonido era la sibilante respiración de los perros.

—¿Qué te ha parecido Coral? —preguntó entonces Robin.

—Es como un ratoncito. Un ratoncito asustado.

—¿Es guapa?

Dolly lo consideró un momento.

—Sí, pero la suya es una belleza muy vulgar.

—Clement está loco por ella, me parece.

—Claro que lo está, cariño. El pobre Clement se enamoraría de una hiena si entrara en su casa.

—No, yo creo que la quiere.

—Eso acabo de decir.

—Pero no te referías a que la quisiera de verdad, y yo creo que sí, que la quiere de verdad.

—Y eso te entristece, ¿no?

—Igual sí, un poco.

—Ya veo que es una desilusión para ti. Pobre Robin, mi pobre, pobrecito Robin.

—No me compadezcas.

—Sí, pienso hacerlo. Pobre querido Robin, mi pobrecito querido Robin. Sé buen chico, duerme aquí conmigo esta noche. —Le puso la mano en la frente y le apartó el cabello de la cara—. Por favor.

—Sí —contestó él. Se levantó de la cama—. Ahora vuelvo.

Recorrió el pasillo hasta su habitación y se puso el pijama. Luego fue al lavabo, donde utilizó el inodoro y se lavó los dientes. Se echó unas gotitas de Penhaligon's Blenheim Bouquet en las manos, se dio palmaditas en las mejillas, y luego se las pasó por el cabello. En el espejo seguía viéndose muy apuesto. Sonrió, porque tenía unos dientes bonitos y estaba más guapo cuando sonreía.

Dolly había bajado a los perros de la cama y se había movido para dejarle más sitio, y estaba tendida de espaldas a él. Había algo impresionante en el paisaje que creaba su cuerpo, algo formidable y noble. Había abierto el embozo para él, y Robin se metió en la cama y se arrebujó contra ella. La rodeó con el brazo y Dolly le cogió la mano y se la llevó al pecho. Ambos notaron que la polla se le ponía dura. Él sabía que al cabo de un momento Dolly se volvería hacia él llorando, pues siempre lloraba en las raras ocasiones en que hacían el amor.

Coral aún estaba en la cama cuando oyó que llamaban a la puerta. Se levantó, se puso la bata y fue a abrir. En el pasillo había una criada.

—Buenos días, señorita.

Coral le dio a su vez los buenos días.

—Perdone que la moleste, señorita, pero vengo a decirle de parte de la señora Raleigh que está aquí el inspector Hoke. Le gustaría hablar con usted.

—Gracias. Dígales que bajaré dentro de un momento.

—Muy bien, señorita. —La criada se alejó correteando.

Coral esperó a que hubiese desaparecido para recorrer el pasillo hasta el lavabo. Luego volvió a la habitación, se vistió, se recogió el cabello y se contempló en el espejo. Se vio un poco distinta: mayor, y puede que un poco más severa.

—Aquí está —oyó decir a una voz cuando doblaba la esquina de las escaleras. La señora Raleigh y el policía se hallaban al pie del último tramo. El policía tendió la mano.

—¿Señorita Glynn? ¿Cómo está usted? Soy el inspector Hoke.

Coral le estrechó la mano.

—Buenos días —dijo—. Buenos días, señora Raleigh.

—Sí —contestó ella en lugar de devolverle el saludo.

—¿Ha venido el comandante Hart? —quiso saber Coral.

—No —dijo el inspector—. He quedado en hablar con él más tarde, en Hart House, pero aprovecharé la oportunidad para hablar con usted a solas, señorita Glynn. No tendrá inconveniente en que lo haga, ¿verdad?

—No, en absoluto.

—Muy bien. Si hace el favor de seguirme, la señora Raleigh ha tenido la amabilidad de permitirme utilizar su oficina. —Indicó una puerta abierta al otro lado del mostrador de recepción.

Coral, que daba por sentado que la gente con cargos oficiales siempre hablaba literalmente, no se movió.

—Después de usted —dijo el inspector.

—Ah, perdone, como ha dicho que lo siguiera...

—Solo era una forma de hablar. Las damas primero.

Coral entró en la diminuta oficina y esperó a que él pasara y cerrara la puerta.

—Por favor, siéntese. —El inspector indicó la única silla detrás del escritorio; la habitación era tan pequeña que no cabían más.

—Creo que prefiero quedarme de pie.

—Como quiera, señorita Glynn. Verá, solo quiero hacerle unas preguntas. Sin duda se habrá enterado de que una niña pequeña apareció asesinada en el bosque de Sap Green.

—¿Cómo sabe que fue un asesinato?

—¿Perdone?

—¿No murió ahorcada?

—Sí, en efecto.

—Entonces ¿no pudo haberse tratado de un suicidio?

—No, definitivamente no. Sabemos que fue un asesinato.

—¿Cómo lo saben?

—Por las pruebas, las circunstancias... Me temo que no puedo ser más específico. Y las niñas de cinco años rara vez se quitan la vida.

—Ya veo.

—La encontraron en una parte del bosque que no queda lejos de Hart House. Tengo entendido que vive usted allí desde hace algún tiempo.

—Sí. Hasta hace muy poco.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí, en el Swan?

—Cuatro o cinco días. Desde el lunes.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Soy la prometida del comandante Hart, y debemos vivir separados hasta la boda, como es natural.

—Claro, claro. ¿Y cuándo se celebrará?

—El próximo sábado, me parece.

—¡Qué pronto! ¿Puedo preguntarle por qué?

—Tenemos muchas ganas de casarnos, no nos parece necesario esperar.

—¿Cuánto hace que están comprometidos?

—Una semana... o dos.

—¿Podría ser más precisa, señorita Glynn?

—Claro, aunque no veo qué importancia puede tener... Fue el día de la muerte de la señora Hart... no, al día siguiente.

—¿Y cuánto hace que conoce al comandante Hart?

—¿Qué tiene eso que ver con la niña del bosque?

—Mis preguntas pueden parecerle extrañas, señorita Glynn... de hecho, poco corteses, pero le aseguro que debo planteárselas. Es muy dueña de guardar silencio, si lo prefiere. Presupongo que no tiene nada que ocultar. Quizá me equivoco.

—No, claro que no. Pero me pregunto por qué me las hace.

—Es usted una recién llegada a nuestra comunidad, señorita Glynn. Solo trato de que nos conozcamos mejor. ¿Conocía al comandante Hart antes de su llegada a Hart House?

—No.

—¿Y cuándo llegó?

—Más o menos un mes antes de que muriera la señora Hart.

—¿Recuerda la fecha de su llegada?

—Fue el diecinueve de marzo.

—¿Y debo suponer que conoció al comandante poco después?

—Sí, aquella misma noche.

—Muy bien. Tengo entendido que es usted una gran caminante, señorita Glynn. ¿Me equivoco?

—¿Caminante?

—Sí.

—No sé muy bien a qué se refiere.

—Tengo entendido que le gusta dar paseos.

—Como a cualquiera, supongo.

—¿Usted cree? La señora Prence me comentó que salía a pasear con frecuencia.

—¿Eso dijo?

—Pues sí. Dijo que daba frecuentes paseos por el bosque de Sap Green.

—Yo no diría tanto. Quizá fui varias veces.

—¿Recuerda cuántas exactamente?

—Tres o cuatro veces. No más.

—Y dada la brevedad de su estancia en Hart House, ¿no lo considera algo frecuente?

—Pues no. Puede que ocasional, pero no frecuente.

—¿Puede decirme, señorita Glynn, si en esos paseos suyos vio usted a alguien o algo que le pareciera extraño?

—¿Extraño?

—Sí, extraño. Fuera de lo corriente.

—No sabría decirle qué se considera corriente en ese bosque, puesto que no me era familiar.

—Sí, tiene razón. ¿Vio a alguien durante sus paseos por el bosque? ¿O allí cerca? Coral hizo una pequeña pausa.

—No, no vi a nadie.

—¿A nadie en absoluto?

—No, que yo recuerde. Un perro, puede.

—¿Vio un perro?

—He dicho que puede. Puede que viera un perro.

—Muy bien. Solo tengo unas cuantas preguntas más que hacerle. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando como enfermera a domicilio, señorita Glynn?

—Poco, desde el cuarenta y ocho.

—Ya veo. ¿Y a cuántos pacientes diría usted que ha atendido en ese tiempo?

—Pues no sé. Unos seis al año, tal vez. Quince o dieciséis en total, algo así.

—¿Y puede decirme, señorita Glynn, cuántos de esos pacientes han fallecido mientras estaban a su cuidado?

—Bueno, todos los pacientes terminales han muerto. Es lo que cabe esperar cuando son pacientes terminales.

—¿Como la señora Hart?

—Sí, ella era una paciente terminal.

—¿Ha atendido a algún paciente no terminal, señorita Glynn?

—Pues sí, a varios.

—¿Y ha muerto alguno de esos pacientes cuando usted cuidaba de ellos?

—No, ninguno. Me alegra decir que todos se recuperaron.

—Y yo me alegro de oírlo. Estoy seguro de que es usted una estupenda enfermera.

—Hago todo lo posible por serlo.

—Bueno, no tengo más preguntas por el momento, y le agradezco mucho que haya contestado a las que le he hecho. Muchas gracias por mostrarse tan dispuesta a colaborar, señorita Glynn.

—No hay de qué.

El inspector abrió la puerta y le indicó que saliera.

—Las damas primero —dijo, y sonrió. Pero al pasarle ella por delante, añadió—:

Ah, señorita Glynn...

—¿Sí? —Coral se detuvo justo al otro lado del umbral.

—¿Van a irse usted y el comandante de luna de miel?

—No. Al menos no lo tenemos planeado.

—¿De manera que residirán en Hart House después de la boda?

—Sí, eso haremos.

—Muy bien. Solo quería asegurarme de saber dónde encontrarlos. Si planean por fin una luna de miel, háganmelo saber, por favor. No es mucho pedir, ¿no?

—No tenemos planeado ningún viaje —insistió Coral.

—Lo mejor sería que esperaran la llegada del buen tiempo y se tomaran entonces unas vacaciones.

Coral desayunó en el comedor y luego fue a sentarse al salón, donde hojeó revistas de caza con fotografías de caballos hasta la hora en que abrían las tiendas.

Su entrada en la *boutique* Dalrymple fue idéntica a la de la mañana anterior: la campanilla tintineó, la cortina de cuentas se abrió y apareció la señora Henderson. Fue como dar un paso atrás, o de lado, en el tiempo.

—Vaya —dijo la señora Henderson—. Buenos días.

—Buenos días —contestó Coral—. Lamento las molestias que le causé ayer.

—¿Quiere el vestido o no?

—He dicho que lamento las molestias.

—Yo también lo siento mucho.

—Me gustaría llevarme el vestido. Voy a casarme, finalmente, pero es que ayer tuve algunas dificultades...

—Son los nervios, ¡siempre pasa! Los nervios forman parte de cualquier boda, querida. Yo misma pasé unos nervios terribles cuando me casé con el señor Henderson. Me hizo falta una inyección sedante.

—¿Se puede arreglar el vestido? No era mi intención romperlo.

—Claro que no era su intención. No debería haber intentado ponérselo sola. Ya he arreglado la costura. Está como nuevo. ¿Quiere que se lo envuelva?

—No hace falta que me lo ponga en una caja y todo eso.

—¡Tonterías! Ningún vestido sale de Dalrymple sin caja. Se lo tendré listo dentro de un momentito.

La señora Henderson abrió la cortina y desapareció en la trastienda. Coral se sentó en el puf en el centro del local y miró hacia la calle mayor a través del escaparate. Enfrente, en el cartel ante el quiosco se leía:

¿FUE VÍCTIMA DE ABUSOS LA NIÑA AHORCADA?
EL ASESINO TODAVÍA ANDA SUELTO

Al cabo de poco tiempo, la señora Henderson apareció con una caja idéntica a la que le había entregado el día anterior.

—Espero que sea muy feliz cuando se ponga este precioso vestido, querida. Y si los nervios vuelven, no hay nada más calmante que un baño caliente y una copita de jerez. Y a la vez, si es posible.

—¿Querrá venir a nuestro banquete de bodas?

—¡A su banquete de bodas!

—Es el sábado, en el Black Swan. Significaría mucho para mí que viniera. Ha sido muy amable conmigo, y no tengo familia ni amigos aquí...

—¡Oh, pobrecita mía! —exclamó la señora Henderson—. Por supuesto que iré. Estoy emocionadísima. ¿Dice que no tiene familia aquí?

—No tengo familia en ningún sitio.

—¡Mi pobre criatura! Qué pena, qué pena. ¡Desde que entró por esa puerta hizo aflorar mis instintos maternos! Por eso me dejó tan alterada todo este asunto tan feo. ¡No se mueva, querida! ¡Vuelvo en un segundo!

La señora Henderson se zambulló de nuevo en la cortina y, unos instantes después, volvió con una cajita envuelta en papel dorado.

—Esto es para usted, querida, un regalo. Son medias de seda, que acaban de llegar de París. Tiene que ponérselas el sábado con el vestido. ¡Son de seda, querida, de seda de verdad!

—Oh, no puedo aceptarlas. Es muy amable, pero no estaría bien.

—Pues claro que está bien, yo no hago nada que no esté bien. Quédeselas, y ni una palabra más. ¿Va a necesitar que la ayude el sábado con el vestido?

—Me parece que va a ayudarme una amiga del comandante Hart.

—Bueno, pues si necesita lo que sea no tiene más que decírmelo, y estaré ahí en un santiamén. Qué contenta estoy de que todo se haya solucionado. Detesto las situaciones desagradables en materia de vestidos.

—Sí, yo también.

—Bueno, pues hasta el sábado, entonces. ¿Necesita alguna cosa más? ¿Un sombrero, guantes, zapatos?

—Lo tengo todo a punto.

—¡Y nada de nervios! ¡Le prohíbo que los tenga!

La señora Henderson se inclinó y le dio un abrazo. La cara de Coral se hundió contra el generoso pecho de la mujer, que olía a lavanda y a talco. Su madre no había sido de las que prodigaban mimos, y el afecto físico, o de cualquier clase en realidad, se le antojaba misterioso, como cuando oía hablar una lengua extranjera. Se acordó de cuando aquel hombre, el del preservativo, se desplomó después de derramarse en ella y oprimió los húmedos labios contra su cuello como si tratara de devorar algo en la oscuridad con el cuerpo meciéndose contra el suyo como si se le acabara la cuerda; de cuando se echó a llorar, sin parar de mecerse y de boquearle en el cuello,

gimiendo, con el jugo escurriéndose del condón arrugado en el pene encogido; recordó la desagradable y fría sensación de su semen empapándole los muslos.

Se abrazó durante unos instantes a la señora Henderson y luego dio media vuelta y se apresuró a salir por la puerta haciendo sonar de nuevo la campanilla.

—Mi madre, Florence Coppard —anunció Dolly cuando las dos mujeres se las apañaron para entrar en la diminuta habitación de Coral—. Un matrimonio no será feliz a menos que alguien lllore durante la ceremonia, y mi madre es una gran llorona. Vas a llorar, ¿no, mamá? ¿Llorarás por Coral?

—Sí, claro que sí. Siempre lloro en las bodas.

—No es una boda por la iglesia, señora Coppard —advirtió Coral. Le preocupaba que la sensiblería de la madre de Dolly dependiera del escenario.

—Oh, da igual —repuso Dolly—. Ella llora en cualquier sitio, ¿verdad, mamá?

La señora Coppard admitió que así era y le dijo a Coral que la tuteara y la llamara Flossie.

—Siéntate ahí, mamá, en la cama, y no molestes. —Dolly empujó a su madre hacia la cama y se volvió hacia Coral—. A ver, ¿te has bañado ya? ¿Qué piensas hacerte en el pelo? ¿Dónde está el vestido?

—Está en el armario —dijo Coral, que prefirió contestar a una sola de las preguntas de Dolly.

—Bueno, antes de que empecemos, ¿necesitas un traguito, cariño? Estás temblando como una hoja. ¡Ah, los nervios! ¿Llevas la petaca en el bolso, mamá?

—Sí, cómo no. —La señora Coppard abrió el bolso y sacó una petaca plateada, que le tendió a su hija.

Dolly desenroscó la tapa, unida a la petaca por una fina cadena plateada, y se la tendió a Coral.

—No, gracias.

—¡No estás nerviosa! Yo sí lo estoy, y solo soy la dama de honor.

—La testigo.

—Es lo mismo. Echa un traguito.

—No, estoy bien. Lo único que necesito es que me abroches el vestido.

—¿Y tú, mamá? ¿Te apetece un traguito?

—Pues sí, por qué no —respondió la señora Coppard cogiendo la petaca. Dio un remilgado sorbito y volvió a meterla en el bolso.

—¡A por el vestido! —exclamó Dolly—. ¿Está ahí dentro? —indicó el armario.

—Sí.

Dolly abrió el armario.

—Vaya, no deberías haberlo colgado en una percha tan barata. Mira, mamá, ha colgado el precioso vestido de novia en una percha barata.

—Bueno, el vestido es suyo, querida. Supongo que puede hacer lo que quiera con

él.

—¡Oh, Coral, qué bonito es! No es el que yo pensaba.

Coral abrió el cajón de arriba del tocador y sacó el paquetito envuelto en papel dorado.

—También tengo esto —dijo con timidez.

—¿Qué es?

—Unas medias. Me las dio la señora Henderson, de regalo. Son de seda.

—¡De seda! ¿De seda de verdad?

—Sí. Son de París.

—Supongo que querrá congraciarse contigo, visto que vas a casarte con Clement. Pensará que vas a comprarte montones de vestidos y no querrá que vayas a Londres a buscarlos.

—La he invitado a la comida.

—¿A la señora Henderson?

—Sí, y al chico de la floristería también.

—¿Sabe Clement que los has invitado?

—Sí. Dijo que, puesto que él os ha invitado a Robin y a ti, yo podía invitar a quien quisiera.

—Bueno, nosotros somos los testigos, cariño. Pues claro que estamos invitados a la comida; ni siquiera puede considerarse una invitación. Pero lo de andar invitando a tenderos es un pelín raro, ¿no crees?

—A ti te parecerá raro, pero a mí no.

—Bueno, qué gracia que la señora Henderson te haya regalado unas medias de seda. Igual es una tradición. ¿Cómo era el dicho, mamá? «Algo ajado, algo azul, algo regalado», ¿no?

—Creo que no era así —respondió la señora Coppard—. Algo ajado no, desde luego. ¿Por qué ibas a darle a una novia algo ajado?

—Antes las palabras significaban otras cosas. Como pasa con «rémora».

—¿Rémora? ¿Qué es una rémora?

—Antes era un pez, me parece; alguna clase de parásito. Pero ahora es otra cosa. O ahora es un pez y antes era otra cosa. Las palabras cambian. Con «ajado» se referían a algo muy usado, que se hubiera llevado mucho.

—Yo creo que es algo «prestado» —dijo la señora Coppard.

—No, qué va, es ajado. Lo de «prestado» no tiene sentido. No puedes regalar algo prestado.

—No veo por qué no.

—¿Por qué tienes que llevarme siempre la contraria, mamá?

—La contraria no te la llevo siempre, cariño, solo a menudo, y lo hago cuando te equivocas. —La señora Coppard abrió el bolso y hurgó en él hasta dar con la petaca.

—Basta de traguitos, mamá, que te pones desagradable.

—A quienes dicen la verdad siempre se les considera desagradables —filosofó la

señora Coppard. Echó un trago y luego le tendió la petaca a Coral—. ¿Te tiento, querida mía?

—¡Que no quiere! —exclamó Dolly—. Guárdala ya, mamá, y quédate calladita, o te mandamos abajo.

—Al menos allí podría conseguirme una copa como Dios manda.

—Pues no, porque el bar no abre hasta mediodía.

Coral, que no le veía fin a semejante discusión, decidió intervenir.

—Quizá sería lo mejor.

—¿El qué? —quiso saber Dolly.

—Pues eso, que tu madre... Es que esta habitación es muy pequeña, y con todas nosotras aquí dentro... Quizá sería mejor que bajara al salón; estoy segura de que le servirán una copa si la pide.

—Por supuesto, cariño. ¿Has oído eso, mamá? Coral quiere que bajes al salón. Somos demasiadas aquí dentro.

—No, no es eso... Pero pensaba que igual abajo estaría más cómoda...

—No digas ni una palabra más —cortó la señora Coppard—. No ha sido idea mía venir aquí. Dolly pensaba que, como no tienes madre, yo podría mimarte, pero si estoy de más, me quito de en medio.

—Me ha encantado que viniera, señora Coppard, pero necesito estar un momentito a solas con Dolly.

A la señora Coppard, que estaba bien repantingada en la cama, le llevó un rato levantarse y recoger sus cosas. Cuando estuvo lista, le dio un beso a Coral.

—Te deseo toda la felicidad del mundo, querida —dijo, y salió de la habitación.

En cuanto se marchó, Coral se llevó las manos a la cara y se echó a llorar.

—¡Cariño! —exclamó Dolly—. ¿Qué te pasa? Siéntate aquí, en la cama. Vamos, siéntate. —Empujó a Coral hasta la cama, la hizo sentarse y se sentó a su lado—. ¿Qué te ocurre, cariño? ¿Quieres un traguito? ¿Voy a por la petaca de mamá?

Coral sacudió la cabeza y se enjugó las lágrimas con las manos.

—¡Oh, Dolly!

—¿Qué? ¿Qué tienes, Coral? Cuéntamelo, querida.

—No sé qué hacer.

—¿Tienes dudas, cariño? ¿Nervios? Todas las chicas los tienen. No deberías preocuparte; aunque todo esto parezca indecible de puro horroroso, te prometo que no es nada...

—No —cortó Coral—, no es eso.

—Entonces ¿qué te pasa, cariño? Cuéntamelo.

—Me preocupa no ser... no estar en situación de casarme con el comandante Hart.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Es por la diferencia de clase? Todo eso ya no importa, cariño. Y Clement ya había desistido de casarse con quien fuera, de modo que...

—No, no se trata de eso.

—Pues dime, ¿qué pasa?

—Estoy esperando.

—¡Coral! ¿Y eso qué significa? No estarás diciendo que estás embarazada, ¿verdad?

—Sí. Y no sé qué hacer...

—¿Pero de quién...? ¿Es de Clement? No me digas que ha... o que tú has...

—No. No es suyo. No puede serlo.

—Entonces ¿de quién es? ¿Tienes un galán por ahí?

—No. En mi puesto anterior... Estaba con una familia; los niños tenían la escarlatina, los tres, y necesitaban una enfermera, y el marido...

—Ay, cariño... no me digas que abusó de ti.

—Sí —confesó Coral.

—Madre mía, qué espanto. Pobrecita mía. Qué brutos son los hombres, por Dios. Qué suerte tengo con mi Robin, se me olvida lo horribles que son los hombres, malos como perros...

—¿Qué hago? ¿Qué debo hacer?

—Bueno, todo depende. Primero que nada, no debes llorar. Los hombres siempre saben cuándo ha estado llorando una mujer, eso se deberá a que ellos suelen ser la causa. Deja que te dé un pañuelo.

Dolly abrió el bolso y sacó un pañuelo. Se lo tendió a Coral y la observó enjugarse los ojos y sonarse la nariz.

—¿De cuánto estás?

—De unos tres meses.

—¿Quieres deshacerte de él?

—No lo sé. No sé qué hacer...

—¿No podrías hacerlo tú misma? Después de todo, eres enfermera.

—Supongo que sí, pero es peligroso.

—Conozco a una chica a quien se lo hicieron, y le fue bien. Eso sí, no paraba de llorar.

—¿Conoces a alguien que pueda...?

—Ay, cariño, olvídate de eso. Tú cástate con él, cástate con Clement, y todo irá bien. Todo el mundo pensará que es suyo, y a lo mejor él también. Los hombres son estúpidos cuando se trata de bebés.

—¿No te parece que debería decírselo?

—¿Decírselo? ¡Pues claro que no! Tú sigue adelante, cástate con él, y ya verás como todo se soluciona.

—¿Pero y si se entera?

—La gente no se entera de lo que no quiere enterarse. Y si lo hace, ya estaréis casados y no podrá hacer nada al respecto sin ponerse en evidencia.

—¿Seguro que no debo contárselo?

—Nunca he estado tan segura de nada. Confía en mí, cariño. Quítatelo de la cabeza y ya está. Ay, pobrecita mía. De verdad que no debes permitir que nada eche por tierra tu felicidad. La vida nos da muy pocos momentos felices, ¿sabes?

Permanecieron calladas unos instantes, y entonces Coral se levantó.

—Si me ayudas, Dolly, me pondré el vestido.

—¡Claro! Para eso estoy aquí, cariño. Por cierto, ¿tienes ropa interior nueva?

—No. El vestido y las medias nada más.

—Ay, cariño, deberías tener ropa interior nueva y...

—No pasa nada, no me hace falta. Solo necesito...

Llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —exclamó Dolly.

—Soy yo, señora —contestó la criada—. El comandante Hart y el señor Lofting están abajo. Dicen que es hora de irse.

—¡Dícales que bajamos dentro de un momento! —le gritó Dolly a la puerta.

No hubo lloros en la boda. Como en el coche que el comandante Hart había alquilado solo cabían los cuatro miembros de la comitiva nupcial, la señora Coppard se quedó en el Black Swan para supervisar los preparativos de la comida. Y aunque hubiese acompañado a la comitiva al despacho del juez de paz, es posible que no hubiese derramado una sola lágrima, pues la ceremonia no tuvo nada bonito ni sentimental. Percatándose de tal deficiencia y con la sensación de que le escatimaban algo, Dolly preguntó si podía cantar «Dos rosas en un jardín», pero el juez no lo permitió y la ceremonia siguió despojada de todo sentimiento.

A la comitiva nupcial le esperaba una escena incómoda a su regreso al Black Swan, donde el comandante había reservado un comedor privado para el convite. Había un problema de tamaño: la sala era demasiado grande. Contenía una mesa rectangular puesta para dieciséis, con siete sitios a cada lado y uno por cabecera. Ante la ausencia de otra anfitriona adecuada, la señora Coppard se había encargado de colocar a los comensales, y había puesto a la señora Prence, a la señora Henderson y al mariquita de la floristería en un lado, con dos asientos vacíos a ambos lados de la señora Henderson. Sugirió que Robin y Dolly se sentaran en ambos extremos del otro lado, el novio junto a Robin y la novia al costado de Dolly. Ella ocuparía el asiento del centro, frente a la señora Henderson.

La señora Henderson, que se sentía abandonada en el centro de la mesa con la señora Coppard frente a sí por toda compañía, sugirió:

—Tal vez fuese más divertido si quitáramos los cubiertos que sobran y nos moviéramos todos hacia un extremo de la mesa, ¿no?

—Ay, no —dijo la señora Coppard—, para nada. Esto es un convite de bodas, y

los novios tienen que sentarse en los sitios de honor.

—Pues podrían sentarse los dos en una cabecera, y los demás agruparnos en torno a ellos —propuso la señora Henderson—. La cosa sería más cordial y no tendríamos que gritarnos unos a otros.

—No hace falta que nadie grite —repuso la señora Coppard—. Esta distribución funciona de maravilla. Y en las fotos quedará muy bien que no estemos todos apretujados.

La señora Henderson se resignó al suplicio en que se había transformado la comida y no dijo más. Llegó la comitiva nupcial, y cuando todos hubieron ocupado sus sitios correspondientes, apareció un camarero con una mágnum de champán y rodeó la mesa llenándole la copa a todo el mundo. Era joven y estaba aterrado, y por lo visto le habían dicho que debía llenar las copas hasta el borde. Todos permanecieron en silencio mientras, lenta y minuciosamente, llevaba a cabo semejante proeza. En su frente aparecieron temblorosas gotitas de sudor. Fue como observar a un estudiante de medicina suturando una herida.

Cuando el camarero se escabulló de la sala, Robin se puso en pie y trató de levantar la copa, pero como su rebosante abundancia se lo impedía, se inclinó y le dio un precavido sorbo, y así, una vez domada, consiguió sostener la copa ante sí.

—¡Un brindis por Clement y Coral, para que tengan vidas largas y poco achacosas con días pacíficos y noches provechosas!

Todos se sumaron al brindis inclinándose para sorber con felina delicadeza su champán. Nadie se atrevió a levantar la copa. Cuando Robin se sentó, Dolly se puso en pie de golpe, como si estuviesen conectados por alguna clase de válvula.

—He intentado cantar esta canción en la ceremonia, pero el juez se creía que estaba por encima de esas cosas, de modo que os la cantaré ahora. Mamá, ¿te has traído el afinador?

—Estoy segura de haberlo metido aquí dentro —contestó la señora Coppard. Cogió el bolso del suelo y se puso a revolver. De su interior extrajo un cepillo, un plátano, la petaca y, por fin, un afinador, que se llevó a los labios.

—Do mayor —dijo Dolly.

—Ya lo sé, deja que lo busque.

Encontró el tono, sopló en la boquilla correspondiente y Dolly empezó a cantar «Dos rosas en un jardín». Como era de esas cantantes que fascinan a quienes las escuchan, nadie reparó en que, en plena canción, la puerta se abrió y el inspector Hoke entró en la habitación. El inspector, absolutamente cautivado a su vez por la interpretación de Dolly, fue el único que aplaudió a la conclusión, lo que provocó que todas las miradas se apartaran de Dolly para clavarse en él.

—¡Bravo, señora Lofting! —exclamó—. Una bella canción bellamente cantada por una bella mujer.

Curiosamente fue Coral, y no el comandante Hart, quien se levantó.

—¿Qué quiere? —le preguntó al inspector.

—Ah, señorita Glynn. Aunque supongo que a estas alturas es ya la señora Hart, ¿no? Enhorabuena.

—¿A qué ha venido? —quiso saber Coral.

—Solo quiero hablar un momentito con usted, si es tan amable.

El comandante se levantó también.

—¿A qué viene esto, Hoke? Acabamos de casarnos, por el amor de Dios.

—Mil perdones, comandante Hart, y mis mejores deseos para usted y su esposa. Tal vez pudiéramos hablar en privado en el pasillo.

—Desde luego que no —contestó el comandante. Se dirigió al otro extremo de la mesa y apoyó las manos en los hombros de Coral—. Siéntate, cariño. Es el día de nuestra boda, Hoke. No es momento ni lugar para esta intromisión.

—Solo quería hablar un ratito.

—Pues venga a vernos mañana, a Hart House, como debería haber hecho en un principio. Entonces estaremos disponibles para hablar con usted.

—Me temo que no puedo esperar tanto. Ya sé que el momento es inoportuno, pero tengo que hablar con la señorita Glynn... con la señora Hart, hoy mismo.

—Pues esta tarde. A las cinco en punto.

—Muy bien —dijo el inspector—. Siento haber interrumpido su celebración. A veces las obligaciones de un policía no son agradables.

—Sin duda —repuso el comandante—. Hasta la tarde, entonces.

Cuando el inspector se retiró y la puerta se cerró tras él, el comandante Hart volvió a su sitio y levantó la copa de champán.

—Os pido a todos que os pongáis en pie y brindéis por mi preciosa esposa.

Todos se levantaron y alzaron las copas de champán.

—Me había resignado a llevar una vida solitaria y desdichada. Quiero brindar por la mujer que ha cambiado todo eso, la mujer a la que amo y con la que estaré siempre en deuda. ¡Por Coral!

—¡Por Coral! —repitieron todos, y esta vez fueron capaces de llevarse las copas a los labios y beber con fruición de ellas.

La señora Prence les llevó el té a la biblioteca y dejó la bandeja en la mesita delante del fuego.

—Gracias, Mary —dijo el comandante Hart desde detrás del velo del periódico. Había arrojado ya la primera página al fuego, donde las llamas habían devorado con avidez el titular:

APARECEN PISTAS EN EL BOSQUE DE SAP GREEN
LA POLICÍA ACORTA DISTANCIAS

La señora Prence se apartó de la mesita y se quedó allí de pie, al parecer sin saber muy bien qué hacer. Cuando ya fue obvio que el comandante no reparaba en su

presencia, se aclaró la garganta.

—Perdone, señor.

El comandante dobló el periódico en el regazo.

—Dígame, Mary.

—No se me dan bien los brindis como los que han hecho en la comida. Y cantar tampoco, la verdad. Pero quería decirles, señor, a usted y a la señora Hart, que les deseo una feliz vida juntos.

—Es muy amable por tu parte, Mary. ¿Verdad que sí, Coral?

—Sí. Gracias, señora Prence.

—Esto es para usted, señora —dijo entonces la criada. Cogió una cajita de esmalte *cloisonné* de la bandeja de té y se la tendió a Coral.

—Oh, señora Prence. No puedo aceptarla.

—No seas tonta, Coral —intervino el comandante—. Claro que puedes.

—Qué bonita es, y adoro las cajitas.

—El regalo va dentro —dijo la señora Prence—. La cajita también es un regalo, por supuesto. Ábrala.

Coral desenroscó la tapa de la cajita. Dentro había unos pendientes dorados con rubíes muy chabacanos.

—¡Son preciosos!

—Muy bonitos —añadió el comandante.

—Eran de mi abuela —explicó la criada—. La madre de mi madre. Tenía un poco de sangre gitana y le gustaban las cosas bonitas. Siempre aseguró que eran rubíes de verdad, aunque supongo que podría tratarse de trocitos de cristal de color.

—Ay, pero si eran de su abuela debería conservarlos —dijo Coral—. Son reliquias de familia.

—A mí los pendientes no me sirven. No me haría agujeros en las orejas ni por todo el oro del mundo, y aunque me los hiciera, tampoco me los pondría. Pero me pareció que a usted podían quedarle muy bien, señora.

Coral se dijo que sería grosero señalar que ella tampoco tenía agujeros en las orejas.

—Bueno, pues son muy bonitos, y los guardaré como un tesoro —dijo, y volvió a meterlos en la cajita—. Gracias.

—Qué detalle por su parte, Mary —comentó el comandante—. ¿Quiere tomar una taza de té con nosotros?

—Ay, no, señor. Aún tengo que preparar la cena. Me ha parecido que después de la comilona lo ideal serían mis tartaletas de huevo y queso.

—Fantástico —dijo el comandante—. ¿Sirves tú, Coral?

La señora Prence salió de la habitación y el comandante Hart desapareció detrás del periódico. Coral sirvió té en las tazas y entonces cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de cómo lo tomaba el comandante. Le pareció una pregunta rara que hacerle a un marido, y la hizo pensar en todo lo demás que no sabía sobre él, o más bien en lo

poco que sí sabía. Ahí estaba, frente a ella, tan cerca que podía tocarlo. Y la cosa no tardaría en llegar a ese punto, se dijo. Esa misma noche. En la enorme cama de dosel donde su madre había muerto tan recientemente. Cuando él le dijo que esa iba a ser la habitación de ellos dos, Coral se quedó perpleja; había imaginado que esa puerta se cerraría para no volver a abrirse nunca, que la habitación y su contenido se relegarían al olvido. Pero era el dormitorio principal, por supuesto. En la cama había una nueva colcha de retales, pero las prendas de la anciana dama aún colgaban en los armarios, y su antiquísima ropa interior, eternamente intacta como montones de nieve apelmazada, seguía en los cajones de la cómoda.

—¿Cómo tomas el té? —le preguntó a su marido.

Él asomó la cabeza por encima del periódico.

—¿Qué?

—El té, ¿cómo te gusta?

—Ah, con leche y sin azúcar, por favor.

Coral añadió leche a una de las tazas y se la tendió.

—Muchas gracias.

El comandante dejó el platillo sobre la mesa y volvió a abrir el periódico. Coral contempló la habitación en torno a sí entre sorbo y sorbo de té. «Ahora vivo aquí — se dijo—. Todo esto es mío». Pero no tenía mucho sentido, era como creerse la dueña de Tombuctú. Estaba convencida de que siempre se sentiría una extraña allí. Aunque lo cierto era que nunca se había sentido como en casa en ningún sitio. En aquellos últimos años, su vida de enfermera itinerante la había convertido en una intrusa en un hogar tras otro, y siempre llegaba trayendo consigo la húmeda huella de la enfermedad o la oscura sombra de la muerte. Era una huésped poco grata pero necesaria a quien se toleraba pero nunca se prodigaba cariño. Y así, le era imposible imaginarse sentada en una habitación sin sentirse inoportuna.

Cuando el comandante hubo apurado su té, Coral asió la tetera.

—¿Más?

—¿Está caliente todavía?

La tetera estaba tibia.

—No mucho. ¿Quieres que prepare más?

—No. ¿Qué hora es? Igual me tomo una copa. —Consultó el reloj—. Son casi las cinco. El pesado de Hoke llegará en cualquier momento.

Coral se levantó y cogió la bandeja.

—Deja eso, lo recogerá la señora Prence.

—Me gustaría bajar a hablar con ella.

—Un detalle increíble por su parte, regalarte esas joyas. Lo que me recuerda que tengo que comprarte un anillo.

—No hace falta.

—Pues claro que sí. Eres una dama casada, debes llevar anillo.

—¿Y tú? ¿No deberías llevarlo también?

—Bueno, con los hombres es distinto. Y tengo este anillo. —Le enseñó el sello que llevaba en el meñique—. Era de mi padre. No quiero más joyas que esta. Tendremos que ir al pueblo, creo que hay una joyería decente. ¿O preferirías la alianza de mi madre? Ahora todas sus joyas te pertenecen, por supuesto.

—Si he de llevar un anillo, preferiría que fuese mío.

—Claro, claro. El lunes iremos al pueblo.

La señora Prence batía huevos con furia apenas contenida cuando Coral apareció en la cocina con la bandeja del té.

—No tenía más que llamar y habría subido a buscarla.

—Sí, ya lo sé, pero quería bajar y darle las gracias por su precioso regalo. Ha sido muy amable por su parte. Y quería decirle... que lamento las desavenencias que ha habido antes entre nosotras.

—Estoy segura de que son cosa del pasado.

—Sí. Sé muy bien que este es su hogar, y quiero que sea feliz aquí. Quiero que siga haciendo lo que ha hecho siempre, a menos, por supuesto, que quiera hacer algún cambio. No voy a fingir que tengo la más mínima experiencia en llevar una casa. Pero si puedo ayudarla en lo que sea, dígamelo, por favor.

—Estoy segura de que puedo apañármelas, siempre lo he hecho.

Se oyó el timbre de la puerta principal.

—¿Quién será? —se preguntó la señora Prence.

—El inspector Hoke, probablemente.

—Ah, sí. Quiere hablar con usted sobre ese asunto tan feo del bosque, ¿no?

—Sí.

—No debe tenerle miedo —dijo la señora Prence—, es un hombre muy amable. Si no tiene nada que ocultar, debe contarle todo lo que sepa.

—Eso haré, por supuesto —respondió Coral.

El inspector Hoke sacudía la gabardina mojada en el vestíbulo cuando Coral salió de la cocina. El comandante Hart esperaba allí cerca con expresión ausente.

—Deje que yo la cuelgue, inspector Hoke —dijo Coral. Abrió la puerta del armario y sacó una percha.

—Gracias, muy amable, pero está bastante mojada, le ahorraré la molestia. —Cogió la percha de manos de Coral, colgó la gabardina en el armario y apartó los abrigos a ambos lados de ella. Cerró la puerta y se frotó las manos—. Buenas tardes, señora Hart. Le pido disculpas por haber interrumpido su celebración, confío en que haya sido una ocasión muy feliz.

—Sí, gracias.

—Bueno, ¿dónde podríamos sentarnos a charlar un ratito?

—En la biblioteca está el fuego encendido —repuso Coral, e indicó la puerta abierta.

Los tres entraron en la biblioteca. El inspector y Coral se sentaron, y el comandante se quedó junto al carrito de bebidas.

—Estaba a punto de servirme una copa. ¿Le apetece algo, inspector?

—Gracias, pero no.

—¿Cariño?

—Una copita de brandy, quizá.

—Muy bien. —El comandante sirvió brandy en una copa y whisky en otra, y se sentó en el sofá junto a su mujer, de cara al fuego—. Bueno, ¿a qué viene todo esto? —le preguntó al inspector.

—Les agradezco que hayan encontrado tiempo para mí en este día tan señalado.

—¿Hago bien en suponer que se trata de la niña del bosque? —preguntó el comandante.

—Sí. Se han descubierto ciertas pruebas que justifican que hable con ustedes. En realidad es con usted, señora Hart, con quien quiero hablar.

—¿Pruebas? ¿Qué clase de pruebas?

—Llegaré a ese punto dentro de un momento, comandante. Preferiría hablar a solas con la señora Hart, si le parece bien.

—Pues no, no me lo parece.

—En realidad depende de usted, señora Hart. ¿Prefiere hablar conmigo a solas?

—No —respondió Coral.

—Muy bien —concluyó el inspector—. Cuando hablé con usted la otra vez, señora Hart, me dijo que paseaba con frecuencia por el bosque de Sap Green.

—Le dije que había dado varios paseos por el bosque.

—Perdóneme, ahora me acuerdo de que en efecto hizo esa distinción. Y, si no recuerdo mal, me dijo también que no había visto a nadie en el bosque o en sus alrededores.

—Sí, así es.

—Dígame, señora Hart, en el transcurso de esos paseos, ¿seguía usted los senderos o se salía de ellos?

—Creo que en general seguía los senderos.

—¿Y nunca se salió de ellos?

—Que yo recuerde, no.

—¿Pero admite la posibilidad de que se haya alejado del sendero?

—A ver, Hoke, ¿adónde quiere llegar? Déjese ya de todos estos disparates de detective.

—No son disparates, comandante. Permítame que continúe, por favor.

—Bueno, pues si tiene algo que decir, dígalos de una vez y déjese de tantas preguntas ridículas.

—Señora Hart, hay un denso bosquecillo de acebos en Sap Green. ¿Recuerda haberlo visto en alguno de sus paseos?

—Sí.

—Y dígame, ¿se internó usted en él?

—¿Que si me interné? Pues no.

—¿Está segura?

—Sí. Recuerdo haberme detenido junto a él, pero eso es todo.

—¿Por qué se detuvo?

—Porque oí algo, un ruido que venía de allí.

—¿Qué clase de ruido?

—Al principio pensé que podía tratarse de algún animal, pero cuando me puse a escuchar comprendí que solo era el frufú de las hojas de los acebos; hacen un ruido extraño.

El inspector metió la mano bajo la americana y sacó una bolsita de tela del bolsillo interior. Aflojó el cordelito que la cerraba y volcó su contenido. Un botón cayó sobre la mesa, giró sobre sí durante unos instantes y luego quedó inmóvil. Era de resina color miel, bastante corriente, y de tamaño mediano.

—¿Reconoce este botón?

Coral no contestó. Miró el botón y luego se inclinó para tocarlo con un dedo y darle la vuelta.

—¿Dónde lo ha encontrado? —quiso saber.

—¿O sea que lo reconoce?

—Sí. Es de la manga de mi abrigo.

—Así es. Cuando he colgado la gabardina me he fijado en que le faltaba un botón.

—Qué astuto es usted —dijo Coral—. ¿Dónde lo encontró?

—Estaba en el bosque de Sap Green, entre los acebos, muy cerca de donde ahorcaron a la niñita. Se lo pregunto otra vez, señora Hart, y será la última, ¿se internó en el bosquecillo de acebos? ¿Vio a alguien en sus paseos por el bosque?

—Vamos a ver, Hoke —intervino el comandante—, no sé adónde quiere llegar, pero no puede seguir insultando de esa manera a mi mujer. No contestará a más preguntas hasta que hayamos consultado a nuestro abogado.

—No —zanjó Coral—. El inspector tiene razón. Ya va siendo hora de que le diga la verdad.

—No es necesario que le cuentes nada, cariño...

—Vi los acebos, como le he dicho, y oí aquel extraño ruido. Al principio sí pensé que era solo el viento que movía las hojas, pero luego comprendí que no era eso sino una persona o un animal que lloriqueaba. De manera que me interné en los acebos, y me costó hacerlo, porque crecen muy densos, pero encontré un pasadizo, casi un túnel, y lo seguí hasta salir a un pequeño claro en el centro.

Dejó de hablar unos instantes y contempló el fuego.

—Había dos críos —continuó—, un niño y una niña. La niña colgaba de una rama atada por las muñecas, y el niño le arrojaba piñas y palos. Les pregunté qué hacían, y me contestaron que estaban jugando al prisionero. Les dije que ese juego no

estaba bien y que debían parar de inmediato. Y ellos dijeron que les gustaba, que hacían turnos para ser el prisionero. Traté de desatar a la niña pero los nudos estaban demasiado apretados. Y no se me ocurrió otra cosa. ¿Qué podía hacer yo? De modo que les dije que tuvieran cuidado y me marché.

—¿Y no le contó a nadie lo que había visto? —preguntó el inspector.

—No. No conocía a nadie; olvidé el asunto.

—¿Cómo pudo olvidar semejante escena? ¿No le preocupó la niña?

—Sí, claro que sí. Pero se me olvidó. Tenía mis propias preocupaciones. Fue el día en que el comandante Hart me había pedido que me casara con él, y había prometido darle una respuesta esa misma noche, de modo que... se me olvidó.

—¿Estaba herida la niña cuando la vio?

—Sí. Bueno, herida no, en realidad. Tenía arañazos en la cara. —Se llevó una mano a la mejilla.

—¿Vio a una niña atada y torturada en el bosque y no dijo ni hizo nada?

—Sí, ya le he dicho que...

—Pero Coral, ¿por qué? —intervino el comandante.

Ella lo miró.

—Tenía intención de hacerlo, supongo. O puede que me sintiese culpable por no haberlos detenido. ¡Pero lo intenté! Creo que les tuve miedo, hubo algo aterrador en toda la escena.

—¿Tuvo miedo de un niño pequeño?

—No era tan pequeño.

—¿Qué edad tenía?

—No lo sé. Diez u once...

—Un crío —terció el inspector.

—Sí, supongo que sí. Verá, es que estaba hecha un lío y en realidad no fui consciente del todo de lo que pasaba. Hice mal, ya lo sé, pero era incapaz de pensar en...

—Me temo que hay otra cuestión sobre la que debo hablarle —interrumpió el inspector.

Coral pensó que el comandante volvería a intervenir en su defensa, pero esta vez no lo hizo. Estaba hundido contra los cojines del sofá y contemplaba el fuego, como si Coral y el inspector fuesen unos amigos cuya charla lo aburriera.

—¿De qué se trata?

—Tiene que ver con las circunstancias de su empleo anterior. O más bien con las circunstancias que pusieron fin a su empleo anterior.

—Hubo un malentendido —repuso Coral—. Varios, de hecho.

—No me diga.

—Sí, los hubo, y pasaron cosas desagradables.

—He hablado con la señora Rosalind DeVries. Trabajaba usted a sus órdenes, si no me equivoco.

—Sí, cuidaba a sus hijos enfermos.
—Me ha dicho que usted le robó algo. Un anillo.
—Yo no lo robé. Fue un malentendido.
—Según ella, encontró el anillo entre sus pertenencias.
—Me lo había encontrado.
—¿Y sabía que era de la señora DeVries?
—Sí.
—Entonces ¿por qué no se lo devolvió?
—Pensaba hacerlo, pero ella lo echó en falta primero.
—¿Y si no lo hubiera echado en falta?
—Se lo habría devuelto. No soy una ladrona.
—Perdone, pero da la sensación de que sí lo es. Coger algo que a uno no le pertenece y conservarlo en su poder constituye un robo.
—Yo no lo cogí, me lo encontré.
—En este caso, apenas importa. Tuvo suerte de que no la denunciaran.
—Eso no fue todo —dijo Coral—. En aquella casa pasaron otras cosas horribles.
—¿A qué se refiere?
—El marido, el señor DeVries, fue muy desagradable conmigo.
—No me extraña, si robó usted el anillo de su esposa.
—No me refiero a esa clase de actitud desagradable.
—Vaya, ¿qué quiere decir?
—Fue desagradable conmigo físicamente hablando. Abusó de mí.
El comandante se aclaró la garganta.
—¿Quiere decir que la agredió sexualmente? —quiso saber el inspector.
—Sí.
—¿Se lo dijo a la policía?
—No.
—¿Se lo contó a la señora DeVries?
—No me habría creído. Pensaba que era una ladrona.
—Y lo era.
—No, ya le he dicho que no soy una ladrona.
—Bueno, todo eso es agua pasada, no tiene por qué preocuparnos. Nos queda muy lejos, en cualquier caso. Pero lo que vio en el bosque de Sap Green no es agua pasada; eso sí me preocupa.
—Sí es agua pasada.
—Perdone, ¿cómo dice?
—Lo que pasó en el bosque, lo de la niña, es agua pasada.
—Es posible que lo sea, sí, pero sigue siendo objeto de investigación. He ahí la distinción a la que me refería. Esa es la cuestión que nos ocupa, y no las cosas desagradables que ocurrieran con los DeVries.
—Entonces ¿por qué las ha mencionado? —quiso saber Coral.

—Porque son importantes en lo que respecta a su personalidad y a su honradez.

—¿Y qué pasa con su personalidad?

—¿La de quién?

—¡La del señor DeVries!

—No voy a juzgar su personalidad, en absoluto.

—¿Ni siquiera después de lo que le he contado que me hizo?

—Eso queda fuera de mis atribuciones. Si lo que dice es cierto, se trata de una criatura despreciable. Pero su naturaleza no tiene nada que ver con la cuestión que nos ocupa.

—¿Y la mía sí?

—¿Me ha contado la verdad, toda la verdad, sobre lo que vio en el bosque de Sap Green, señora Hart?

—Sí.

—¿No hay nada que pueda o desee añadir?

—No. Solo que...

—¿Sí?

—Que lo siento. Lamento no haberle dicho a nadie lo que vi. Pero no conocía a nadie...

—Ha dicho que el comandante Hart le propuso matrimonio aquel mismo día. ¿Acaso no lo conocía a él?

Coral miró al comandante. Sacudió la cabeza.

—No —contestó—, en realidad, no.

El comandante tendió una mano para coger la de su mujer.

—Nuestro noviazgo fue breve.

—Ya, eso me parecía —repuso el inspector. Se levantó—. Me gustaría hablar un momentito con usted en el vestíbulo, comandante. En privado. Nos disculpa, ¿verdad, señora Hart?

—Por supuesto.

El inspector abrió la puerta, se hizo a un lado para que pasara el comandante, salió al vestíbulo y cerró detrás de sí.

—Lamento todo esto —le dijo al comandante.

—Sí, qué lío tan espantoso. Hay desgracias por todas partes, desde luego.

—Pues sí. Una muchacha extraña, su esposa.

—¿Cree que...? No irá a creer que tuvo algo que ver en el asesinato, ¿no?

—Creo que sabe más de lo que dice. Para empezar, no fue un niño quien mató a esa cría. Es físicamente imposible. De manera que no me trago esa parte de la historia. Su mujer podría estar encubriendo a algún tipo.

—Creo que dice la verdad —dijo el comandante.

—Pero en realidad no la conoce bien, ¿no es así? Tengo las pruebas necesarias para arrestarla, ¿sabe? El botón y las mentiras, por no hablar de no haber denunciado un delito. Pero como no puedo meterla en la cárcel en su noche de bodas, la dejaré en

paz si usted me promete que la tendrá vigilada. Puedo indagar en su historia sobre el niño y ver si doy con algo. Es posible que lo haga. Bueno, me despido por esta noche, pero mucho me temo que mañana a primera hora tendré que volver y arrestarla. — Abrió la puerta del armario, descolgó la gabardina de la percha y se la puso.

Coral estaba al otro lado de la puerta de la biblioteca, oyéndolos hablar de ella. «Qué estúpidos son los hombres —se dijo—. No entienden nada. Qué injusticia ser mujer». Se acordó de la niñita en el bosque. Le había dicho que hacían turnos, pero no era verdad, por supuesto. No se habían turnado.

Alguien —tenía que haber sido la señora Prence— había bajado la nueva y sedosa colcha en la enorme cama de dosel dejando a la vista las almohadas y las sábanas, algo que a Coral le pareció casi indecente. Hacía frío en la habitación y oía arreciar la lluvia en la gravilla del sendero.

A los pies de la cama se había extendido cuidadosamente un camisón largo y blanco, de encaje y puntillas, y junto a él se hallaba su maltrecha maleta. Se quedó mirando el camisón unos instantes, pensando que debía de ser de la señora Prence, que se lo habría olvidado, y entonces comprendió que lo habían dejado allí para ella.

Llamaron suavemente a la puerta.

—Adelante.

La señora Prence abrió la puerta y se quedó un momento en el umbral, mirando la habitación como si no la hubiera visto nunca o como si la examinara en busca de algún tipo de desperfecto o de modificación que Coral pudiera haber llevado a cabo. Por fin entró, cerró la puerta detrás de sí y se apoyó de espaldas contra ella, ya fuera para impedir la entrada de alguien o la huida de Coral, o ambas cosas. Coral se dijo que la señora Prence había sufrido una misteriosa transformación; como si en el rodaje de una película su personaje se hubiera suavizado para la pantalla y se hubiera puesto a una actriz más atractiva en su papel. O tal vez aquello solamente se debiera a las pantallas doradas de las lamparitas de noche y al vino que el comandante y ella habían tomado durante la cena.

—Solo quería asegurarme de que tiene cuanto necesita para esta noche, señora.

Coral dijo que sí.

La señora Prence se acercó a los pies de la cama.

—Esto era de Charlotte. ¿Ha oído hablar de Charlotte? —También su voz había cambiado, para volverse más grave y sin retintín.

—¿La hermana del comandante?

—Sí. Era una chica encantadora, la pobre Charlotte. —La señora Prence tocó el camisón con delicadeza, como si todavía contuviera un cuerpo—. Esto formaba parte de su ajuar. Cuando murió, la señora Hart lo conservó. «Será un regalo para la novia de Clement», dijo. Y entonces, por supuesto, llegó la guerra y al comandante lo hirieron horriblemente, la señora Hart enfermó y el ajuar quedó olvidado en el

desván, pero el otro día me acordé, y como era el deseo de la señora Hart, subí al desván y ahí estaba el baúl, lo abrí, y encima de todo estaba este precioso camisón para la noche de bodas de Charlotte, y cuando le hice la maleta a usted para que se la llevara al Swan vi su camisón y me dije, pobrecita, no puede llevar eso tan viejo y gastado en su noche de bodas, de modo que bajé este del desván, lo lavé con agua de lavanda y rosas y lo planché, y aquí lo tiene.

—Gracias, señora Prence, es muy amable por su parte.

—Bueno, es lo que quería la señora Hart, que Dios la tenga en su gloria. —Acarició el corpiño bordado del camisón—. Está todo hecho a mano, obra de unas monjas; católicas, vírgenes. En Francia, o en España, ya no me acuerdo. Pero extranjero, eso sí.

—Es precioso.

—Confío en que su conversación con el inspector Hoke no la haya alterado mucho. Qué horrible por su parte, venir a figonear el día de su boda. Es un día sagrado, creo yo, aunque los haya casado un juez. Dios sigue siendo testigo, estoy segura.

—Sí, seguro que sí.

La señora Prence se apartó de la cama. Hundió la mano en el bolsillo del delantal, la sacó y abrió el puño para revelar un montoncito de pétalos rosados.

—El chico de la floristería me ha dado esta tarde estos pétalos de rosa. «¿Y para qué los quiero?», pregunté yo, y dijo: «Espárzalos por el lecho nupcial, es una tradición». Pues yo nunca había oído hablar de eso, de pétalos en la cama, ¿usted sí?

—En los libros, me parece.

—En los cuentos de hadas, quizá —repuso la señora Prence—. ¿Los quiere? —Tendió la mano.

—No —contestó Coral.

—Ya me parecía, por eso no he hecho lo que me decía ese chico.

—Pero démelos, porque son inofensivos, ¿no?

—¿Inofensivos?

—Daño no van a hacer.

—Bueno, eso tampoco es motivo para ponerlos en la cama.

—No sé qué haré con ellos, pero me gustaría conservarlos, ya que se los ha dado él.

La señora Prence dejó caer los pétalos en la palma de Coral y luego paseó la vista por la habitación.

—¡Las cortinas! Se me olvidó correrlas.

Se dirigió a las ventanas y corrió las pesadas cortinas de ambas con gesto heroico, como si protegiera a Coral de una escena de tremenda devastación, o del público que formaba el lluvioso paisaje al otro lado de ellas. Entonces se detuvo en el centro de la habitación y la miró con una extraña expresión.

—¿Hay algo, lo que sea, que quiera contarme?

—¿Contarle?

—Sí, algo que me quiera confiar. Algo que la preocupe y suponga un alivio compartir conmigo.

—No, no se me ocurre nada.

—Porque si lo hay, la escucharé pacientemente y no la juzgaré. Sé que no he sido buena amiga suya, y me gustaría que eso cambiara.

—Muy amable por su parte, y aprecio de verdad su gentileza, señora Prence. Espero ser capaz de corresponderle.

—¡Pues cuéntemelo! Sé que algo le preocupa. No tiene madre, ni amigas. Cuénteme qué la inquieta y la ayudaré a sobrellevar esa carga.

—No me inquieta nada, no hay ninguna carga que sobrellevar.

—A mí no me engaña, sé que es así.

—Me parece que ya puede irse, señora Prence. Gracias por todo lo que ha hecho y por su precioso regalo. Pero, por favor, me gustaría que me dejara sola.

La señora Prence no dijo nada. Siguió ahí, paralizada, con una extraña expresión dolida en la cara.

—Buenas noches —insistió Coral.

—Perdóneme. Solo trataba de ganarme su amistad, pero estoy poco acostumbrada a estas cosas y a lo mejor he dicho algo que no debía. Tiene que perdonarme.

—No hay nada que perdonar —contestó Coral. Fue hasta la puerta y la abrió.

Al cabo de unos instantes, la señora Prence se irguió y salió con dignidad de la habitación. Coral cerró la puerta tras ella y se quedó sola.

Cuando la señora Prence se hubo marchado, Coral se sentó un rato en la cama. La casa estaba muy silenciosa; fuera llovía, pero dentro nada parecía emitir sonido alguno o moverse, y confió en que, sentada en silencio e inmóvil en la cama, no perturbara el diorama en el que le parecía hallarse, pues no quería que volviera a ocurrirle nada más, nunca. No era capaz de imaginar ningún suceso que no fuese malo o decepcionante. Pensó en los colibríes disecados, inmóviles bajo su campana de cristal. Cuánto mejor sería, se dijo, que a una le vaciaran las entrañas para reemplazarlas por serrín, y tener diminutas cuentas de cristal en lugar de ojos y estar encerrada bajo una cúpula de cristal.

El comandante estaba dándose un baño. Le había dicho que seguiría utilizando su propio cuarto de baño y que ella podía usar el de su madre, que estaba integrado en la habitación. Coral no quería que la encontrara vestida y sentada en la cama; en realidad, no quería que la encontrara de ninguna manera, de modo que se llevó el camisón al lavabo y se dispuso a darse un baño. A medida que se llenaba la bañera, en su superficie iba aflorando un cuerpo, como una magulladura; resultado, sin duda, de muchos años de lenta abrasión de la carne contra la porcelana.

Se desvistió y arrojó los pétalos al agua humeante. Se abrieron y flotaron como

minúsculas y rosadas hojas de nenúfar en la temblorosa superficie. Los observó durante un momento. Algunos desistieron y se hundieron lentamente hasta el fondo de la bañera, pero muchos siguieron flotando. Se metió con cautela en el agua caliente y con aroma a rosas.

«Conejito —la había llamado el señor DeVries—. Conejito rosa de colita de algodón». Y otras cochinas. Los niños tenían un conejo, un bicho bastante infeliz de dientes amarillos alarmantemente grandes que vivía en una conejera junto al garaje. Se acordó de lo feo que le había parecido el pene del señor DeVries, despuntado rojo y furibundo como un cuchillo ya ensangrentado.

Salió de la bañera y se secó. Se puso el tieso camisón, deslizándolo por su cuerpo desnudo. «Vamos a despellejar al conejito», solía decirle su madre de pequeña cuando la hacía levantar los brazos para desvestirla. Una costumbre bastante espantosa, la verdad.

Se sentó en la cama y esperó. Sintió que se le enfriaba el cuerpo bajo la fina capa de tela; comprendió que la señora Prence había planchado la prenda hasta dejarla bien tiesa: no era un regalo, sino un castigo. Un cilicio. Al cabo de un ratito abrió el cajón de la mesita de noche y observó el revoltijo de tubos arrugados y antiquísimos frascos de cremas y pomadas. Había pedacitos de cinta sucios, y pañuelos y muñones de lápices. En un frasquito de medicinas se leía: «Señora Edith Hart, una tableta cada seis horas o lo necesario para el alivio del dolor». Una figurita de madera del Niño Jesús, a la que le faltaba el brazo izquierdo, estaba pegada a un caramelo sin envoltorio. Coral se estremeció y cerró el cajón.

Llamaron a la puerta. El comandante. Clement.

—¿Sí?

—Soy yo. ¿Puedo entrar?

—Un momentito. —Se sintió presa del pánico, casi aturdida.

—¿Coral?

Se refugió en el cuarto de baño.

—¡Adelante! —exclamó, y cerró la puerta.

Lo oyó entrar en el dormitorio. Se quedó callado un momento, y luego, casi con tono lastimero, volvió a pronunciar su nombre, como si pudiera haberse fugado por la ventana o sencillamente desaparecido.

—Sí —contestó Coral—. Estoy en el baño, ahora salgo.

—Tranquila, no hay prisa.

Coral captó alivio en su voz, y cierta ternura también. Siempre se había considerado una chica tímida y sensible, pero de pronto, en comparación con él, se sentía descarada y cruel. Comprendió que las cosas que le habían ocurrido recientemente la habían cambiado, la habían convertido en una persona que le parecía distinta. Se contempló en el espejo. Tenía el cuello arrebolado y sendos manchones

de rubor, como colorete mal aplicado, le adornaban las mejillas. La frente, húmeda, le brillaba. Parecía alguien con mucha fiebre a quien acabaran de estrangular. Se lavó la cara con agua fría y se dio golpecitos con la toalla para secarla, pero cuando volvió a mirarse en el espejo estaba exactamente igual. Se observó unos instantes, como si pudiera producirse un cambio por arte de magia, pero su reflejo se mantuvo inmutable.

Cuando salió del cuarto de baño, el comandante estaba en el saledizo ante las ventanas, envuelto en una bata, mirándose las zapatillas.

Coral se quedó de pie junto a la cama. Al cabo de unos instantes, él alzó la vista.

—¡Coral! ¡Qué preciosa estás!

El comandante tendió ambas manos, y aunque se trataba de un gesto instintivo que no pudo evitar, a Coral le pareció que se creía el protagonista de una película musical y que esperaba que ella se deslizara hasta él, le cogiera las manos y se echara a cantar. Iba ataviado para el papel, o tal vez para un drama histórico: su bata de brocado, pesada como un abrigo, tenía ribetes de seda en todas las costuras, hombreras, alamares trenzados que se abrochaban sobre el amplio pecho, un cordón con borlas grueso como la muñeca de un niño ciñéndole la cintura, y faldones que caían casi hasta el suelo, justo por encima de las zapatillas de terciopelo negro con un blasón dorado en cada empeine.

Pero ella se quedó ahí plantada, mirándolo, y al cabo de unos instantes él reparó en sus manos torpemente tendidas y las entrelazó.

—Tengo que contarte una cosa —dijo.

—Vaya... Sí. Yo también tengo algo que contarte.

—Es sobre Hoke —se apresuró a añadir él, como si no la hubiese oído—. Va a volver por la mañana. Dice que tiene pruebas suficientes para arrestarte.

—¿El botón?

—El botón, sí... Y lo que le has contado, que viste a la niña y no dijiste nada.

—¿Eso es un delito?

—No lo sé. Solo sé que estará de vuelta por la mañana y te arrestará.

—¿Y qué? —Coral se estremeció y se ciñó los brazos como si tratara de reprimir el frío.

—Tienes frío. ¿Por qué no te metes en la cama? Así entrarás en calor.

Ella miró la colcha dorada, muy estirada sobre la amplia planicie de la cama, cuyo embozo pulcramente doblado dejaba a la vista las voluptuosas almohadas, y se le antojó un lecho inviolable, inhabitable. Sacudió la cabeza.

—No —dijo.

Él pareció comprender su misteriosa incapacidad de descomponer la cama.

—Bueno, pues toma, coge mi bata.

Desabrochó los alamares de terciopelo que la cerraban a un lado del pecho, soltó el cordón que la ceñía a la cintura y se la quitó. Se acercó a Coral sosteniendo la bata por las hombreras.

—Siéntate en la cama.

Eso hizo Coral, y él le echó la bata sobre los hombros. Ella la notó más pesada que caliente, como una manta de plomo.

Clement permaneció unos instantes junto a la cama observando a Coral como si la bata fuera a aplastarla, pero luego se sentó a su lado. Llevaba un pijama de seda azul marino de estilo cosaco; estaba muy guapo, aunque un poco absurdo, como un personaje de una comedia navideña. Coral tuvo la sensación de que lo había adquirido especialmente para esa noche, e imaginarlo mientras lo compraba, pues sin duda lo había comprado solo, hizo brotar en su interior una ternura casi abrumadora, una reacción involuntaria a la consideración y la dulzura de Clement. Estuvo a punto de tender una mano para tocarlo.

—¿Qué debería hacer? —le preguntó.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Sí, claro.

—¿Tuviste... tuviste algo que ver con esa niña del bosque?

—No, nada. Solo la vi allí aquel día, pero nada más.

—¿O sea que sí la viste?

—Sí, ya se lo he dicho al inspector.

—Por el amor de Dios, ¿por qué no le dijiste nada a nadie?

Coral se ciñó más la bata.

—No lo sé. Casi fue como un sueño; no estaba absolutamente segura de haber visto aquello, y estaba tan confusa...

—¿Por qué?

—¡Por todo! Por mi vida, y por lo que tú me habías pedido; por todo. Y eso me llenaba de inquietud.

—Entonces tendrías que habérselo contado a alguien.

—Sí, ya lo sé. Pero no lo hice. No sabía cómo decirlo ni a quién. Y se desvaneció, como un sueño...

—Pero no fue un sueño. Y ha vuelto.

—Sí, lo sé.

—Creo que deberías irte de aquí. Ahora, esta noche. Es lo único que se me ocurre.

—¿Y qué voy a hacer? ¿Adónde voy?

—A Londres, supongo. Dijiste que tenías una amiga allí.

—No, no es una amiga...

—Pero es alguien que conoces. Alguien con quien podrías quedarte hasta que...

—¿Hasta qué? ¿Hasta cuándo?

—No lo sé. A lo mejor encuentran al niño que tú viste, o quizá fue otro y acaban dando con él. Solo Dios sabe qué va a pasar, de modo que debes permanecer lejos hasta que pase. —Hizo una breve pausa y añadió—: Y creo que lo mejor sería que yo no supiera dónde estás.

Coral se levantó de la cama y se quitó la bata.

—Sí, supongo que para ti sería lo mejor.

—Para los dos, creo yo. Así podré ser totalmente sincero con Hoke.

—Sí.

—Te daré dinero, claro.

Coral no dijo nada.

—Puedes quedarte aquí si lo prefieres. Si no hiciste nada y crees que tu inocencia puede probarse, la decisión es tuya. Estaré encantado de que te quedes, si estás dispuesta a afrontar las consecuencias.

Coral lo miró.

—¿Supone un alivio para ti?

—¿El qué?

—¿Que me vaya de esta manera?

—¡Coral! No me malinterpretes. Solo trato de ayudarte, de protegerte. Acabo de decir que puedes quedarte. ¡Tengo el corazón destrozado, pensaba que íbamos a empezar una nueva vida juntos... y te quiero!

—Lo siento, es que no sé qué pensar.

—Estoy preocupado por ti, por eso creo que tienes que irte. Quiero protegerte.

—Y por eso debes desterrarme.

—No. ¿No podemos...? ¿Qué quieres? Dime, cariño, ¿qué quieres? ¿Quedarte aquí y enfrentarte mañana a Hoke?

—No.

—Pues entonces ¿qué quieres?

—¿Qué quiero? En realidad, no es esa la cuestión. Estoy de acuerdo contigo, lo mejor es que me marche ahora, esta noche. Todo esto ha sido un error.

—¿Eso piensas?

—Sí. ¿Tú no? ¿Especialmente ahora?

—No. Cuando todo este horrible asunto haya pasado te avisaré, y podrás volver. Si es que quieres hacerlo. Es posible que no quieras. Es posible que seas tú quien se sienta aliviada.

Coral no dijo nada.

—¿Te sientes aliviada?

—No —repuso ella, y añadió—: ¿Cómo voy a saberlo? ¿Cómo voy a saber nada en un momento como este?

Clement la observó unos instantes.

—Perdona, pensaba que eso sí lo sabrías.

El comandante telefoneó a los Lofting y les preguntó si Coral podía pasar la noche con ellos y si podrían llevarla a la estación de Leicester para coger el primer tren de la mañana a Londres. Dijeron que sí a ambas cosas. Pasarían de inmediato a recogerla con el coche.

El comandante la dejó sola para que se vistiera y recogiera sus cosas, como si

tuviera muchas, o alguna, en realidad. Como su maletita, que la había seguido al Black Swan y de vuelta, seguía por deshacer, estaba lista para un viaje más. Sí quería una cosa, sin embargo: el anillo de zafiro. Le habría gustado dejárselo, olvidarlo y con él todo el episodio que representaba, pero no podía permitírselo, pues era lo más valioso que poseía y siempre podía empeñarlo. Lo había ocultado en la pequeña habitación de la buhardilla a su llegada a Hart House, porque prefería no verlo ni tenerlo cerca. Subió por las escaleras hasta la segunda planta de la casa y entró en la habitación que había sido brevemente suya. Estaba exactamente como la había encontrado al llegar a Hart House, desnuda y poco acogedora, totalmente desprovista de calidez, color o encanto. Descolgó el espejo de su alcayata en la pared y lo dejó boca abajo sobre la cama. El anillo seguía allí, ensartado en el alambre que recorría el dorso del espejo. Desenroscó un extremo del alambre y sacó el anillo. ¿Cuánto valdría? Quizá no mucho, pero la piedra era auténtica y el oro también, de modo que debía de tener cierto valor.

Volvió a colgar el espejo en la pared y se sentó un momento en la cama, y el fino colchón hizo crujir el somier. Se puso el anillo en el dedo anular.

Cuando bajó por las escaleras con la maleta y el botiquín, el comandante la esperaba en el vestíbulo.

—Llegarán en cualquier momento. Pero ven, siéntate conmigo en el salón.

No quería sentarse con ella en la biblioteca porque era allí donde su relación, si podía llamarse así, había florecido, y pasar sus últimos momentos juntos en ella sería insoportable. Y así, pasaron al gran salón, frío y oscuro, donde Coral se instaló en el sofá y él en una de las sillas de finísimas patas. Clement encendió una lámpara, pero no puso en marcha la estufa eléctrica. Durante un momento no se dijeron nada, y por fin él habló.

—Ay, Coral, no sé qué decir.

—Ya, yo tampoco.

—Sigo creyendo que lo mejor es que te vayas, pero es horroroso. Qué mala suerte.

—Sí.

—Oye, van a llegar en cualquier momento, pero antes quería darte esto. —Le tendió un sobre.

—No, no lo necesito.

—Claro que sí. Por favor, cógelo. No puedo dejarte marchar sin esto. Por favor. Si no lo necesitas, siempre puedes devolvérmelo. Pero acéptalo, por favor.

Coral cogió el sobre con dinero.

—Cuando estés instalada, escríbeles a Dolly y Robin y diles cómo puedo contactar contigo, y así podré mandarte más. Pero no me escribas directamente; quién sabe qué va a hacer Hoke cuando descubra que te has fugado. Y así, cuando el camino esté por fin despejado, sabré dónde encontrarte. ¿Lo harás, Coral?

—Sí.

Oyeron crujir la gravilla en el sendero.

—Ah, ya están aquí —dijo Clement.

—Sí.

Coral se levantó. Recorrió la habitación con la mirada, como si hubiera algo suyo que debía llevarse, como si estuviera a punto de abandonar una casa donde había vivido de verdad. Pero no había nada, por supuesto. No había nada de nadie, pues la casa era una de esas cuyos habitantes no dejaban verdadera huella. Pero entonces recordó la escoria que había encontrado en el cajón de la mesita del dormitorio y comprendió que esas cosas se ocultaban bajo las prístinas e impersonales superficies de la casa.

El comandante se levantó a su vez. Su expresión era afligida, y también paseó una mirada desesperada por el salón, pero allí no había nada que pudiera ayudarlos o salvarlos.

—Ay, Coral. ¿Puedo abrazarte?

Ella no contestó, hacerlo habría sido demasiado horrible, pero dio unos pasos hasta los brazos abiertos de Clement y hundió la cara contra su pecho. Él seguía en pijama, y Coral sintió la calidez de su cuerpo y el latido de su corazón a través de la fina capa de seda. Alzó la cara instintivamente y se encontró con que la de Clement descendía hacia ella, y de pronto la boca y los labios de ambos se respondieron con frenesí. Entonces sonó el timbre y se oyó la voz de Dolly, y se separaron.

Tercera parte

Poco después de su llegada a Londres, Coral encontró a una mujer que puso fin a su embarazo.

Escribió a Clement a través de los Lofting, pero no recibió respuesta. Volvió a escribirle unas semanas más tarde, cuando se mudó a una nueva habitación en una casa grande en Grantley Terrace, y volvió con regularidad a su antiguo alojamiento para preguntar si había correo. Pero no lo había, y su segunda carta, en la que había incluido su nueva dirección, tampoco obtuvo respuesta. Escribió una carta más, la tercera y definitiva.

La contrataron en el Servicio Público de Salud como enfermera a domicilio. Le convenía, y le gustaba visitar a los pacientes en su casa, cambiarles los vendajes, ponerles inyecciones, bañarlos, cambiar las sábanas, hasta vaciarles las cuñas y todo, y marcharse al final de cada jornada; marcharse para volver sola a su pequeña habitación con la cama, el tocador, la silla y el hornillo a gas, y los árboles al otro lado de la ventana y el sonido del piano que llegaba del piso de abajo. Madame Paszkowska, su casera, era pianista y tocaba con frecuencia. Por lo visto, antes de la guerra había gozado de cierta fama en el continente.

Al principio la conmovió no tener noticias de Clement, pero luego lo comprendió perfectamente. Por supuesto que no tenía noticias suyas, nunca las tendría. Dolly le habría contado lo del bebé, sin duda, y eso, sumado a aquel horrible asunto de la niña del bosque, habría hecho que no quisiera saber nada más de ella. Quizá sí que había tenido la sincera intención de avisarla cuando la despachó, pero tras su marcha, cuando todo acabó, debió de comprender la gran equivocación que había cometido. Todo había sido un error. Y se había acabado.

Le costó más quitarse al inspector Hoke de la cabeza. Durante un tiempo creyó verlo allí donde iba, y cada noche, cuando regresaba a Grantley Terrace, estaba segura de que estaría esperándola. Pero comprendió poco a poco que no iba a aparecer, que si hubiese tenido intención de encontrarla lo habría hecho ya, pues ella no había tratado de esconderse, y llegó a la conclusión de que esa carga, esa sombra, se había desvanecido también, como el bebé.

«Ahora soy más feliz de lo que merezco —se decía—, aunque no se trate exactamente de felicidad». Pero sí era una suerte de libertad. Había habido tantos problemas; todo habían sido problemas, todo había supuesto un problema durante mucho tiempo, y verse liberada de esa penumbra siempre creciente le proporcionaba cierta alegría.

Solo había un inquilino más en la casa de Grantley Terrace con madame Paszkowska: una mujer mayor, la señorita Lingle. Vivía en unas habitaciones en el piso de abajo del de Coral con su mascota *Pansy*, un conejo que se pasaba el día entero en su regazo. Aunque dejaba la puerta abierta y sonreía a Coral cuando pasaba por delante cada mañana y cada tarde, nunca le dirigía la palabra, y Coral a ella tampoco. A veces *Pansy* se las apañaba para escapar de las garras de la señorita Lingle y subía por las escaleras, donde Coral lo encontraba esperando, pues por lo

visto no podía o no quería volver a bajar, por mucho que le insistiera ella. En esas ocasiones, Coral bajaba en brazos al conejo, que era sorprendentemente pesado, para llevárselo a la señorita Lingle, que no parecía preocupada por el abandono del animal y aceptaba su regreso como si Coral solo lo hubiese tomado prestado un rato.

Entre Coral y madame Paszkowska existía una distancia cordial parecida: aparte de saludarse con educación, solo hablaban de cuestiones concernientes a la casa y la estancia de Coral en ella. La hija de madame Paszkowska, Irene, vivía en otro sitio con su marido, un hombre callado y sombrío llamado David Chaiken que publicaba libros sobre pintura, pero muchas tardes y fines de semana utilizaba el salón de su madre para dar clases de piano. También se mostraba simpática pero distante cuando se cruzaba por casualidad con Coral, a quien la privacidad y la soledad que entrañaba ese trato le convenían, pues su trabajo de enfermera la llevaba todos los días a espacios muy reducidos y a menudo saturados de vida, y la hacía relacionarse con pacientes solitarios tan necesitados de compañía como de cuidados.

Había una habitación en el primer piso, junto a la de madame Paszkowska, que parecía deshabitada, porque la puerta estaba siempre cerrada. Una mañana, pocos días antes de Navidad —sería la primera que Coral pasaba en Londres, la Navidad siguiente a la que había pasado cuidando a los niños de los DeVries—, se detuvo en el rellano de camino a las escaleras porque vio la puerta abierta. Se acercó para asomarse. La habitación era pequeña y oscura; las paredes se habían pintado de un intenso dorado oliváceo y las altas cortinas también doradas estaban corridas para impedir el paso de la luz matutina. Había una cama, un armario y un escritorio con montones de papeles y libros. Madame Paszkowska estaba poniendo sábanas limpias en el colchón. Captó la presencia de Coral en el umbral y alzó la vista.

—Buenos días, señorita Glynn.

Coral le dio a su vez los buenos días.

—Va a venir Lazlo, mi hijo. ¿Sabía que tengo un hijo, además de una hija?

—Pues no.

—Viene hoy, para pasar conmigo la Navidad. Llegará esta noche. Viene de lejos, de Lowestoft. Dirige un hotel allí, pero tiene vacaciones.

—Qué bien, me alegro por usted.

—Esta noche celebraremos una pequeña fiesta, vendrán Irene y su David, y mi amiga la señora Sturtevant, del número doce. ¿Será tan amable de acompañarnos para dar la bienvenida a mi hijo y celebrar la llegada de las fiestas?

—Oh, gracias, es muy amable, pero preferirá estar con su familia y su amiga, no quisiera molestar.

—Usted no molesta. Molestará si no viene. La señorita Lingle también vendrá. Pondremos un poco de música y beberemos *schnapps*. Y voy a preparar *pierniczki* y *rogaliki*; son unas galletas deliciosas.

—Gracias —dijo Coral—. Bajaré encantada.

—Muy bien —contestó madame Paszkowska.

Aquella tarde, de camino a casa, Coral se detuvo en Shreve & Sons y compró una lata decorada de jengibre y peladura de naranja confitados. Se la envolvieron en papel plateado sujeto con cinta roja, y se dijo que había hecho bien, que era el regalo adecuado, y aquella tarde, cuando bajaba por las escaleras, se sintió muy adulta. Alguien tocaba el piano en el salón, una pieza que había interpretado su hermano. Chopin, se dijo. Se detuvo a escuchar en las escaleras y pensó en James. Aunque había querido a sus padres, no acudían a sus pensamientos con tanta frecuencia como James. Él lo hacía espontáneamente ante la más mínima provocación: el chico de la floristería; un muchacho en la calle; una bicicleta Raleigh verde oscuro apoyada contra un edificio; unas notas de música; unas alpargatas, como las que James se había traído de un viaje escolar a Francia y que llevó hasta que se cayeron a pedazos. Todas esas cosas le devolvían a James.

Coral esperó a que acabara la pieza y entró en el salón. La señora Sturtevant y la señorita Lingle estaban en el sofá; David se había instalado en una silla e Irene en un puf a su lado; madame Paszkowska estaba sentada al piano; y delante de la chimenea, de pie, había un joven muy alto con una espléndida mata de cabello rubio y un brazo larguísimo extendido sobre la repisa, sonriéndole. Era muy guapo, casi maravilloso, aunque su belleza se veía un poco menguada por el traje que llevaba, claramente confeccionado para un hombre más robusto y bajo, porque le colgaba en el pecho y las caderas, y le quedaba corto de mangas y perneras. Pese a tales imperfecciones, lo llevaba con confianza, como si supiera que un traje que le sentara bien lo volvería maravilloso.

Madame Paszkowska se levantó del piano y se acercó a Coral, que sostenía ante sí el regalo envuelto en el papel plateado con gesto ceremonioso, con ambas manos, como si hubiera recorrido un largo camino para ofrecérselo.

—¡Señorita Glynn! Qué detalle por su parte. —Cogió el regalo de manos de Coral y se lo tendió a Irene, quien también se había puesto en pie—. Este es mi hijo, Lazlo Paszkowski —añadió indicando al joven, que se había apartado de la chimenea y se acercaba a saludar a Coral.

Ella le dijo hola y le estrechó la mano, y luego saludó a los demás invitados, a quienes ya conocía.

—¡Qué vestido tan bonito! —comentó Irene.

—Sí —dijo la señorita Lingle—. Está muy guapa con él. —Sonrió a Coral; como había sido ella quien había abrochado los corchetes en la espalda del vestido, se sentía parcialmente responsable del espectacular efecto que causaba.

Coral se sonrojó. No se había puesto el vestido desde la boda, aunque a veces lo sacaba del armario para contemplarlo. Si se fijaba bien, se veía dónde había zurcido la costura la señora Henderson, las puntadas ligeramente irregulares que volvían a unir la tela desgarrada; pero había que saber dónde mirar.

Se sentó en el sofá entre las dos damas mayores. Lazlo le tendió un vasito de

aguardiente, llenó los vasos de los demás y brindó por su madre, su hermana y las demás bellas mujeres presentes. Coral dio sorbitos al aguardiente mientras Irene tocaba el piano, y entonces volvió a sentarse al instrumento madame Paszkowska para acompañar a la señorita Lingle, quien interpretó, con voz de soprano sorprendentemente firme y potente, varios villancicos y canciones populares y acabó con la barcarola de «Los cuentos de Hoffmann».

Resultó que a principios de siglo Rosamund Lingle había sido una cantante muy famosa y había actuado en el Covent Garden. Coral estaba al corriente de los éxitos de madame Paszkowska como pianista de música clásica, como ilustraban todos los programas y fotografías que colgaban en la pared de las escaleras, pero nunca habría sospechado que la señorita Lingle, a quien se veía tan simple ahí sentada todo el día acariciando a su conejo, hubiera sido también alguien de gran talento. Y descubrirlo la dejó avergonzada y abatida, porque todas las mañanas al pasar a toda prisa ante la puerta de la anciana se había sentido superior con su uniforme de enfermera, pensando que la señorita Lingle la imaginaría de camino a un mundo plagado de heroísmo. ¿Cómo era posible saber quién o qué era la gente en realidad? Eran todos como monedas, con dos caras, o como dados, con seis.

Cuando la señorita Lingle hubo completado su programa, madame Paszkowska le preguntó a Coral si quería cantar o tocar, como si aquella casa confiriera a sus habitantes el talento para hacer ambas cosas. Coral admitió que, con su falta de talento tanto para el canto como para la interpretación, no podría aportar nada a la velada.

—Tonterías, señorita Glynn —dijo Lazlo—. Usted aporta su belleza. Y su valor, ¿quién puede determinarlo?

Coral estaba a punto de contestar que la belleza no podía compararse con el talento, pero comprendió que diciendo eso daría a entender que se consideraba hermosa, por inferior que fuera la belleza con respecto al talento. Se ruborizó y repuso que ya le gustaría tener talento para algo.

Lazlo comentó que el rubor la volvía todavía más bella.

Coral comprendió que coqueteaba con ella; lo había visto observarla desde que entró en la habitación y se dijo que quizá no debiera haberse puesto el vestido de la boda, pues la razón de su belleza era sin duda el vestido, y en ese caso llevarlo podría parecer presuntuoso. Había que estar presentable, por supuesto, pero esforzarse por parecer hermosa entrañaba la creencia de que una podía alcanzar la belleza, y eso le producía cierto malestar, pues le daba la sensación de que ganarse la atención de los hombres solo podía conducir al desastre. Y así, tratando de apartar de sí la atención de Lazlo, dijo que su hermano tocaba el piano, y que, de hecho, solía interpretar a menudo la pieza que madame Paszkowska tocaba cuando ella se había unido a la celebración; era de Chopin, ¿verdad?

—Era de Liszt —repuso madame Paszkowska—, pero Liszt y Chopin suenan muy parecidos para el oído no experto.

—Y a veces también para el experto —añadió amablemente Irene.

—¿Vive su hermano en Londres? —preguntó madame Paszkowska—. Ojalá lo hubiese sabido, podría habernos acompañado esta noche.

Coral estaba a punto de decir que su hermano ya no vivía en ningún sitio cuando cayó en la cuenta de que no era necesario compartir semejante información. Quizá la culpa fuese de los dos vasitos de aguardiente que había tomado, pero lo de no tener familia siempre la hacía parecer un poco patética, como si el hecho de que su hermano hubiera fallecido dijera poco en su favor. Podía tener un hermano vivo, por qué no.

—No, no vive en Londres —dijo—. Vive en Harrington.

—¿Es mayor o menor que usted? —quiso saber la señorita Lingle.

—Tenemos la misma edad —decidió Coral—. Somos gemelos.

—No consigo imaginar qué debe de sentirse al tener un gemelo —intervino Lazlo—. Bastante tortura ha sido tener una hermana. Debo ser muy presumido, imagino. La mera idea de que pueda existir alguien tan parecido a mí me resulta angustiosa.

—Bueno, no podemos ser idénticos, siendo de distinto sexo. En realidad somos mellizos.

—Harrington... ¿no es ese su ciudad natal? —preguntó David.

—No, yo soy de Huddlesford.

—¿Y qué hace su hermano en Harrington? —quiso saber madame Paszkowska.

—Lleva una floristería. Tiene mucha mano con las flores. Es una especie de don, creo yo. Otro más que yo no tengo. —Rio, pero se detuvo bruscamente, le pareció que ya había ido demasiado lejos. Culpa del aguardiente.

Aquella noche Coral despertó de un profundo sueño. Tenía la sensación de que alguien acababa de abrir la puerta y de que había entrado en su habitación. ¿Lo habría soñado? Se quedó muy quieta en la cama y aguzó el oído tratando de captar algo en la oscuridad que la rodeaba. Oyó respirar a alguien y sintió una especial quietud junto a la cama, la energía contenida de un cuerpo que intentaba no moverse.

—¿Hola?

—Soy yo, Lazlo. —No se movió.

—¡Lazlo! —Coral tendió una mano y encendió la lámpara de la mesita de noche.

Ahí estaba, de pie en el centro de la habitación, en calcetines, sin más ropa que los pantalones y una camiseta interior sin mangas. Se acercó y se inclinó hacia ella, y Coral, que pensó que iba a tocarla, estuvo a punto de gritar, pero él solo pretendía llegar a la lámpara, que apagó. Su cercanía había liberado un aroma concreto, a hombre, a humo. Sus acres efluvios flotaron brevemente en la oscuridad.

—A la camita, señora lamparita —dijo Lazlo.

Estaba borracho. Coral había tomado varios vasitos de aguardiente y se sentía achispada cuando se fue a la cama, pero la impresión que se había llevado al verlo ahí

en su habitación la había despejado. Volvió a encender la luz.

—Largo de aquí. Vete o me pongo a gritar.

—No. ¡Ay, Coral! No te asustes. No puedo dormir, solo quería hablar contigo. Por favor. En la oscuridad.

—No, esto no está bien. No puedes entrar en la habitación de alguien en plena noche y...

—Me sentaré ahí —interrumpió él indicando la silla en un rincón—. Un ratito nada más, por favor. Deja que me siente en la oscuridad y hable contigo un momento. ¿No te gustaría?

—No. Vuelve a tu habitación o me pongo a gritar.

Él se sentó en la silla y se echó a llorar. Se llevó las manos a la cara.

Coral lo observó sin decir nada. ¿Lloraba de verdad o solo fingía?

—Apaga la luz, por favor. Me da vergüenza que me vean llorar. —Se apartó las manos de la cara y la miró—. No tengo intención de molestarte. Por favor.

Coral apagó la luz pero siguió sentada en la cama. Al poco tiempo, él pareció parar de llorar. Se hizo el silencio. De no haber sabido ella que estaba sentado en una silla en el rincón, no se habría percatado de su presencia.

Entonces Lazlo volvió a hablar.

—¿Te importaría que me fumara un pitillo?

—No.

—¿Quieres uno?

—No.

Oyó que rebuscaba en los bolsillos del pantalón y luego el chasquido de un encendedor, y lo vio inclinar la cabeza, con el pitillo ya entre los labios, hacia la llama. Cerró el encendedor, y al dar una calada, el resplandor del cigarrillo se avivó.

—Ya no tienes miedo, ¿no?

—Sí, claro que lo tengo. Estoy cansada. Me gustaría que te fueras.

—Si estás cansada es que no estás asustada. No se puede estar cansado y asustado al mismo tiempo.

—Yo sí.

—Entonces eres muy especial. Pero ya lo sabía, he sabido que eras especial desde el instante en que has aparecido ahí abajo. Tan guapa, tan especial.

—Estás diciendo tonterías. Estás borracho. Deberías irte a la cama.

—Los borrachos dicen la verdad, no tonterías. Todo el mundo lo sabe. La verdad.

Coral no dijo nada.

—¿Hay un hombre en tu vida?

—No.

—Pues no está bien que una chica tan guapa como tú esté sola. Mi madre dice que eres más solitaria que una monja.

«Aún más —se dijo ella—. Las monjas tienen a Jesús, para amarlo y seguir adelante. Yo no tengo a nadie».

—Creo que necesitas un hombre. Tengo esa sensación, y no me dejaba dormir.

Coral no dijo nada. Volvía a sentir la modorra del alcohol, que emergía lentamente desde donde el susto que ella se había llevado al verlo la había hecho arrebujarse.

—Ahora que estoy aquí, sería una pena que te quedaras sola. No sería natural.

Coral seguía sin decir nada porque quería que él continuara hablando. En la penumbra ahora se distinguía el pálido resplandor de los brazos desnudos de Lazlo y de su rostro, que aparecía cada vez que se llevaba el cigarrillo a los labios.

—Dios, qué frío hace aquí dentro. No hay calefacción, y yo aquí sentado medio desnudo, muriéndome congelado.

—Pues vete a la cama. Si tienes frío, vete a la cama. Así entrarás en calor.

—No, mi cama está como un cubito de hielo. Ni te imaginas lo fría que está. —Se levantó y Coral lo vio apagar el cigarrillo en la cornisa de la ventana. Descorrió la cortina y la tenue luz del exterior le dio en la cara—. Está nevando. ¿Sabías que nevaba?

—No.

De pronto Lazlo estaba junto a la cama, mirándola. Se habría quedado dormida un momento, porque no recordaba haberlo visto moverse de la ventana a la cama. Alzó la vista hacia él.

—Qué preciosa eres. Y está nevando. No querrás que muera congelado, ¿verdad? Uno podría congelarse con un tiempo como este.

Coral sacudió la cabeza y oyó el ruido de su roce contra la almohada. Levantó una mano para ocultar la cara de Lazlo y la apartó de nuevo para volver a verla. Él se llevó ambas manos a los hombros, se cogió los tirantes y los dejó caer sobre los costados. Como uno cayó más deprisa, produjeron dos chasquidos separados contra las perneras del pantalón. Y entonces se quitó la camiseta por la cabeza.

—Mírame, muerto de frío y tú ahí tan calentita. No es justo.

Se desabrochó la bragueta y se quitó con cuidado los pantalones, y luego se bajó los calzoncillos por las largas piernas, revelando un pene que parecía estar reinventándose lentamente.

—Ah, míralo. Qué valiente es. A pesar del frío, es la única parte de mí que está caliente.

Coral no dijo nada.

El pene de Lazlo se hizo más grande y se separó de su cuerpo, como un niño que tendiera el diminuto brazo.

—Tócalo.

Eso hizo Coral, asiendo apenas el tubo de carne, que estaba caliente y se estremeció en su mano. Lo soltó.

—No tienes frío.

—Sí que tengo, toca aquí. —Le cogió una mano a Coral, se la puso en la curva del muslo y la sostuvo allí.

—Está caliente. Tienes calor.

—No. Mira.

Lazlo se inclinó y le puso la mano contra la mejilla. La tenía helada. Coral apartó la mano de la pierna y cubrió con ella la mano de él sobre su mejilla hasta que la notó caliente. Él apartó lentamente la mano para recorrerle el cuello con los dedos y Coral giró la cabeza cuando la deslizó bajo el camisón para cubrirle un pecho. Lazlo se quedó así, con la mano contra su piel, y ella sintió que el pecho se henchía bajo la leve caricia, como si fuera en su busca, y lo oyó murmurar algo que quizá fuera «sí, sí» y cerró los ojos y se movió hacia la pared para dejarle sitio en la cama.

Lazlo acudió a su habitación todas las noches de la semana que pasó en Londres; llegaba en algún momento después de que todos se hubieran ido a la cama y se marchaba antes del amanecer. Si se encontraba con ella durante el día o en las veladas, la trataba con la misma cordialidad que su madre, como si la noche fuera otro país que hubiera cortado toda relación diplomática con el día.

Al volver a Grantley Terrace la tarde del último día del año y subir por las escaleras hacia su habitación, Coral advirtió que la puerta del pequeño dormitorio de Lazlo estaba abierta. En la cama había un colchón desnudo, y toda la ropa que durante la semana había estado desparramada por todas partes había desaparecido. La ventana estaba abierta de par en par para ventilar y eliminar la peste a tabaco. Lazlo se había ido; había vuelto a Lowestoft sin decir una palabra.

Un día, cuando Coral ya llevaba más de un año en Londres y volvía del trabajo, madame Paszkowska salió a su encuentro en el vestíbulo y le dijo que al día siguiente pintarían su habitación, y que les sería de ayuda que quitara todo de las paredes y de la repisa de la ventana.

Solo había un cuadro en la habitación, que ya estaba allí a su llegada, dejado por algún inquilino anterior, como parecía ser el caso del resto de objetos, pues no había una estética unitaria en la decoración: todo eran desechos. Sus ocupantes habían dejado apresuradamente aquel cuarto en incontables ocasiones, recogiendo las cosas que llevarían consigo y dejando atrás las demás, y lo que decoraba ahora la habitación de Coral era el detritus de todas esas vidas. Y a ella no le importaba, porque había algo cálido y acogedor en aquella variopinta colección de objetos; compensaban la escasez de su propia existencia, pues sus posesiones no bastaban siquiera para llenar una habitación.

Cuando bajó el cuadro, de dos petirrojos en el borde de un nido sobre la horquilla de una rama que observaban los cinco prometedores huevos azules en su interior, le sorprendió encontrar el anillo de zafiro de la señora DeVries colgando del alambre. Lo había ocultado allí a su llegada a Grantley Terrace, a buen recaudo hasta el momento en que necesitara empeñarlo, lo que no debería haber tardado en pasar. Pero las cosas se habían solucionado mejor y más deprisa de lo esperado y el dinero del

comandante Hart le había durado hasta que encontró su nuevo empleo.

La mujer de la casa de empeños de Bethnal Green Road tenía dolor de muelas y llevaba un vendaje en torno a la cabeza y la mandíbula. Dejó una almohadilla de terciopelo bastante sucia sobre el mostrador de madera y le indicó a Coral que pusiera el anillo encima. Luego encendió una lámpara, se llevó una lupa de joyero al ojo y examinó el anillo.

—Es de oro —dijo Coral—, lo sé. Y la piedra es auténtica, es un zafiro.

—Sí, pero imperfecto.

—¿Imperfecto?

—Tiene oclusiones. Y el oro está muy gastado. La veta no era muy buena.

Coral no dijo nada.

La mujer volvió a dejar el anillo en la almohadilla y se quitó la lupa del ojo. Apagó la lámpara y propuso un precio que a Coral le pareció muy bajo.

—Creo que vale más. Seguro.

—Puede que sí, puede que no. En cualquier caso, esto es lo que puedo darle por él. Es un precio justo.

—No es suficiente, quiero más.

—Todos queremos más, pero pocos lo conseguimos.

Coral cogió el anillo.

—Entonces me lo quedo. Era de mi abuela.

—Sí, quédeselo, pero vuelva cuando le haga falta venderlo.

La recuperación del anillo despertó en Coral una extraña compulsión, y el sábado siguiente cogió un tren de Waterloo a Guildford, adonde llegó a media mañana. Hacía un día de primavera excepcionalmente cálido. Se quitó la chaqueta que llevaba sobre el vestido sin mangas y disfrutó del sol en los brazos y la cara. Era un vestido nuevo, el mejor que tenía, azul marino con topos blancos, y se había comprado unos zapatos azul marino a juego. El bolso era negro, pero a lo mejor con el vestido y los zapatos se vería azul marino.

Anduvo hasta el centro y almorzó en una cafetería. Descubrió que estaba muy hambrienta, pues no había comido nada esa mañana antes de salir de Londres. Tomó una taza de té y un huevo con tostadas y se dedicó a ver pasar a la gente por la calle mayor bajo el cálido sol, todos contentos porque era sábado, hacía un día radiante y estaban de compras.

Cuando acabó salió a la calle. Por el ventanal de la cafetería observó su mesa, que no habían recogido todavía, y los restos de su almuerzo seguían allí como pruebas flagrantes: probaban que formaba parte del mundo, que existía y era libre.

Entró en una tienda de menaje y compró un paño de cocina de lino irlandés y una huevera de porcelana. No adquirió esas cosas porque las necesitara o las quisiera, sino porque podía comprarlas. Preguntó si podía dejarlas en la tienda para que se las

guardaran y pasar a buscarlas más tarde. Estuvieron encantados de hacerlo, cómo no.

Al salir de la tienda recorrió la calle con paso decidido hasta el final de la zona comercial y dobló por Winchester Road. Se acordaba perfectamente del camino aunque la última vez que estuvo allí hubiera sido invierno y todo se le antojara ahora tan distinto: los árboles estaban espesos y verdes; los jardines, llenos de flores; las ventanas de las casas, abiertas, y el sol calentaba la calle. Al final de Winchester Road dobló a la izquierda por Winslow Road. Menos mal que se acordaba del número, el 41, porque todas las casas de la calle le parecieron iguales. Se detuvo un momento delante del número 41. La casa estaba cubierta de hiedra, no la recordaba así, y tampoco se acordaba de que la puerta estuviera pintada de azul. Todas las ventanas estaban cerradas, y se veía demasiado quieta y silenciosa, incluso para tratarse de una casa. No parecía que hubiera nadie. Se quedó allí esperando, sin saber para qué. Un hombre y un niño salieron de la casa que tenía detrás y se detuvieron a su lado. El hombre llevaba al niño de la mano; el niño llevaba gafas y un parche en un ojo.

—Buenas tardes —saludó el hombre.

—Buenas tardes —dijo ella, y lo repitió dirigiéndose al niño, pero no obtuvo respuesta. Quizá fuese sordo, parecía extrañamente ausente.

—¿Necesita ayuda? —quiso saber el hombre.

Coral comprendió que llevaba ahí de pie un buen rato y despertaba sospechas.

—Ay, no, no, gracias. Una cosa... ¿podría decirme si es en esa casa donde viven los DeVries? —señaló la casa de enfrente.

—No, qué va, ya no. Se han mudado a la vuelta de la esquina, a Lambkin Crescent. Al número tres, me parece.

—Ah, pues gracias. Muchas gracias.

—Solo tiene que subir un poco a mano izquierda. Es la casa de ladrillo pintada de blanco.

—Gracias —repitió Coral.

—Vamos, Dickie —dijo el hombre, y el niño y él continuaron calle abajo.

Coral echó a andar en dirección contraria y dobló la esquina que daba a Lambkin Crescent. El número 3 era, en efecto, una casa de ladrillo pintada de blanco. Antes de pensárselo dos veces y cambiar de opinión, recorrió el camino de cemento que llevaba hasta la puerta y llamó al timbre.

No pasó nada.

Volvió a llamar, y de nuevo no obtuvo respuesta. Reinaba el silencio, y en ese silencio captó una música, música orquestal, que llegaba flotando desde el jardín de atrás. Escuchó unos instantes para estar segura de haber oído bien y mientras lo hacía apareció un perro rodeando la casa y se sentó bruscamente a rascarse. Luego la miró.

—Hola.

El perro ladeó la cabeza y siguió mirándola con neutralidad poco canina. Se acordó de los conejos de dientes amarillos y aspecto desesperado en la conejera al

fondo del jardín y supuso que los DeVries se habían pasado a los perros. También habían tenido un gato, y gatitos.

Al cabo de poco tiempo el perro se incorporó y desapareció tras la esquina de la casa. Era obvio que su presencia en la puerta principal no acababa de interesarle. Coral lo siguió. En el costado de la casa había un patio pavimentado con una verja cuyas dos puertas daban paso tanto al jardín delantero como al trasero; ambas estaban abiertas. Se quedó en el patio y vio que el perro cruzaba el césped y se acercaba a un hombre sentado en una tumbona de lona de espaldas a ella; leía un libro que sostenía en el regazo. La música procedía de un viejo gramófono de cuerda plantado en una silla de madera a su lado. Se acordó de que era un apasionado de la música. Era editor musical, fuera lo que fuese eso. El perro soltó un gañido y el hombre de la tumbona preguntó sin levantar la vista del libro:

—¿Qué pasa, *Toby*?

Ella se acordó de pronto de que se llamaba Walter, aunque nunca se había dirigido a él por su nombre de pila, por supuesto. Los niños lo llamaban papá, y la señora DeVries, Terry. Llevaba una camiseta sin mangas y unos *shorts*. Tenía las lechosas piernas cruzadas y balanceaba un pie grande y descalzo bajo el sol. En la hierba, a su lado, había un vaso, probablemente de whisky, del que daba un sorbo de vez en cuando. En un par de ocasiones tendió una mano para acariciar al perro, que parecía tolerar apenas sus atenciones.

Coral se dijo que igual bastaba con haber llegado hasta allí, con haberlo visto. Como no sabía exactamente por qué había venido o qué esperaba, le costaba saber qué hacer o cuándo marcharse.

De pronto se le ocurrió que si tuviera una pistola podría matarlo. Podía pegarle un tiro y volver andando tranquilamente a la estación, regresar a Londres y nadie sabría nunca qué había sido de ella. Cuando estaba pensando eso, el perro volvió a gemir y el señor DeVries levantó la mirada de su libro y la vio. Se protegió los ojos del sol con la mano.

—Hola. ¿Busca a Rosalind?

Coral no contestó.

—Hola —repitió él, y se levantó de la tumbona.

Dejó el libro abierto sobre la hierba y anduvo hacia ella. Sonreía. Tenía las piernas muy blancas y peludas. Llevaba una especie de pañuelo anudado al cuello. Su aspecto era bastante ridículo.

—Hola —volvió a decir acercándose a la puerta del patio.

—Hola.

—¿Buscaba a Rosalind? Me temo que no está. —Se acercó más, pero siguió sin reconocerla. Sonreía—. Está de vacaciones con los niños.

—No he venido a ver a Rosalind.

—Ah. ¿Recauda dinero para algo? Me temo que no llevo nada encima en este momento.

—No, no recaudo dinero.

—Ah —repitió. Parecía perplejo—. ¿Qué quería, entonces? ¿Puedo ayudarla en algo?

—A lo mejor sí.

—Oiga, ¿quién es usted?

—¿De verdad no me reconoce?

—No. ¿Quién es? ¿La conozco de algo?

—Antes me conocía.

Se acercó más a ella, pero aún los separaban un seto y la verja. La cara de él había cambiado de pronto: toda la cordialidad se había esfumado para verse reemplazada por tensión.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. ¿Qué quieres?

—De modo que se acuerda de mí.

—Estás cambiada.

—Supongo que sí. Me han pasado muchas cosas.

Él no dijo nada. Al cabo de un instante, al ver que ella no hablaba, preguntó:

—¿Qué quieres?

—Nada, nada que venga de usted. He venido a darle una cosa, algo que no quiero.

—¿Qué? —quiso saber él.

—Esto. —Se quitó el anillo del dedo y se lo tendió.

—¿Qué es?

—El anillo. Es de su esposa. Yo no lo quiero.

—Bueno, pues yo tampoco. Ni ella. Quédatelo.

—Ya se lo he dicho, no lo quiero. Cójalo.

—¿Has venido hasta aquí para devolverme el anillo?

—Sí.

—Un poco raro, ¿no?

—A mí no me lo parece.

Él dio unos pasos hacia Coral, se detuvo junto al seto y tendió una mano por encima de la verja para coger el anillo. Los dedos de ambos no trabaron contacto, él tuvo buen cuidado de tocar solo el anillo. Lo sostuvo en la palma y lo contempló unos instantes. Luego alzó la vista hacia Coral.

—Lo siento. Siento muchísimo lo que pasó. Lo que te hice.

Coral no dijo nada.

—Lo que te hice fue horroroso. Lo siento. Rosalind estaba en plena depresión por culpa de los niños y... No, eso no es excusa. Lo siento.

—Hubo un niño, pero ya no existe. Aborté.

Él se estremeció y levantó una mano para taparse los ojos, y el anillo cayó en la hierba a sus pies.

—¿Qué puedo hacer por ti? ¿Necesitas dinero?

—No. No puede hacer nada por mí. —Lo miró unos instantes más y entonces,

para su propia sorpresa, añadió—: Adiós.

Dio media vuelta, rodeó de nuevo la casa y enfiló el sendero para salir a la calle. Anduvo deprisa hasta la esquina y dobló hacia Winslow Road. El niño de las gafas y el parche seguía de pie en la acera de enfrente del número 41, como si la estuviera esperando. Tenía un monito de peluche atado a una correa al que, a saber cómo, hacía saltar y tocar unos diminutos platillos; para dejarlo contento, Coral fingió asustarse, soltó un chillido y retrocedió de un salto, y el niño se echó a reír. Ella siguió recorriendo la calle mayor y pasó ante la cafetería donde había comido y la tienda donde había hecho sus compras, donde el paño de cocina y la huevera esperaban tras el mostrador a que los recogiera, pero cayó en la cuenta de que ya no los quería; quizá no los había querido en ningún momento. Costaba saber, en realidad, qué quería una y qué no.

Cuarta parte

Los Lofting tenían dormitorios separados y cada uno era un reino en sí mismo. El tocador de Dolly se ha descrito ya, pero el de Robin no. Era una habitación amplia y sobria, situada en el otro extremo del pasillo con respecto a la de Dolly. Tenía ventanas en tres paredes, y eso la convertía en la estancia más luminosa de la casa y también en la más fría. Las paredes desnudas se habían enlucido con estuco en tono crema, y los pocos muebles que había estaban muy separados unos de otros, como invitados poco sociables en un cóctel. Solo eran visibles unos cuantos objetos personales: un osito de peluche sobre la cómoda y la maqueta de un avión que colgaba del techo de un hilo de nailon; un segundo hilo se había roto, lo que hacía que el avión se viera en perpetua caída en picado hacia el suelo de linóleo. Cualquiera que viera la habitación supondría que pertenecía a un niño; quizá a un niño muerto, en cuya memoria había permanecido intacta.

Dolly entraba de vez en cuando en la habitación de Robin cuando él no estaba y la registraba con cautela sin saber muy bien qué andaba buscando. No tenía ningún reparo moral ante dichas inspecciones, pues se decía que si, como tantos matrimonios, compartieran habitación, ella tendría acceso a cuanto esta contuviera, y estaba autorizada, por tanto, a examinar el contenido de la cámara privada de su marido.

Y aunque registraba a menudo el espartano dormitorio, nunca encontraba nada secreto o emocionante. Y aquello la entristecía, porque le habría gustado que Robin tuviera alguna clase de vida secreta, pues llenar plenamente la vida de la pareja es demasiado peso.

Y un buen día de finales de primavera, encontró las cartas escondidas entre *Stalky & Cía.* y *La luz que se apaga*, dos ejemplares de la colección de obras de Kipling que Robin tenía en la pequeña estantería. Los sobres eran sencillos y estaban dirigidos simplemente a C. Hart c/d Lofting, Villa Eustacia, Harrington, Leicestershire. Las tres cartas estaban sin abrir. Dolly las abrió de inmediato y las leyó.

Querido Clement:

He encontrado un sitio para alojarme aquí en Londres, un hotel que alquila habitaciones por semanas. Puedes escribirme a la siguiente dirección: Pavilion Hotel, 24 de Chiswick Street, Londres. Espero que estés bien y confío en tener pronto noticias tuyas. Siento todos los problemas que te he causado por haber sido una tonta con todo ese asunto de la niña del bosque. Has sido muy bueno conmigo y echo de menos tus atenciones. Por favor, escíbeme en cuanto puedas.

Con todo mi cariño,

Coral

Querido Clement:

Me he mudado del Pavilion Hotel a una habitación en una casa de Grantley

Terrace que regenta una mujer polaca. Es encantadora y la habitación está muy bien, y ahora tengo un empleo en el Servicio Público de Salud. O sea que todo me va bien. He vuelto varias veces al Pavilion pero no había ninguna carta tuya. Supongo que significa que tus sentimientos por mí han cambiado y ya no te interesa tener relación conmigo. Pero quizá no recibieras mi primera carta. Si es ese el caso, la dirección a la que puedes escribirme ahora es: Coral Glynn c/d madame Wiola Paszkowska, 16 de Grantley Terrace, Londres, o puedes escribir al Pavilion Hotel porque seguiré comprobando si ha llegado correo, me conocen y me lo guardarán (si me has mandado algo). Confío en que estés bien y no haya ocurrido ninguna desgracia. Por favor, escíbeme, te echo de menos y pienso mucho en ti.

Coral

Querido Clement:

Han pasado más de dos meses y no he tenido noticias tuyas, de modo que no volveré a escribirte. Ahora entiendo por qué me hiciste marchar y estoy de acuerdo en que es mejor así, siento no haberlo entendido entonces y haberte molestado con mis cartas. Todo fue una equivocación y lamento mucho lo que hice, fuera lo que fuese, pero sé que es mucho mejor así. Si en el futuro tus sentimientos cambian, escíbeme por favor c/d madame Wiola Paszkowska, 16 de Grantley Terrace, Londres. (Ya no paso por el Pavilion Hotel). Pero no volveré a escribirte, nunca más.

Coral Glynn

Aquella noche, en la cena, Dolly estuvo muy callada. Robin se fijó en que levantaba a menudo la vista del plato para mirarlo desde el otro lado de la mesa, pero sin decir nada.

—¿Qué pasa? —preguntó por fin—. Se te ve preocupada.

—Y quizá lo esté. Estaba pensando en Coral y en lo raro que es que nunca le haya escrito a Clement.

—¿Raro?

—Sí. ¿Te acuerdas de que nos dijo que le escribiría y que lo haría a través de nosotros?

—Sí, claro.

—Y no ha escrito ni una sola carta.

—No. A menos que se la haya mandado directamente a Clement.

—Pero él mismo nos dijo la semana pasada que no había tenido noticias de Coral. Y cada vez que me ve me pregunta si ha llegado alguna carta.

—A lo mejor ella le mandó una carta en la que rompía con él, y Clement solo guarda las apariencias.

—No. Clement no haría una cosa así, nos lo contaría. O a ti, al menos. Qué raro.

—Con los demás nunca se sabe qué es raro y qué no. Que las cosas te parezcan raras no significa que lo sean. Para todo suele haber buenas razones.

Se detuvo, y como Dolly no dijo nada, prosiguió:

—Me imagino que, una vez en Londres, Coral decidió cortar por lo sano con Clement. Su matrimonio tenía muy poco sentido, tú misma lo dijiste.

—Sí, me parecía raro. Muchas cosas me lo parecen, aunque tengas razón en lo que acabas de decir sobre las cosas raras.

Robin no dijo nada.

—Raro y triste. Todo esto me parece muy triste.

—Creo que más vale olvidarse del tema, por el bien de Clement.

—Siempre estás pensando en Clement. Qué buen amigo eres. El mejor.

Robin agachó la cabeza y se tapó la cara con ambas manos.

Dolly se quedó callada, observándolo.

Al cabo de un momento, él bajó las manos y la miró. Le brillaban los ojos y tenía húmedas las mejillas.

—Has encontrado las cartas.

—Sí.

—Entonces ¿por qué haces esto? No es propio de ti, es cruel. ¿Por qué juegas conmigo?

—Eres tú quien ha estado jugando. Creo que para ti todo es un juego: el amor que sientes por Clement y por mí. Si es que por mí sientes alguno. ¿Es así como lo ves? ¿Es eso lo que sientes? ¿Todo es un juego?

—No, claro que no.

—Pues no se me ocurre otra explicación.

—Me siento avergonzado.

—Menos mal, es lo mínimo.

Dolly se levantó y abandonó la habitación dejándolo solo a la mesa. Robin se quedó allí sentado mucho tiempo, porque no sabía qué hacer ni adónde ir.

Cuando por fin subió a su habitación, vio que Dolly había dejado las cartas sobre la cómoda. Comprendió que dárselas ahora a Clement supondría el fin de su amistad. «Amistad». Qué palabra tan dura, tan poco satisfactoria. Tenía muy poco valor, la amistad. No te daba calor por las noches. Ni siquiera podías tocarla. La amistad te daba una migaja de algo que necesitabas en grandes dosis, te mataba de hambre poco a poco, te debilitaba, te doblegaba.

Se llevó las cartas al cuarto de baño y las quemó en el lavabo, donde dejaron un montoncito de restos carbonizados que Robin enjuagó y vertió por el desagüe. Luego frotó el lavabo para que no quedase sombra alguna en la porcelana y se lavó las manos; se desvistió, se puso el pijama y se metió en la cama, donde permaneció despierto mucho rato, sin llorar o sentir gran cosa, solo una sensación de vacío, la sensación de que algo en su interior, una luz o un sonido, se extinguía y lo dejaba

solo en la oscuridad.

Cuando se abrió la puerta de Hart House, Dolly tardó unos instantes en reconocer a la señora Prence. Para empezar, iba vestida para salir, con un audaz abrigo a cuadros rojos y dorados que rozaban lo alarmante y un sombrero de fieltro verde con plumas doradas en el ala. Y se la veía rebosante de vida, un atributo que jamás había asociado con la señora Prence, lo que le causó a Dolly una gran sorpresa. Instintivamente, se llevó una mano enguantada al corazón y soltó un gemidito.

—¡Señora Prence!

—Buenas tardes, señora Lofting —saludó la criada haciéndose a un lado para dejarla pasar.

—¿Iba a salir? —preguntó Dolly. Se sabía que la señora Prence vivía de espaldas al mundo y rara vez emergía de la penumbra de Hart House.

—Voy al pueblo a almorzar con un amigo —respondió la señora Prence como si fuera algo que pasara todos los días—. Supongo que ha venido para ver al comandante, ¿no?

—Pues sí, ¿está en casa?

—Claro que sí, no sale nunca. Se pasa el día en la biblioteca, siempre, mirando las paredes.

—Bueno, no quiero entretenerla, no hace falta que me acompañe.

—Tengo que salir corriendo a coger el autobús, que no quiero llegar tarde a mi cita.

—Claro, claro. Disfrute del almuerzo. Tiene usted muy buen aspecto, en el primer momento no la he reconocido.

—No creo que la gente cambie hasta ese punto —fue la enigmática respuesta de la señora Prence, quien acto seguido cruzó a toda prisa la puerta principal y bajó los peldaños del porche.

Dolly se quitó el abrigo, los guantes y la bufanda, y los dejó en una silla en el vestíbulo. La casa estaba muy silenciosa y el aire estaba viciado, como si lo hubiesen respirado demasiadas veces. La puerta de la biblioteca estaba cerrada, y llamó con los nudillos.

Oyó a Clement exclamar «adelante» y abrió la puerta. Estaba sentado en una butaca, en un rincón junto a la ventana. Llevaba un batín corto sobre una camisa de cuello abierto; Dolly vio ceniza en la pechera y también en el asiento de terciopelo de la butaca. No levantó la vista cuando ella abrió la puerta, sino que siguió mirando por la ventana, que daba a unos cobertizos destartalados y, más allá, a la vega del río. En una mesita ante la butaca había un cenicero de mármol lleno de colillas, una de las cuales seguía ardiendo, abandonada.

—Clement.

Él levantó entonces la vista y se puso en pie. Dolly repitió su nombre porque le

pareció ausente, como si necesitara que le recordaran quién era, y se preguntó qué habría pasado o estaría pasando en Hart House para que las identidades de sus dos ocupantes se hubieran soltado de unos asideros hasta entonces perfectamente firmes.

—¡Dolly! —exclamó él como si le dieran puntos por acordarse de su nombre.

Ella cruzó la habitación y le dio un beso. Su tonificante y antiséptico aroma habitual se había visto reemplazado por una desagradable peste, y Dolly se preguntó cuánto tiempo haría que no se daba un baño.

—Siéntate, siéntate. Qué sorpresa tan agradable. Solo estaba aquí sentado... — Paseó la vista por la habitación en un claro intento de encontrar en su contenido algo que sugiriera algún tipo de actividad reciente, pero como a excepción de las colillas no había indicios de vida, concluyó—: Estaba aquí sentado esperándote.

—Venía a hacerte una visita. Pasaba por aquí y se me ha ocurrido que nunca te veo a solas, que siempre tengo que compartirme con Robin, y me he dicho: entraré y así tendré a Clement para mí sola un ratito.

Clement no debía de saber qué pensar de semejante confesión, pues dijo:

—La señora Prence acaba de salir. Últimamente sale mucho, creo que planea fugarse.

—¿Fugarse? ¿Adónde?

—No lo sé. Es muy reservada. Creo que se ha unido a una pandilla de brujas, o de gitanas. O puede que a algún circo.

—¿En calidad de qué?

—De orangután. O de domadora de leones; solo necesita una silla y un látigo.

Dolly apagó el cigarrillo humeante.

—Clement, querido, tienes que apagar las colillas o la casa va a salir ardiendo.

—Eso es precisamente lo que pretendía. Y acabas de echarlo por tierra.

—¿Bajo a preparar un poco de té?

—Preferiría una copa, la verdad.

—Me parece que será mejor un té. Siéntate y no hagas nada peligroso. Vuelvo enseguida con la tetera.

Cuando Dolly regresó con el té, Clement volvía a estar en la butaca contemplando la escena al otro lado de la ventana. Ella retiró el cenicero de la mesita para apoyar la bandeja y sirvió el té.

—Toma —dijo tendiéndole una taza—, dame ese pitillo y bébete esto.

Clement le pasó el cigarrillo, que Dolly siguió fumando. Élapuró el té con avidez y tendió la taza para que le sirviera más. Eso hizo ella, y esta vez se sirvió uno.

—Tengo una pinta horrorosa, ¿no?

—Pues sí. En cuanto me vaya tienes que subir a darte un baño y afeitarte, peinarte con fijador y rociarte agua de colonia por todas partes.

—De haber sabido que venías, habría hecho todo eso.

—Es una grosería por mi parte plantarme aquí de esta manera, ya lo sé, pero tenía que verte. Quiero contarte algo.

—No me digas, ¿has tenido noticias de Coral?

—No. Bueno, sí.

—¿Una carta? ¿La has traído?

—No.

—¿Por qué no? Ya sabes que me muero por saber algo de ella.

—Sí, lo sé. Ya lo sé. Y pensaba que Robin también...

—Sí, claro que él también.

—Pues sí, claro. Y eso lo vuelve todo aún más extraño.

—¿El qué?

—Por lo visto Coral te escribió, como dijo que haría, nada más instalarse en Londres la pasada primavera. Y volvió a hacerlo un par de veces más. Encontré las cartas escondidas en la habitación de Robin. Me quedé horrorizada, claro. No lo comprendo. O quizá sí. Y puede que tú también, ¿no?

—¿Robin?

—Sí. Robin te ocultó las cartas. Las encontré por casualidad. No sé qué decir.

—¿Pero dónde están?

—¿Las cartas? Ya no existen, las quemó.

—¿Las leíste?

—Sí, no pude resistirme.

—¡Pues cuéntame! ¿Qué escribió?

—Lo que había prometido escribir: que había llegado a Londres sana y salva, y la dirección del sitio donde se alojaba. Y luego, en una segunda carta, una nueva dirección, de otro sitio. Y que había conseguido un empleo en el Servicio Público de Salud, como enfermera, supongo. Y entonces, en una tercera y última carta; escribió que sentía lo que había hecho y comprendía por qué no querías verla más, y que no volvería a escribirte nunca. Solo recuerdo eso. Las leí una sola vez, y luego Robin las quemó.

—¿Por qué? ¿Por qué no las pusiste a salvo para mí?

—No lo sé. Lo siento. Se las dejé a Robin para que pudiera arreglar las cosas contigo. Estaba segura de que lo haría. Fue él quien te las ocultó, de modo que era él quien debía dártelas. Pero me equivoqué.

—¿Seguro que las quemó?

—Eso me dijo, y yo lo creo.

—¿Pero por qué? No lo entiendo. ¿Por qué no iba a dármelas? ¿Por qué?

—Ay, Clement, tú sabes por qué. Por supuesto que lo sabes.

Como Clement no dijo nada, fue Dolly quien lo dijo por él.

—Robin te quiere.

—Pero no debería haber hecho eso.

—No, claro que no, y él también lo sabe. Estaba avergonzado, y le resultó más sencillo cometer otro acto vergonzoso que rectificar. Es un hombre débil. Ya sabes hasta qué punto es débil, es como un niño. Y ahora está muy abatido. Dice que se va.

—¿Que se va? ¿Adónde?

—No lo sé. ¿Adónde emigra uno hoy en día? El imperio se reduce más y más. A Canadá o Australia, supongo.

—¿De verdad va a marcharse?

—Eso dice. Y es posible que sea lo mejor, la verdad.

—¿Y tú? ¿Te irás con él?

—No. Yo no soy de las que emigran. Me quedaré aquí, o quizá me vaya a Londres. Nos separaremos.

—Oh, Dolly...

—No. Me parece que también será lo mejor.

—Pero siempre habéis dado la impresión de llevaros estupendamente.

—En cierto sentido y hasta cierto punto, sí. Pero ese no es motivo suficiente para seguir juntos. El matrimonio es un asunto complicado.

—Dímelo a mí.

—Sí, el tuyo no ha empezado con muy buen pie, desde luego.

—¿Pero Coral me escribió? ¿Estás segura?

—Sí, claro que estoy segura.

—¿Y cuándo mandó esas cartas?

—Ya te lo he dicho, la primavera pasada, poco después de su marcha.

—¿Y no ha escrito más?

—Que yo sepa, o que me haya contado Robin, no. Creo que me lo habría comentado.

—La primavera pasada parece tan lejana...

—Hace apenas un año.

—Podría haberme escrito aquí, y no lo hizo.

—Tú le dijiste que nos mandara las cartas a nosotros.

—Sí, pero si no respondía podría haberme escrito directamente, como último recurso.

—Puede que lo haga.

—Entonces esperaré.

—¿Cómo dices?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Seguro que algo más que limitarte a esperar.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que Robin no haya quemado las cartas?

—Tal vez, pero yo creo que sí las quemó. Hay algo muy definitivo, muy rotundo, en su decisión de marcharse. Da a entender que ha quemado las naves. O las cartas, en este caso.

—Pobre Robin.

—Más bien pobre Clement. Solo tú podías tenerle lástima a Robin en estas circunstancias.

—Pues sí, me da lástima. Tengo la sensación de que, en cierto modo, todo esto es

un poco culpa mía. O totalmente. No debería haberme metido en todo esto. Ahora le he destrozado la vida a Robin, y a Coral también. Y a ti.

—No considero que mi vida esté destrozada, así que puedes borrar mi nombre de la lista.

—Pero Dolly... ¿no vas a echarlo de menos?

—Claro que sí. Pero como nunca lo he tenido del todo, siempre lo he echado de menos. Quizá es mejor perder algo del todo que aferrarse a pedacitos aquí y allá.

—Supongo que eso mismo ha llegado a pensar Coral de mí. Por eso ha renunciado.

—Eso no puedes saberlo.

—Ella sabe dónde estoy yo y yo no sé dónde está ella. Podría venir a verme o contactar conmigo en cualquier momento.

—Es posible que aún tenga miedo.

—¿Miedo? ¿De qué?

—Del inspector Hoke. De la niña del bosque.

—Pero todo eso acabó. Encontraron al niño hace meses. El caso está cerrado.

—Sí, ¿pero se habrá enterado Coral? Podría pensar que sí que sigue siendo sospechosa.

—Seguro que lo sabrá ya. Salió en todos los periódicos, incluso en los de Londres.

Dolly se puso en pie.

—Me sorprendes, Clement. Eres tan débil como Robin. Vaya par de cobardes estáis hechos.

—No sé qué quieres decir.

—Pues claro que no, y eso es lo más triste.

Dolly cogió el cenicero lleno de colillas y pasó por detrás de la butaca. Abrió la ventana, vació el cenicero en el arriate de diamantes que había debajo, y como el cenicero seguía asqueroso, lo arrojó al jardín. Retrocedió y se sacudió las manos.

—Deja la ventana abierta —dijo—. El aire está muy viciado aquí dentro.

Clement se levantó. Parecía aturdido por la visita de Dolly, por sus últimas palabras y por lo que acababa de hacer. No dijo nada.

—Ya que estoy aquí contándote todo esto, hay una cosa más que debería decirte.

—¿Sobre Robin?

—No, sobre Coral.

Clement guardó silencio. Se estremeció y hundió las manos en los bolsillos del batín. El aire que entraba por la ventana era muy frío.

—Coral estaba embarazada cuando se fue de aquí, ¿lo sabías?

—No. ¿Te lo contó ella?

—Sí. La mañana de vuestra boda. Quería decírtelo, pero le advertí que no lo hiciera. Mi consejo fue que esperara.

—¿Embarazada? —repitió Clement.

—Sí. Iba a tener un hijo.

—¿De quién?

—El tipo de su empleo anterior se había aprovechado de ella, por lo visto. El embarazo fue la consecuencia de esa desgracia.

—Ah, sí, habló de ese... desagradable incidente.

—¿Pero no su consecuencia?

—No. ¿Por qué no...? ¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Es tu mujer, y no pareces muy dispuesto a ir en su busca. Me ha parecido que saberlo podría hacer que pasaras a la acción.

—¿De veras? Pues yo habría dicho que tendría más bien el efecto contrario.

—¿Qué quieres decir?

—Hacerme saber que mi esposa está embarazada de otro hombre difícilmente es un incentivo para que vaya en su busca, ¿no? De hecho, ahora entiendo demasiado bien por qué quería casarse conmigo. Pensaba que habría tenido algo que ver con el amor, o lo esperaba, pero no era así, claro. Qué estúpido he sido.

—Ay, Clement. No tienes remedio, de verdad. No entiendes nada.

Dolly se inclinó para sacudirle la ceniza del batín. Le dio un beso en la mejilla. Había hecho cuanto estaba en su mano.

—Adiós —dijo, y lo dejó allí de pie, en la corriente que entraba por la ventana abierta.

Clement no tenía ni idea de si Robin asistiría a la cita semanal en el Black Swan. «Si sabe que Dolly me ha puesto al tanto de su traición, no vendrá —se dijo—. ¿Cómo va a venir?». ¿Se lo habría contado Dolly? Se había marchado con tantas prisas y de tan mal humor que no resultaba fácil saber qué sentía o qué intenciones tenía.

Vio entrar a Robin en el local y mirar hacia la mesa en el rincón de la chimenea que siempre compartían, y supo de inmediato que Dolly había completado su misión y que Robin sabía que él estaba al corriente de todo. Por su aspecto, parecía que acabarían de darle un puñetazo y esperase que el castigo se repitiera.

Se quedó de pie junto a la mesa y Clement no tuvo valor para alzar la vista hacia la cara dolida de su amigo.

—Esta noche toca whisky, ¿no? ¿Listo para otro?

—Supongo —contestó Clement.

—Ahora vuelvo. —Robin fue hasta la barra y volvió con un whisky y una jarra de cerveza.

—¿Tú no tomas whisky?

—No. —Se sentó frente a Clement—. Sé que Dolly te ha hecho una visita y que te ha hablado de mi traición. En cierto sentido, me alegro de que lo haya hecho, porque yo no habría sido capaz de contártelo, y no porque no haya querido. Pero he

sido demasiado débil, tan débil que lo único que he podido hacer ha sido equivocarme.

—Aquí la debilidad no pinta nada.

—Claro que sí, no lo sabes bien. Soy débil hasta la médula. Lo único valiente que he hecho en toda mi vida ha sido venir a verte esta noche.

Clement no dijo nada.

Robin dio un sorbo a su cerveza. Al cabo de un momento, añadió:

—Es curioso, pero pensé que estaba siendo valiente. No me refiero a esta noche, esto no supone ninguna valentía por mi parte, ya lo sé. Me refiero a lo que hice, lo de ocultarte las cartas. Me permití creer que ocultarte las cartas de Coral era valiente, y hasta leal, porque te estaba protegiendo de algo. Del mundo cruel y confuso y todo eso. Pero no comprendí hasta qué punto me equivocaba, lo estúpido que era. Tú no me amas y no quieres mi amor. Siento haber tardado tanto en darme cuenta; ya sé que soy un imbécil porque me lo has dejado bien claro una y otra vez, y aunque en cierto sentido sabía que era así, no acababa de creerlo. No podía creerlo. Es muy difícil no creer en el amor. Pero ahora sí puedo hacerlo. Ahora lo veo todo con absoluta claridad y siento haber insistido en algo que acabó hace mucho, o que quizá nunca existió; tal vez fueron siempre imaginaciones mías. No lo sé, nunca lo sabré, pero siento haberte fastidiado de tantísimas maneras. Pero lo hacía solo porque...

—Calla —interrumpió Clement—. Por favor, déjalo ya.

—Sí, lo dejo. Es lo que siempre has querido, ¿no? Que lo dejara. Bueno, pues ya está, ya lo he dejado.

Durante un ratito ninguno de los dos habló. Entonces Clement dijo:

—¿Por qué siempre lo conviertes todo en un melodrama? No era necesario.

—¿Qué no era necesario?

—Todo esto. El drama que has montado.

—Qué raro que uses esa palabra, «necesario». Me pregunto si sabes qué significa. No creo que hayas necesitado nunca nada, ni a nadie, ¿o sí?

—Claro que sí.

—¿Qué? ¿A quién?

—Necesito lo que todo hombre necesita.

—¿Incluye eso el amor? ¿Incluye la satisfacción sexual?

—Estaba pensando en cosas mucho más prácticas. He aprendido a prescindir de muchas.

—¿Cómo? ¿Me enseñarás? ¿Harías eso por mí, al menos?

—Tú tienes a Dolly.

—Sabes que a Dolly no la tengo. No en el sentido del que estamos hablando, del amor o la satisfacción sexual.

—Ojalá pararas de hablar de esas cosas.

—¿Por qué? ¿Te asustan?

—Claro que no. Sencillamente, no es el momento ni el sitio adecuado.

—¿Y cuándo y dónde se debe hablar de ellas?

—¿Por eso destruiste las cartas de Coral?

—¿Qué quieres decir?

—Como no amas a Dolly y ella no te satisface... ¿por eso no querías que yo tuviera a Coral? ¿Pensabas que quizá podría amarla y sentirme satisfecho con ella?

—No, qué va; porque sé que no.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque acabas de decírmelo: si tú mismo no necesitas ni quieres esas cosas, ¿cómo vas a dárselas a otra persona?

—Quizá pudieran enseñarme. Quizá pudiera aprender. Pero ahora ya no voy a poder. Tú te has ocupado de que no pueda.

—Creo que eres incapaz por naturaleza de amar a Coral.

—Supones que soy igual que tú, al menos en ese aspecto.

—Sé que lo eres.

—¿Y cómo puedes saber una cosa así?

—Porque te amo... te amaba. Y tú me amabas a mí. ¿Vas a negarlo?

—No. Nunca voy a negarlo. Fue una parte de mi juventud, la mejor parte de mi juventud. Pero se acabó. El hombre... el muchacho a quien amabas, y que te amaba, ya no existe.

—Tú existes. Yo existo. Y aquí estamos los dos en el Black Swan, existiendo.

—Pero hemos cambiado. Yo he cambiado.

—No has cambiado, solo finges haberlo hecho. Porque eres débil. Al fin y al cabo, el débil eres tú. Es posible que haya obrado mal, sé que lo he hecho, pero ahora comprendo que no hice lo que hice por cobardía. Tal vez fue una locura, sí, y un acto egoísta, pero aquí el único que ha sido cobarde y cruel eres tú. Y prefiero haber obrado mal por amor que haberme quedado sin hacer nada por cobardía. Qué solo, amargado y desdichado vas a sentirte toda la vida, Clement, y no pienses ni por un instante que Coral te habría librado de un solo ápice de soledad, amargura o desdicha, porque no lo habría hecho. Las habría acrecentado diez veces, mil. He ahí un infierno del que te he librado, y me alegro de haberlo hecho. Considéralo la última y definitiva muestra del amor que siento por ti.

Robin se levantó y abandonó el local dejando a Clement solo en el rincón junto a la chimenea que nunca volverían a compartir.

Que Dolly hubiese encontrado al comandante Hart en tan insólito estado de *déshabillé* obedecía a ciertos problemas de salud. La piel había empezado a agrietarse y supurar, provocándole un dolor y un malestar considerables. Los baños frecuentes parecían acelerar la desintegración de la piel, y solo estaba cómodo con prendas sueltas y de tejidos suaves. Como sabía que él tenía la culpa de aquel empeoramiento por haberse negado a someterse a los injertos de piel que le

sugirieron al acabar la guerra, descartó la idea de ver a un médico para intentar curarse con pomadas y bálsamos. Y trató de olvidar las inquietantes noticias que le había traído Dolly, pero el esfuerzo por olvidar solo consiguió aumentar la tensión que, a su vez, hizo que su estado empeorara y se volviese más doloroso. Cuando ya no pudo soportarlo más, fue a ver al médico, quien le echó una buena reprimenda y le reiteró que debería haberse hecho los injertos cuando había tenido la oportunidad; ahora no estaba seguro de qué tratamiento sería el adecuado. Lo mandó a Londres a ver a un especialista en quemaduras estadounidense. El doctor Brown había inventado un nuevo instrumento, el dermatomo eléctrico, que cosechaba piel para trasplantes, por utilizar la terminología médica.

Pero, según le dijo el doctor Brown, era demasiado tarde: su piel muerta rechazaría cualquier trasplante. Sin embargo, un colega suyo estaba experimentando con una gasa farmacéutica de seda que había tenido éxito en la estabilización de pieles con quemaduras críticas; la gasa era tan fina, por lo visto, que se adhería a la piel muerta y la protegía de infecciones, y detenía el proceso de desintegración. El especialista tenía consulta en Harley Street, y el doctor Brown podía concertar una cita con él para el día siguiente. Si prefería tratarse a través del Servicio de Salud Pública, había una clínica dermatológica en el Hospital de St. Mary que tal vez pudiera ofrecer alguna clase de tratamiento paliativo.

Clement salió de la consulta del doctor Brown con una cita para ver al doctor Tompkins la tarde siguiente, y emergió a las ardientes calles londinenses. Era un día de julio seco y caluroso, y en el ambiente soleado flotaba una fina capa de polvo. Clement se sentía frustrado; no había contado con sentirse de otro modo, aunque quizá sí llegó a confiar en algún absurdo milagro. Londres siempre lo hacía sentirse abatido porque se hacía imposible llegar a conocer la ciudad, y siempre había muchas cosas que podían salir, o hacerse, mal. Decidió quedarse en el Durrants aquella noche, porque era donde siempre se había alojado su madre cuando iba a Londres, y ver al doctor Tompkins al día siguiente, aunque, ¿de qué iba a servir? ¿Acaso no sabía uno cuándo ya había llegado al límite?

Entró en Regent's Park porque, pese a que la hierba estaba en su mayor parte quemada, le dio la sensación de que haría un poco más de fresco que en las ajetreadas calles. Le hacía falta sentarse a la sombra un rato; sentarse nada más, cerrar los ojos y alejarse del mundo.

Vio a Coral en cuanto entró en el parque, sentada en un banco a la sombra de una enorme catalpa a unos pasos de la entrada, con uniforme de enfermera. Siempre que veía a una enfermera pensaba en Coral, aunque para él ya no lo fuera, pues, en un esfuerzo por alejarla de su mundo, la había exiliado geográfica y profesionalmente, imaginándola de institutriz en Francia o de secretaria en Filadelfia; por eso se llevó una sorpresa tremenda al verla sentada allí. Al comandante Hart no se le había ocurrido que pudiera tropezarse con ella en Londres, pues no era proclive a conjeturas o especulaciones; para él la vida había ocurrido ya, ahora solo se limitaba

a soportarla. El único futuro que era capaz de imaginar consistía en una continuación o una disminución del presente. Dio media vuelta y salió del parque.

Cuando Coral volvió aquella tarde al Hospital de St. Mary, la hermana le dijo que unas horas antes había pasado por allí un hombre que la buscaba. Un caballero. No había dejado su nombre, y como la hermana que le dio el mensaje a Coral no era la misma que había hablado con él, no pudo describírselo. Pero el caballero había dicho que volvería a la mañana siguiente para ver a Coral antes de que empezara su ronda.

Se trataba, por supuesto, del inspector Hoke; no podía ser nadie más. Hacía más de un año que Coral se había marchado de Harrington, y aunque a veces aún soñaba que Hoke reaparecía en su vida y la perseguía por las habitaciones de una casa o por las calles de alguna ciudad extraña, el miedo consciente se había mitigado, pues sabía que, de haber querido encontrarla, lo habría hecho tiempo atrás. Tenían que haber aparecido nuevas pruebas, se dijo, ¿pero cuáles?

La reaparición de Hoke despertó en ella un temor irracional y absurdo, y la hizo olvidar que no había sido responsable de la muerte de la niña en el bosque de Sap Green.

Aquella noche no durmió y la pasó sentada en su habitación, con la sensación de que el mundo cerraba sus puertas en torno a ella, que los edificios de Londres se desplomaban como cajas, que los árboles del parque retraían sus ramas y volvían a hundirse en la tierra de la que habían brotado, que todo echaba el cierre y la abandonaba.

Por la mañana se lavó, se vistió y salió de la casa como si se dirigiera al hospital, pero se sentó en un banco de la plaza a observar la puerta del número 16 de Grantley Terrace. Sabía que, cuando no apareciera en el hospital, la hermana Castle le daría su dirección al inspector Hoke, de manera que no tardaría mucho en llegar. No quería que la arrestaran ni la interrogaran ni sufrir cualquier otra consecuencia de la reaparición de Hoke en casa de madame Paszkowska, pues allí siempre la habían respetado y tratado bien. Contemplar siquiera la posibilidad de que la señorita Lingle abandonara a *Pansy* y su butaca para salir al pasillo y ponerse a escuchar ante la barandilla se le hacía insoportable.

Pasó buena parte de la mañana allí sentada, pero nadie se acercó al número 16. Sobre las once vio a madame Paszkowska cerrar las ventanas del salón y correr las cortinas, porque empezaba a hacer calor y así la casa se mantenía más fresca. Un momento después, madame Paszkowska reapareció ante las ventanas del dormitorio del primer piso y repitió el ritual, y de nuevo en la segunda y tercera plantas, hasta que todas las ventanas quedaron cerradas y amortajadas, como si la casa, al igual que todo lo demás, la abandonara y la excluyera.

Se quedó dormida en el banco y despertó con sobresalto al cabo de un momentito. En la acera, ante el número 16, había un hombre. Coral consultó el reloj, que llevaba sujeto a su combinación y boca abajo, para que le revelara la hora solo a ella. Lo guardaba como un tesoro, porque se lo habían regalado sus padres cuando empezó la escuela de enfermería. Se llevó una gran sorpresa al comprobar que ya era mediodía; había dormido más que un momentito.

Casi instintivamente, se levantó y fue hasta la verja de hierro que rodeaba la plaza, atravesando una zona de césped que no se podía pisar y abriéndose paso entre los rododendros. ¿Estaré soñando?, se preguntó. El calor caía a plomo y todo resplandecía, con el sol arrancando furibundos reflejos a los capós de los coches aparcados en la calle. A través de todo aquel fulgor enloquecido observó al hombre subir los peldaños asiéndose a la barandilla e izando con esfuerzo un pie tras otro, y fue por aquel extraño paso que reconoció a Clement.

Quiso llamarlo, pero algo la detuvo. La incredulidad, tal vez, pero aquello la dejó incapacitada, como si la sensación que había experimentado la noche anterior de que todo se cerraba en torno a ella hubiese llegado por fin a su propio interior y la estuviese dejando hueca, como si el brillante sol del mediodía hurgara en sus entrañas para despojarla de todo. No podía moverse ni hablar, y en ese trance como el de un sueño vio a Clement llamar al timbre, enderezar la espalda y recobrar la compostura, estirarse los puños de la camisa y sacudir los hombros para mejorar la caída de la chaqueta de lino, y esperar y esperar hasta que madame Paszkowska abrió la puerta. Algo impidió a Coral oír qué se decían, y no fue la distancia, pues estaba justo enfrente y en Grantley Terrace reinaba el silencio a mediodía. Lo que oyó fue un gran clamor, un sonido que nacía a lo lejos y se volvía más y más intenso hasta rodearla por todas partes, tan fuerte y envolvente como el sol, cayendo a plomo sobre ella y sin embargo, al mismo tiempo, elevándola.

El techo del salón de madame Paszkowska era alto y había contado en otros tiempos con elaboradas molduras, pero la mayor parte del artesonado se había venido abajo durante los bombardeos alemanes. Coral contemplaba lo que quedaba de él, tratando de verle sentido, pero había demasiados huecos, faltaban demasiadas piezas, y se hacía imposible imaginar el diseño original.

—Tome —dijo madame Paszkowska tendiéndole un vaso de agua—. Bébasela, querida.

Coral siguió mirando al techo, porque tenía la sensación de que si no apartaba la vista sería capaz de ver a través de él en algún momento, de que se abriría para revelar el cielo u otro mundo. Pero como madame Paszkowska se inclinaba sobre ella para prodigarle sus atenciones, Coral volvió a arrellanarse contra los cojines del sofá y el desconcertante techo desapareció.

—Beba un poco, está fresquita —insistió madame Paszkowska llevándole el vaso

a los labios.

Coral dio un sorbito y madame Paszkowska le enjugó la frente con una compresa fría.

Y entonces todo volvió de repente, todo lo que se había esfumado, y cogió el vaso de manos de madame Paszkowska y bebió con avidez de él.

—Me parece que ya está mejor —declaró la casera.

Coral comprendió que había alguien más en la habitación, y cuando paseó la mirada vio a Clement sentado en una silla en las sombras de un rincón, con pinta de haberse desmayado también. La habitación no era muy grande, pero él parecía muy lejos, como en otro país, en algún lugar distante y neblinoso.

—Clement.

—Coral. —Se levantó de la silla. Sujetaba el sombrero ante sí con ambas manos y le daba vueltas y vueltas como si pretendiera hipnotizarla.

—Para —pidió ella.

Clement pareció desconcertado.

—El sombrero. Para de girarlo.

—Ah.

Miró el sombrero como si le sorprendiera tenerlo en las manos y lo dejó en la silla en que se había sentado. Luego le enseñó a Coral las manos, con las palmas hacia arriba, para demostrar que estaban vacías.

—Voy a prepararles un poco de té —anunció madame Paszkowska—. Les sentará bien. —Dio media vuelta, salió de la habitación y cerró las puertas detrás de sí.

Se hizo un silencio casi absoluto, solo se oía el tictac del reloj de porcelana sobre la repisa de la chimenea, donde también había dos impasibles pastoras de porcelana de Dresde.

Al cabo de unos instantes, Clement habló.

—Coral. Ha pasado mucho tiempo.

—Sí. Un año.

—Más —corrigió él—. Cuando te fuiste estábamos en abril.

—Era el principio de la primavera, de eso sí me acuerdo.

—¿Puedo sentarme a tu lado?

Coral miró el asiento del sofá, en el que había desparramados pequeños cojines de seda. Incluso bajo la luz mortecina, como de submarino, el suelo de madera brillaba como la superficie de un estanque, de encerado y ferozmente pulido. Un único rayo de sol que entraba a través de un resquicio entre las cortinas se reflejaba en el gran espejo dorado sobre la repisa, en cuyo interior las dos pastoras contemplaban otra realidad, como si le dieran la espalda a este mundo. Coral se acercó dos cojines abriendo un espacio en el sofá destinado, por lo visto, a Clement. No era capaz de invitarlo a sentarse más cerca.

Él tomó asiento y los dos miraron al frente, hacia las cortinas que pendían en sombríos pliegues ante los grandes ventanales, y entonces Clement se levantó y las

cerró del todo para desterrar el haz de luz que había entrado en la habitación. Volvió a sentarse, esta vez ligeramente vuelto hacia Coral, y cruzó las piernas. Por fin se volvió un poco más y la miró.

—Dime, ¿sigues siendo enfermera?

Teniendo en cuenta que iba vestida de enfermera, quedaba bastante claro a qué se dedicaba, a menos que se le hubiese despertado un interés por el teatro, pero Coral dejó pasar aquella muestra de estupidez por parte de Clement y contestó:

—Sí, lo sigo siendo.

—Claro, por supuesto. Tienes que perdonarme, estoy un poco confuso. ¿Estás bien? Te has desmayado...

—Ya me encuentro mejor. Solo ha sido el calor.

—¿Prefieres que me vaya?

—No. Madame Paszkowska va a traernos té —añadió Coral, como si fuera esa la razón por la que debía quedarse.

—Es muy amable.

—Sí. He tenido suerte con este sitio, mucha suerte.

—¿Cómo estás, Coral? ¿Cómo te va la vida?

—Pues estoy muy bien. Todo me va estupendamente.

—¿Aún trabajas de enfermera particular?

—No. Ahora visito a domicilio y dependo del Servicio de Salud.

—¿Sigues atendiendo a la gente en sus casas?

—Sí. Casi siempre a diabéticos, pero solo brevemente. —Hizo una pausa y luego añadió—: Lo prefiero.

—Siento haberte dado un susto presentándome de esta manera. Debería haberte escrito primero, pero no he sabido tu dirección hasta esta mañana.

—No, no... Tú no me has dado ningún susto. Pensaba que eras Hoke.

—¿Hoke?

—El inspector Hoke. Pensaba que había venido a arrestarme, o a hacerme preguntas.

—¿A arrestarte? ¿Por qué?

—Por la niña a la que ahorcaron en el bosque.

—No me digas que eso te ha tenido preocupada. Quedó resuelto hace siglos, poco después de tu marcha. Descubrieron que había sido un niño, exactamente como tú dijiste. Fue un accidente... estaban jugando en el bosque. Confiaba en que te hubieras enterado por los periódicos.

Coral no dijo nada.

—¿Te enteraste?

—No. No me enteré.

—Lo siento muchísimo. Supongo que me equivoqué al sugerirte que te fueras...

—No.

—Estaba asustado, temía por ti.

—Sí, yo también estaba asustada. Hice bien en marcharme de allí. Y tú hiciste bien en no contestar a mis cartas. Pasó lo que debía pasar, me parece.

—¡No, qué va! Todo ha salido mal. ¡Ay, Coral! Robin escondió las cartas que me enviaste. No he sabido de ellas hasta hace poco. Las encontró Dolly. Pensaba que no me habías escrito.

—Bueno, fuera como fuese, creo que a los dos nos pareció bien dejarlo estar. En realidad no importa cómo pasara. Además, todo eso quedó atrás. Ha pasado lo que debía pasar.

—Qué fatalista eres, Coral. Ojalá pudiera sentir lo mismo que tú.

—¿No lo sientes?

—No. La verdad es que no sé qué siento, pero lo que sí sé es que no tengo la impresión de que las cosas hayan ido como debían. De hecho, me da la sensación de que muy pocas cosas han sido como debían, al menos en mi vida. Sin embargo, no culpo a los dioses. La culpa es toda mía.

—No es culpa de nadie. O de Robin, tal vez, pero no podemos culparlo.

—Yo sí puedo culparlo. Y lo hago.

—¿Cómo está Robin? ¿Cómo está Dolly?

—Van a separarse... a divorciarse, quizá; no estoy seguro. Robin se marcha a Australia.

—¿A Australia?

—Sí. Quiere empezar una nueva vida allí, y creo que Dolly va a mudarse aquí, a Londres. Supongo que ella también empezará una nueva vida.

—Cuántas nuevas vidas.

—Es absurdo. Los dos son absurdos.

—Qué va, al contrario. Los dos son muy valientes. ¿Y la señora Prence? ¿Cómo está?

—Ah, puede decirse que ha ocurrido un milagro. No vas a creerlo.

—¿Qué?

—La señora Prence ha empezado también una nueva vida. Se ha casado, supongo que en segundas nupcias.

—¿Con quién?

—Con tu viejo amigo, el inspector Hoke. Vino varias veces a la casa después de que te fueras, cuando la investigación estaba en marcha. Y de un modo u otro surgió el idilio, o la amistad, entre ellos. Ya sé que suena ridículo, pero es la verdad.

—No me parece ridículo. Creo que es perfectamente razonable.

—¿De verdad? Pues yo lo encontré desconcertante.

—Sí, pero el amor es desconcertante. Y por eso es perfectamente razonable.

Clement no dijo nada.

—¡Pobre Clement! ¿Quién cuida ahora de ti? ¿Hay una nueva señora Prence?

—No. Señora Prence solo hay una, gracias a Dios. Ahora estoy solo en Hart House. Todos los días viene una muchacha a limpiar un poco y cocinarme algo

incomible. Le pago el doble que a la señora Prence y hace la mitad, si llega.

—Pues me alegra saber que la señora Prence es feliz. Al menos alguien lo es.

Clement se volvió hacia ella.

—¿Y tú?

—¿Si soy feliz? Sí, a veces. Casi siempre, supongo. No tengo motivos para no serlo.

Clement guardó silencio un momento, y luego dijo:

—Dolly me contó algo más.

—¿Qué te contó?

—Me dijo... dijo que tú le habías contado... que ibas a tener un niño.

—Sí, se lo conté.

—¿Y era cierto?

—Sí, era cierto. Iba a contártelo aquella noche, la noche de nuestra boda, pero ocurrieron otras cosas. Y, en cualquier caso, supe que era demasiado tarde para contártelo. Siento haberte engañado.

—No, no. Lo comprendo. Sé que lo tenías todo cuesta arriba.

Coral no contestó. Se miró las manos. Aún llevaba los guantes blancos, pero estaban sucios, sin duda de cuando se había desmayado en la plaza. Se los quitó y los arrojó sobre la mesita junto al sofá. Cayeron uno sobre el otro, dos manitas retorcidas que trataban de asirse.

—Y dime... ¿cómo está el niño?

—¿El niño?

—Sí. Tu hijo.

—Ah. No, no. Ya no está.

Clement no supo muy bien qué significaba aquello.

—Lo siento mucho.

Coral guardó silencio un momento y luego cogió los guantes, los sacudió para librarlos de aquel gesto congelado y los enrolló hasta formar una bola bien prieta, que entonces dejó en el suelo, como si su exhibición pública fuera vergonzosamente íntima e indecorosa.

—¿Cómo me has encontrado? —quiso saber—. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Llegué a Londres ayer para consultar a un médico sobre mi... mi piel. Últimamente he tenido algunos problemas. Habló del Servicio de Salud Pública y me acordé de que Dolly había dicho que allí era donde trabajabas; era una de las pocas cosas que recordaba de tus cartas. Resulta que las leyó antes de que Robin las destruyera. Una suerte, o quizá no. En cualquier caso, se me ocurrió ir al hospital e intentar averiguar algo sobre ti, ver si daba contigo. Fue fácil, porque la hermana me dijo que trabajabas para el St. James y estarías allí por la mañana.

De modo que esta mañana he vuelto al hospital, y la hermana se ha preocupado al ver que no aparecías. Según ella no es propio de ti faltar al trabajo. Ha llamado aquí y

tu casera le ha dicho que habías salido esta mañana como de costumbre, y eso la ha dejado aún más preocupada. Le he pedido tu dirección para ver si te encontraba aquí. Al principio no quería dármela, pues según ella va contra las normas, pero entonces me he acordado de algo que lo ha cambiado todo. ¿Sabes de qué me he acordado?

—No.

Clement esperó un momento, pero como ella no dijo más, continuó:

—Me he acordado de que estábamos casados. De que eras mi mujer. Por tanto, tenía perfecto derecho a que me dijeran dónde vivías. Por suerte llevaba encima el certificado de matrimonio, y se lo he enseñado a la hermana.

Hurgó en el bolsillo de la chaqueta y sacó el documento, que desdobló con cautela. Lo dejó sobre la mesita donde un ratito antes reposaran los guantes de Coral. Por como lo había doblado o por haberlo llevado ceñido a su cálido pecho, las esquinas se levantaron al tocar la mesa. Recordó a un cuenco de papel reposando con delicadeza sobre el punto en que convergían los cuatro pliegues. Clement tendió una manaza para alisar el papel contra la superficie de mármol de la mesa, pero en cuanto la apartó, las esquinas se levantaron una vez más, aunque con menos terquedad.

—La hermana ha visto entonces que ninguna norma le impedía darme tu dirección, y eso ha hecho: el dieciséis de Grantley Terrace, y ha añadido muy amablemente que le parecía que quedaba cerca de Gloucester Road.

Coral no dijo nada; parecía aturdida por las palabras de Clement, o quizá fueran los efectos de su reciente desmayo. Contempló con cara inexpresiva el documento sobre la mesita, y por fin dijo:

—Pero... ¿por qué querías verme?

—No lo sé. Es todo muy confuso, todo lo que ha pasado, y no sabía qué pensar.

—¿Pensaste que no te había escrito?

—Sí, claro que lo pensé. ¿Qué otra cosa iba a creer? Cada vez que veía a Dolly y Robin les preguntaba si había llegado una carta tuya, y siempre decían que no. Yo les creía, claro. Especialmente a Robin. Era mi amigo.

—Yo no les caía bien. Pensaba que lo sabías.

—Pues claro que les caías bien. Los dos me lo dijeron muy claramente.

—Ya, ¿pero no entiendes ahora que te mintieron, como hicieron con las cartas?

—Solo me mintió Robin. Dolly no sabía nada de las cartas. En cuanto las encontré, me lo dijo.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo sé qué?

—¿Cómo sabes que te habló de ellas en cuanto las encontró? Estoy segura de que siempre lo supo. Después de todo, las envié a su casa.

—¿Por qué no me escribiste directamente al no tener respuesta?

—Porque tú me dijiste que escribiera a Dolly y Robin. Hice lo que querías, lo que me dijiste que hiciera. Y cuando no me contestaste, supuse que nunca habías tenido intención de hacerlo. Y entonces me di cuenta de que nuestro matrimonio era una

equivocación, de que había sido una especie de acto desesperado por parte de los dos y más valía olvidarlo.

—Ay, Coral. ¿Lo sientes todavía?

—Sí, claro que sí. Y a medida que pasa el tiempo lo veo cada vez más claro. —Tendió la mano y tocó el papel sobre la mesita ante ellos—. Supongo que deberíamos hacer algo con respecto a esto.

—¿Qué? —quiso saber Clement.

—Deberíamos divorciarnos. Ya no tiene sentido que sigamos casados.

—Vaya. Sí, supongo. ¿Hay... hay algún otro con quien deseas casarte?

—No, no. No quería decir eso. No quiero volver a casarme. Estaba pensando en ti.

—Bueno, pues no me casaré nunca más. Hacerlo una vez ya me ha superado.

—Te casaste con la persona equivocada, nada más. Piensa en la señora Prence. Solo tienes que conocer a tu inspector Hoke. —Coral soltó una risa.

—Perdona, pero no lo encuentro divertido, Coral, para nada. No me casé con la persona equivocada. ¿Tú sí?

—Ay, Clement, lo siento. No pretendía convertir esto en algo gracioso, de verdad que no. Lo que pasa es que no sé qué pensar... ¿cómo voy a saberlo? No puedes aparecer así de pronto y contarme estas cosas, y esperar que sepa qué pensar o decirte. Todo es un lío tremendo.

—Sí. Tienes razón, claro. —Clement cogió el certificado de la mesa, lo dobló con cuidado por los pliegues y volvió a guardarlo en el bolsillo interior de la chaqueta—. Y seguro que también tienes razón en lo de poner fin a nuestro matrimonio. Perdóname por no haber sido más sensato en ese aspecto. Ya sabes lo estúpido que soy para estas cosas.

Se levantó del sofá.

—Clement, no te vayas. Por favor, siéntate otra vez.

—No. Deberías echarte un poco. Ya te he dado suficientes disgustos. Además, tengo una cita en Harley Street. El médico a quien vi ayer me sugirió que consultara a un colega, quien sin duda me mandará a su vez a algún otro especialista. Es lo que se les da bien a los médicos, me parece. Creo que haría mejor en limitarme a coger el tren de vuelta a casa.

Se quedó ahí plantado unos instantes, considerando qué hacer.

—Claro que deberías ir a ver al médico —dijo Coral.

—Supongo que no... —empezó Clement, pero se interrumpió.

—¿Supones que no qué?

—No, nada. No. —Pero entonces se volvió hacia ella—. Solo me preguntaba si esta noche...

Volvió a interrumpirse, y esta vez Coral no lo incitó a seguir.

—Solo me preguntaba si querrías cenar conmigo esta noche. Si voy a ver a ese otro médico, como tú sugieres, en lugar de irme a casa, esta noche estaré solo en la

ciudad, y la idea no me entusiasma. Significaría mucho para mí que me acompañaras. A menos que tengas otros planes; supongo que sí los tienes.

—No. No tengo otros planes.

—Me alojo en el Durrants. Creo que la comida que sirven es aceptable, pero te llevaré encantado a cualquier sitio. Me temo que no conozco los restaurantes de Londres. Pero me gustaría muchísimo oírte hablar sobre la vida que llevas aquí.

Coral no dijo nada.

—¿Conoces el Durrants? —quiso saber Clement.

—No.

—Está en Manchester Square.

Coral se volvió hacia él.

—Solo he dicho que no tengo planes para esta noche, nada más.

Él pareció perplejo unos instantes, como si ella hablara en un idioma que él estuviese estudiando y solo fuera capaz de comprender con retraso y mucho esfuerzo. Entonces las palabras de Coral parecieron hacer mella en él. Se estremeció un poco.

—Claro. Perdona, no te había entendido bien.

De pronto se oyó un estruendo al otro lado de las ventanas y la lluvia arreció contra los cristales. Clement cruzó la habitación y apartó una cortina. El mundo se había vuelto terriblemente oscuro, y caía un fuerte aguacero, demasiada agua de una sola vez, resultaba tan poco creíble como si de una película se tratara.

Coral se levantó del sofá y fue a situarse al lado de Clement. La lluvia tenía algo maravilloso, con toda aquella fuerza y la asombrosa rapidez con la que el día pasaba de la luz a la oscuridad. Permanecieron allí, codo con codo, viendo caer el aguacero sobre Grantley Terrace, observando las gotas que acribillaban la calle y rebotaban, una hipnótica confusión de salpicaduras, caídas seguidas muy deprisa, tan deprisa que rayaba en lo imposible, por el movimiento hacia arriba.

Coral estaba sentada ante la ventana abierta de su habitación, que daba al jardín, esperando a que llegase la hora de cruzar el parque y cenar con Clement en el Durrants.

Se había dado un baño y llevaba su mejor vestido, que seguía siendo el azul marino con topes blancos que se había puesto para visitar a Walter DeVries. La única diferencia era que ahora tenía un bolso azul marino que quedaba mucho mejor con el vestido que el negro.

Una mujer salió al jardín de la casa contigua, vació basura en un cubo y luego encendió un cigarrillo. Se quedó allí fumando, disfrutando de la luz del atardecer. Había parado de llover y el ambiente era casi fresco. Coral observó elevarse el humo del cigarrillo en el aire iluminado.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

Madame Paszkowska abrió. Coral se levantó.

—Coral, qué guapa está. Qué vestido tan bonito.

—Gracias.

Madame Paszkowska se quedó en el umbral como si no supiera muy bien qué hacía allí.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó por fin.

—Sí, ya estoy bien. Hace un anochecer precioso.

Las dos miraron hacia la ventana abierta.

—Sí —contestó la casera—, cómo me gustan estas tardes de verano. —No dijo más; se limitó a seguir contemplando el cielo azul pálido.

Al cabo de un ratito, Coral preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Algo va mal?

—Ay, me temo que... Creo que esta tarde he hecho algo que está mal.

Coral esperó a que continuara, y cuando no lo hizo, preguntó:

—¿Qué ha hecho?

—Esta tarde, cuando estaba en el salón con su amigo, ¿se acuerda de que les he dicho que les traería té?

—Sí, me acuerdo.

—Bueno, pues lo he hecho, pero en lugar de entrar con la bandeja en la habitación, como debería haber hecho, me he quedado ante la puerta escuchando su conversación.

—Vaya.

—Lo siento muchísimo. Ya sé que ha estado mal. Y no tengo la costumbre de escuchar... ¿cómo dicen ustedes? ¿A rabadillas?

—A hurtadillas.

—Ah. —Madame Paszkowska no pareció muy convencida, pero continuó—. Y así, me he enterado de que su amigo, ese hombre, es su marido. Están casados, ¿no?

—Sí.

—Me sorprende, claro. Nunca ha dicho que estuviera casada.

—No, no lo he dicho.

—Todo es muy confuso, ya lo sé. Nuestras vidas lo son. Pero hoy me he enterado y ahora no sé qué hacer...

—¿A qué se refiere?

—Sé... no he podido evitar saberlo, que usted y Lazlo han... intimado. Y me parece, aunque quizá me equivoco, pero creo que es posible que usted esté un poquito enamorada de él.

Madame Paszkowska esperó, pero Coral no contestó. Casi parecía que no hubiera escuchado lo que le había dicho.

—¡Ay, Coral! No sé qué está bien y qué está mal. Solo quiero ayudarla, le tengo mucho cariño y me parece que está muy sola. ¿Es su marido el hombre de esta mañana?

—Sí, pero en realidad no.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco. No acabo de entenderlo. Nos casamos antes de que yo viniese a Londres. Pero fue un matrimonio raro.

—Muchos matrimonios son raros —repuso madame Paszkowska—. Yo misma he tenido dos.

—El mío fue muy raro. Duró un día. Menos de un día.

—¿Pero van a estar juntos otra vez, ahora que la ha encontrado?

—No lo sé.

—¿Es Lazlo el motivo de que no vuelva con él?

—No. No tiene nada que ver con Lazlo.

—Eso es lo que me preocupa. Me preocupa que piense usted que Lazlo... No sé qué le ha contado él, si sabe que está prometido.

—No. No lo sabía.

—Es una chica que conoció en vacaciones en Lowestoft. Dice Lazlo que es buena chica, de una familia francesa decente. Se llama Yvonne Marchand. Se casan en septiembre.

Coral cerró los ojos. «No puede ser de muy buena familia si pasa las vacaciones en Lowestoft», se dijo. Volvió a abrir los ojos y tendió una mano para enderezar el cuadro que colgaba en la pared, el de los dos petirrojos posados en el borde del nido. Luego se sentó en la cama.

—¿Por qué me cuenta esto? No creo que sea asunto mío.

—Si estoy siendo inoportuna, permíteme, por favor. Tal vez no he hecho bien en hablarle de ello. Pero llevaba toda la tarde preguntándome qué hacer y qué decirle, o si no debía hacer ni decir nada, y me ha parecido que lo mejor sería contarle estas cosas porque pueden significar algo para usted, pero permíteme si me he equivocado.

—No, ha sido usted muy amable. Y me alegro mucho por Lazlo e Yvonne. ¡Y qué feliz debe de sentirse usted!

—Lazlo se porta mal a veces, pero lo quiero mucho.

—Conmigo no se portó mal. No debe pensar que lo hizo, fue bueno conmigo.

—Ay, Coral... ¿Qué va a hacer? Parece muy buen hombre, su marido. Sin duda volverá con él, ¿no? Esta no es vida para usted.

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero a su vida aquí, en esta habitación, en esta casa. A lo de salir cada día como lo hace, a ocuparse de extraños. No creo que sea una buena vida. ¿No quiere tener un hogar, unos hijos?

—No lo sé. No sé qué quiero. Pero me gusta mi vida aquí, en esta habitación, en esta casa. Ocupándome de extraños.

—A mí no me parece que sea vida para una mujer como usted. Acabará como la señorita Lingle, con su conejo.

—Yo creo que a la señorita Lingle se la ve muy feliz. Podría irme mucho peor.

—Sí, claro, pero también podría irle mucho mejor. Ahora se le ha presentado la oportunidad de tener una vida como debe ser.

—¿Como debe ser? ¿Qué clase de vida es esa?

Madame Paszkowska cruzó la habitación y se sentó junto a Coral en la cama. Con una mano le dio palmaditas en el cabello, acariciándoselo, y luego la apoyó contra su cabeza.

—Se la ve tan perdida, tan infeliz. ¿Qué problema tiene con ese hombre? A mí me parece que la quiere. ¿Lo ama usted?

Coral no dijo nada. No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que madame Paszkowska le enjugó las lágrimas de la mejilla.

—¿Qué le hizo para que huyera de él? ¿Le pegaba?

—No, no, qué va. Fue bueno conmigo. Siempre me sentí a salvo con él.

—Entonces ¿por qué? ¿Por qué lo abandonó y vino aquí a Londres, sola?

—Ya se lo he dicho. Todo fue una equivocación. Hubo un lío. Los dos estábamos muy asustados...

—¿Asustados? ¿De qué?

—No puedo explicárselo todo. Fue como un sueño, una pesadilla, y ya había terminado. O eso pensaba yo, hasta que él ha aparecido hoy. —Coral se puso en pie y miró por la ventana.

—No ha terminado —dijo madame Paszkowska—. Apenas ha empezado.

—No. Sí que ha terminado. A lo mejor nunca existió.

—¿Nunca lo amó?

—No lo sé.

—Yo creo que sí. Tiene que haberlo querido, si no ¿para qué ponerse ese vestido? ¿Para qué ponerse tan guapa?

—No estoy guapa. Y este es el único vestido que tengo.

—No, tiene varios vestidos. Yo los he visto, y ninguno es como este. Siempre está muy guapa, sí, pero no como ahora. Tiene que sentir algo, si lleva este vestido.

Coral no dijo nada.

—Ha dicho que fue bueno con usted, que se sentía a salvo con él, ¿no es cierto?

—Sí, pero eso no es amor.

—¿No? ¿Cómo lo sabe? ¿Sabe qué es el amor?

—No.

—Yo creo que sí —concluyó madame Paszkowska. Se levantó y fue hasta el umbral. Dio media vuelta y sonrió—. Claro que lo sabe. —Dejó la puerta abierta detrás de sí.

Coral miró por la ventana. La mujer del jardín de al lado ya no estaba, y el sol se había puesto tras unos edificios distantes.

Clement estaba sentado en el vestíbulo del Durrants. Del comedor llegaba el

estridente sonido del júbilo. Hacía mucho que había pasado la hora señalada y, claramente, no tenía sentido que siguiera allí exhibiendo su abandono, pero no soportaba la idea de volver a su habitación ni la perspectiva de cenar solo. Había reservado una mesa para dos y pedido que los estuviera esperando una botella helada de Sancerre.

Una camarera recorrió el vestíbulo encendiendo las lámparas; estaba oscureciendo. El portero le preguntó, por segunda vez, si esperaba un taxi. Sacudió la cabeza y entonces pidió la llave y subió a su habitación. Dejó las luces apagadas y fue hasta la ventana, por donde entraba un resplandor artificial y mortecino del mundo exterior.

Se sentó en la cama. Quería salir del hotel pero no tenía ni idea de adónde ir. Supuso que podía coger un tren para irse a casa, pues aún era relativamente temprano, pero comprendió que la idea de llegar a Hart House de madrugada era tan insoportable como la de quedarse donde estaba.

De hecho, supo de pronto que no soportaba estar en ningún sitio.

Se levantó y abrió el armario. La barra estaba demasiado baja, y de todas formas su peso la rompería. Deseó haberse traído la pistola, pero no lo había hecho, por supuesto. Solo le quedaba la navaja de afeitar.

Se volvió para mirar por la ventana la luz nocturna que entraba a través del visillo y escuchó unos instantes los sonidos que llegaban de la calle. Una mujer que reía — ¡que reía, nada menos!— y automóviles que pasaban ante el hotel. Cruzó la habitación, cerró la ventana y corrió las cortinas, y el dormitorio se sumió en la oscuridad y en un silencio casi absoluto. Se quitó la chaqueta, los zapatos y los calcetines. Se aflojó la corbata y luego se desnudó por completo. Dejó la luz del baño encendida el tiempo suficiente para encontrar la navaja y dejarla en equilibrio en el borde de la bañera, y luego volvió atrás para apagarla. Con el baño totalmente a oscuras, llegó a tientas hasta la bañera. Era antigua, larga y profunda; se metió dentro y se tendió contra la porcelana, y la notó fría bajo la piel desnuda. Era el momento adecuado y el sitio adecuado. Tuvo esa certeza, y durante unos instantes en esa certeza hubo algo positivo que lo confundió, que lo hizo pensar que tal vez se equivocaba. Pero no, no era más que un truco. Estaba seguro. Se quedó muy quieto en la oscuridad dejando que aquella sensación de certeza lo invadiera.

Al cabo de un momento oyó a alguien recorrer el pasillo hasta su puerta y se dijo: «Coral ha venido, ha cambiado de opinión». Se incorporó hasta quedar sentado y oyó cómo se acercaban los pasos hasta detenerse ante su puerta.

Al levantarse de la bañera tiró la navaja al suelo. La oyó resbalar por las baldosas de cerámica y la pisó cuando tanteaba en busca del interruptor. Cuando la encendió, la luz del baño se le antojó cegadora, y los golpes en la puerta, extremadamente fuertes, como si su desnudez lo volviera demasiado vulnerable ante el mundo que lo asaltaba.

Se quedó paralizado un instante, confuso, aturdido por la luz, el ruido y el intenso

dolor que sentía de pronto en la planta del pie, donde se había cortado con la navaja, y entonces oyó que volvían a llamar y comprendió que quien estaba en la puerta no era Coral, en absoluto; los golpes eran demasiado enérgicos y audaces para provenir de ella.

—¿Quién es? —exclamó.

—¿Comandante Hart? —Era la voz de un joven: el portero—. Tengo un mensaje para usted. Una nota.

—Estoy en la bañera. Deslízela por debajo de la puerta.

—Sí, señor —respondió el portero, y Clement oyó que trataba de empujar el papel bajo la puerta pero la moqueta de la habitación se lo impedía—. No entra. Algo no la deja pasar, la moqueta o algo así. ¿Puede abrir la puerta, señor?

Clement comprendió que no quería aquella nota en su habitación.

—No. Léamelo.

—¿Señor?

—El mensaje. Por favor, léamelo.

—Me parece que es un mensaje privado, señor.

—Claro que lo es. Léamelo y ya está.

Clement esperó, pero no oyó nada.

—No le oigo.

—Estoy abriendo el sobre, señor. Dice: «Lo siento muchísimo, pero creo que los dos sabemos que es imposible. Mejor dejarlo ahora. Coral».

Al cabo de unos instantes, el portero preguntó:

—¿Me ha oído, señor? ¿Quiere que se lo vuelva a leer?

—No. Lo he oído. Gracias.

Notó que el pie le resbalaba en el suelo y bajó la mirada y vio la sangre.

—¿Todavía quiere la mesa, señor?

—¿Cómo?

—La mesa que ha reservado en el comedor. El señor Simpson, el *maître*, se pregunta si aún la quiere, señor.

—No.

—Muy bien, señor. ¿Necesita algo más?

—¿Podría traerme una venda o algo así? Me he hecho un corte en el pie.

—¿Una venda, señor? ¿Está sangrando?

—Sí —contestó Clement—, sangro.

A la mañana siguiente, cuando estaba a punto de salir de casa, Coral encontró a madame Paszkowska leyendo el periódico en su saloncito privado.

—Buenos días.

—¡Coral! Adelante, siéntese.

—No. Llego tarde a trabajar. Solo he venido a decirle que a final de mes me

marcharé de Grantley Terrace. Quiero avisarla con la debida antelación.

Madame Paszkowska sonrió.

—¿De modo que por fin va a volver con su marido?

—No —contestó Coral.

—¿No? ¿Pero por qué? Pensaba que...

—Me quedaré aquí, en Londres, pero tengo que irme de Grantley Terrace.

—¿Pero por qué, Coral, por qué? ¿A qué viene esto, qué ha pasado?

—No ha pasado nada. Nada en absoluto. Sencillamente no me parece que esté bien que siga viviendo aquí, dadas las circunstancias.

—No hay ninguna circunstancia. ¿Se refiere a Lazlo? No volverá por aquí hasta Navidad.

—Pues no quiero estar aquí para entonces, así que lo mejor es que me vaya ahora. Lo he pensado bien y estoy segura de que es lo mejor.

—¿Pero no debe irse, Coral, no puede! Vaya, ¿qué he hecho? Ahora veo que hice mal en hablar ayer con usted, nunca está bien interferir, no debería haberme ido de la lengua. Oh, Coral, por favor, olvide todo lo que le dije. Quería ayudarla, pero ahora me doy cuenta de que me equivocaba.

—No, no. Sí que me ayudó. De verdad. De no ser por usted, quizá habría...

—¿Qué? ¿Qué habría hecho?

—Podría haber cometido una locura. Por segunda vez.

Madame Paszkowska se levantó del sofá, fue hasta Coral y la abrazó. Luego dio un paso atrás y le acarició la mejilla.

—No pienso aceptarlo, tiene que reflexionar. No se preocupe por avisar con tiempo ni nada parecido. No hay que decidir nada ahora. Quédese todo el tiempo que quiera. Este es su hogar. Prométame que lo pensará.

—Ya lo he pensado. Estoy segura. Me iré a final de mes.

El matrimonio de Clement y Coral quedó disuelto legal y amistosamente en 1954 en virtud de tres años de abandono.

Quinta parte

Habían salido de Londres temprano y viajado en el coche toda la mañana dirigiéndose al norte por la cómoda autopista nueva. Lazlo se había comprado unos guantes especiales que dejaban a la vista un cuadrado de piel desnuda en el dorso de cada mano, y unos zapatos especiales cuyas finas suelas de piel estaban salpicadas de bultitos, como si se fueran de safari o de expedición, y no simplemente a Yorkshire. Pero la suya era una vanidad afable y divertida. Era una de las muchas cosas que Coral adoraba de él.

Era además muy buen conductor, y eso también le gustaba a Coral. Conducía rápido, zigzagueando entre el tráfico y adelantando a casi todos los coches que encontraban, como si solo ellos tuvieran un futuro.

Coral no había pensado en parar en Harrington —de hecho, ni siquiera sabía que pasarían por Harrington— hasta que vio el letrero con la distancia a la que se hallaba.

—Harrington —dijo.

Ninguno de los dos había dicho nada en más de una hora. Lazlo apartó una mano del volante para coger la de Coral.

—Qué guantes tan absurdos —comentó ella.

—A mí me gustan. ¿Qué has dicho?

—Harrington. —Le acarició la piel en la ventanita del guante.

—¿Qué es Harrington?

—Acabamos de pasar un letrero. Es un pueblo, un poco más allá. A treinta kilómetros. Viví allí una temporada.

—¿En tus tiempos de enfermera?

—Sí, en mis tiempos de enfermera.

—¿Quién era tu paciente?

—Una dama anciana, se estaba muriendo de cáncer.

—Suenas de lo más alegre.

Coral se volvió para mirar por la ventanilla.

—Fue hace casi quince años. Imagínate. La primavera de 1950. Una primavera muy húmeda.

—Todas las primaveras lo son.

—Aquella primavera lo fue especialmente.

—¿Hay un restaurante decente? Ya va siendo hora de que paremos a comer.

—Fue allí donde conocí a Clement.

—¡Madre mía! No es de extrañar que recuerdes el sitio. El famoso Clement, mi predecesor.

—No. No lo fue.

—¿Y qué fue, entonces?

—No lo sé. No creo que llegue a saberlo nunca. Tú sí que has tenido una predecesora como Dios manda. O yo, más bien. Yvonne.

—Pelillos a la mar y lo pasado a olvidar —soltó Lazlo, que era lo que decía siempre que hablaban de Yvonne—. ¿Y si paramos? Igual nos encontramos con tu

Clement. Me gustaría mucho verlo.

—Hay un sitio donde se puede comer. O al menos lo había.

—Entonces seguro que sigue ahí. Estos pueblos de provincias nunca cambian.

Recorrieron en coche la calle mayor. La floristería aún estaba allí, pero la *boutique* Dalrymple se había convertido en una verdulería. El Black Swan seguía siendo el Black Swan y había cambiado muy poco, incluido el menú. Como estaban en verano, era temporada de melones.

—Un almuerzo pésimo —comentó Lazlo cuando se llevaron los platos—. En Hatton Hall lo haremos muchísimo mejor.

—Eso habrá que verlo.

—Pero bueno, Coral, ¿cómo puedes dudarlo? Mujer de poca fe.

—No dudo de tu capacidad, sé que puedes hacerlo mucho mejor, pero el local no es todavía nuestro.

—Formalidades, meras formalidades. Sé que será nuestro.

—Formalidades y dinero. —Coral se puso en pie—. He de ir otra vez al baño.

—Nos encontramos fuera, entonces. Quiero echar una ojeada a ver si veo a tu cabo.

—Era comandante.

—Un torpón con una pata averiada, en cualquier caso. No ha de costar mucho distinguirlo.

Coral se inclinó para darle un beso.

—No te burles.

Lazlo la observó cruzar el comedor y la puerta que daba al salón y desaparecer. Pagó la cuenta y después fue al salón para salir al pequeño jardín delantero del Swan. Estaba a rebosar de malvarrosas, azucenas y todas esas cansinas flores que cabe esperar en un jardín inglés. Si fuera suyo, las arrancaría todas y pondría algo muy moderno y elegante: una explanada de césped y un seto vivo en miniatura bordeado por gravilla blanca. Quizá unos cuantos setos ornamentales. Encendió un pitillo y recorrió el corto sendero hasta la acera de la calle mayor, donde esperó al sol.

Ante una mesita en el exterior del estanco de la puerta de al lado, vio a una mujer grandota con un vestido floreado cuyo estampado recordaba al jardín que acababa de cruzar.

—Acérquese y cómpreme una flor —lo llamó la mujer tendiendo hacia él una lata con amapolas de papel de distintos colores—. Es para una buena causa.

Lazlo se acercó sin prisas.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —contestó la mujer—. ¿Me compra una flor? ¿O varias? Media corona cada una. Quedan estupendas en el ojal, y no he podido evitar fijarme en que no lleva ninguna.

—¿Para qué las vende?

—Para los niños espásticos del Hospital de St. Hilda. Estamos construyendo una sala nueva.

—¿Qué color me llevo?

—Una roja, diría yo. —Cogió una amapola roja de la lata y la sostuvo contra la solapa de Lazlo—. O puede que rosa. Ay, no sé. —Repitió el proceso con una flor rosa—. ¿Qué opina?

—La rosa, me parece.

—Sí. La roja es demasiado audaz. La rosa le queda estupendamente. —Le puso la flor en el ojal—. Ya está. ¿Y una para la señora también?

Lazlo se volvió para encontrarse a Coral de pie a su lado.

—¿Te gusta mi flor? Es para un hospital de niños.

—Muy bonita. Yo me quedo la roja, por favor.

—Estupendo. —La mujer le tendió a Coral la flor roja.

—¿Dolly? ¡Eres tú! Me lo ha parecido.

—¡Coral! ¡Madre mía! ¿Quién lo hubiera dicho? ¡Si es Coral!

—Vaya, así que se conocen —intervino Lazlo.

—Sí —contestó Coral riendo—. Te presento a Dolly Lofting. Dolly, este es mi marido, Lazlo Paszkowski.

—¿Qué tal? —preguntó Dolly.

—Encantado —dijo Lazlo.

—Dolly y su marido eran buenos amigos de Clement.

—Fuimos testigos de vuestra boda, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. ¿Cómo está Robin?

—La verdad, no lo sé. Nuestro matrimonio se acabó. Se ha ido lejos.

—Ah, sí... a Australia, ¿no es eso?

—No, qué va. Eso no era más que una de sus fantasías. Solo llegó hasta Brighton. Lleva una tienda de antigüedades que se llama La Edad Dorada, con un caballero amigo suyo. Sus existencias consisten, en su mayor parte, en el contenido de Villa Eustacia.

Coral se volvió hacia Lazlo.

—Dolly y Robin tenían una casa maravillosa, llena de cosas bonitas.

—Me temo que casi todo era pura basura —dijo Dolly—, pero supongo que en eso consisten casi todas las supuestas antigüedades. Pero claro, en Brighton nadie tiene ni idea de nada.

—¿Pero no echas de menos todas tus cosas?

—No, para nada. Nunca he sido sentimental con los objetos. Me parece un derroche de sentimiento.

—Pero tenías muebles muy poco corrientes. Me acuerdo muy bien de tu casa. Debe de parecer vacía sin ellos.

—Ay, Coral —dijo Dolly—. ¿No lo sabes? Estaba segura de que lo sabrías.

—¿Si no sé qué?

—Qué curiosa y qué rara es la vida. Ahora vivo en Hart House. Estoy casada con Clement. Imaginaba que lo sabías, pero claro, cómo ibas a saberlo, si hemos perdido el contacto.

—Dolly, no me digas... ¿de verdad? ¿Estás casada con Clement?

—Hace varios años... desde el cincuenta y seis. De pronto la cosa tuvo sentido, de la manera más maravillosa posible. Hemos sido muy felices juntos.

—Estoy contentísima por ti, Dolly... y por Clement también.

—Eres un encanto —dijo Dolly, y ajustó la flor rosa en el ojal de Lazlo—. ¿Pero qué demonios hacéis aquí, en Harrington? ¿Habéis venido a ver a Clement? ¿Ocurre algo?

—No, no —respondió Coral—. No pasa nada. Solo íbamos hacia el norte desde Londres y se nos ha ocurrido parar aquí a comer. No me había dado cuenta de que la autopista pasaba tan cerca de Harrington.

—¡La maldita autopista! Dicen que va a cambiarlo todo. Están a punto de drenar la vega del río para construir chalets modernos. Quién viviría en ellos, eso no se sabe. ¿Os imagináis, Hart House rodeada de chalets adosados? También querían comprar nuestras tierras, pero Clement se negó, por supuesto. Hemos instalado una nueva cocina, ya no está en el sótano, y hemos reformado los lavabos. De manera que ya no estamos en la Edad Media, aunque todavía queda mucho por hacer. —Dolly se volvió hacia Lazlo—. Era un mausoleo, un auténtico mausoleo. Pero tenéis que venir a verla. Claro que sí. Y a Clement también, claro.

—Ay, no —repuso Coral—. Me temo que no tenemos tiempo. Tenemos que llegar a Yorkshire esta noche. Nos gustaría comprar una propiedad allí, una casa. Para montar un hotel. Lazlo administra hoteles.

—Adoro los hoteles. Viviría en uno si pudiera. Iré a alojarme en el vuestro en cuanto abráis. Pero Coral, querida, ¡no puedes esfumarte como si tal cosa después de haber aparecido así! Te lo prohíbo. Tenéis que venir a tomar el té con nosotros, y quedaros a pasar la noche si puede ser. ¡Seguro que podéis llegar a Yorkshire por la mañana! Vuestra casa va a seguir ahí una noche más.

—Eres muy amable, pero tenemos que estar allí esta noche.

—Bueno, ¿y qué tal a la vuelta? Seguro que podéis parar entonces a vernos, ¿no?

—A lo mejor sí, ya veremos.

—Bueno, pues espero que lo hagáis. Oh, Coral, verte me ha dejado totalmente abrumada, en serio. Tengo que abrazarte, claro que sí.

Dicho lo cual, Dolly estrechó a Coral entre sus brazos, y cuando la soltó, Coral vio que tenía lágrimas en los ojos.

—Siempre te tuve mucho cariño, de verdad, eras una cosita tan adorable y encantadora... Y se te veía tan sola y perdida que quise ayudarte, en serio.

—Y lo hiciste. Fuiste muy buena conmigo, Dolly. Y me ha alegrado mucho saber que Clement y tú estáis casados. Muchísimo.

—¿De verdad? Siento adoración por él, ¿sabes? Pero no querría que pensaras que...

Coral tendió una mano para tocarle el brazo.

—Me alegro mucho por los dos —interrumpió—. Y ahora de verdad que no nos queda otro remedio que irnos, ¿a que sí, cariño? —Trasladó la mano al brazo de Lazlo.

—Eso de que no nos queda otro remedio suena horrible —comentó Lazlo—, pero supongo que sí, deberíamos ponernos en marcha. Ha sido un placer conocerla, señora Hart. Le deseo mucha suerte con su hospital.

—Pero prometeme que pasaréis a vernos a la vuelta —insistió Dolly.

—Sí, claro —respondió Coral—. Te lo prometo.

Coral y Lazlo no hablaron hasta que hubieron vuelto a la autopista y transitado un rato por ella. Quizá a causa de la distancia recorrida desde Londres, o porque era más tarde y mucha gente había llegado ya a su destino, había muchos menos coches, y a veces, durante largos tramos, el suyo era el único vehículo a la vista. Sin apenas tráfico, a Lazlo se le presentaban menos oportunidades para conducir de manera teatral, y su avance constante tenía algo melancólico y cansino.

Coral se estaba quedando dormida cuando lo oyó hablar.

—¿De manera que no querías verlo?

Ella abrió los ojos y vio que Lazlo sujetaba el volante con ambas manos. Los guantes de conducir estaban en el asiento de atrás, arrugados, y sin ellos las manos se le veían sorprendentemente desnudas y vulnerables.

—No teníamos tiempo.

—Claro que sí, si hubieras querido verlo.

—Entonces supongo que no quería. No habría tenido sentido.

—¿Qué quieres decir con eso?

Coral se encogió de hombros. Miraba por la ventanilla. El mundo pasaba muy deprisa. Si lo mirabas directamente, de lado, no era más que un borrón; la única forma de verlo era mirar al frente para ver cómo se avecinaba. Pero desaparecía en cuanto llegaba.

—No lo sé. No, supongo que no quería verlo.

—Entonces ¿por qué nos hemos parado allí?

—Fue idea tuya —le recordó ella.

Lazlo no lo negó, y al cabo de un momento, dijo:

—Me ha parecido muy alegre.

—¿Dolly?

—Sí. Muy simpática, la verdad.

—Sí. Es extraña en eso.

—¿Te parece extraño ser simpático?

—Normalmente, no. Pero sí me parece extraña la forma que tiene Dolly de ser simpática. Nunca la entendí.

—Eres un arcano.

—¿Qué es un arcano?

—No lo sé muy bien, pero tú lo eres.

Coral deseó que la acariciara, pero las manos de Lazlo seguían siendo el volante. Se dijo que si las miraba fijamente quizá sería capaz de transmitirle su deseo, pero no lo consiguió. De modo que tendió una mano y la apoyó en su pierna.

—No excites al conductor —dijo él, pero sonrió.

Como tantas cosas que el tiempo viene a alterar, Dolly no aplicó la filosofía de dormitorios separados para las parejas casadas en su segundo matrimonio. El momento en que Clement y ella, uno por cada lado, abordaban la gran cama de dosel que antaño perteneciera a la anciana señora Hart, era un momento que esperaba con ilusión y del que disfrutaba muchísimo. A Dolly le gustaba charlar en la oscuridad. Le parecía una manera estupenda y cordial de poner fin a la jornada. La idea de sumirse en el sueño en silencio la asustaba. Hablar iluminaba la penumbra; era un modo de reafirmar tu existencia antes de precipitarte al abismo del sueño. Clement, como siempre, se mostraba taciturno y con frecuencia se dormía en pleno monólogo de Dolly, pero a ella no le molestaba. De hecho, le encantaba el momento en que sentía aflojarse su cuerpo y liberarse de la carga de la conciencia; estar despierta mientras él dormía se le antojaba un curioso triunfo, como si en cierto sentido le hubiera dado una lección de humildad, como si lo hubiera vencido.

Pero aquella noche ella no parloteó y él no se quedó dormido. Era una noche cálida y nada oscura, próxima al solsticio de verano y, aunque las cortinas estaban corridas, daba la sensación de que el mundo al otro lado siguiera vivo y despierto, confuso por el intervalo decepcionantemente breve entre el anochecer y el alba, en el que nada completo o real podía suceder.

Clement y Dolly yacían despiertos, tensos y rígidos, en una suerte de vigilia simbiótica. Por fin, tras lo que parecieron varias horas de suspense, Clement se levantó. Lo hizo despacio y en silencio, se puso la bata y las zapatillas y se quedó plantado junto a la cama, consciente de que no podía esfumarse sin decir nada.

Al cabo de unos instantes, Dolly preguntó:

—No debería habértelo contado, ¿no?

—¿Qué?

—¿Qué? Pues lo de mi encuentro con Coral. Y su marido. Dudo mucho que pasen por aquí a la vuelta. Han dicho que lo harían... bueno, lo ha dicho ella, pero sé que no lo harán. Parecían tener muchas ganas de alejarse de aquí.

—¿Y por qué les has dicho entonces que vinieran?

—No lo sé. Estaba muy aturdida por lo de que hubiese aparecido así, por las buenas. Supongo que solo trataba de ser educada. Pero no... No, no es eso. He pensado que igual querías verla y que yo no debería interponerme.

Clement no dijo nada. Se soltó el fajín de la bata y luego volvió a atárselo.

—Supongo que no debería habértelo contado.

—Claro que sí. ¿Por qué no ibas a contármelo?

—Porque te he dado un disgusto. —Dolly levantó una mano en la oscuridad, como si hubiese algo colgando ahí, fuera de su alcance, y luego la dejó caer. Alisó la colcha, que Clement había arrugado al levantarse—. ¿Te he dado un disgusto?

—No. Solo voy a dar un paseo.

—¿Fuera?

—Sí. Me apetece un poco de aire fresco. No puedo dormir.

—¿Voy contigo?

—No. Vete a dormir.

—No puedo —contestó Dolly—. «Vete a dormir», qué curiosa expresión, en realidad. «Dormir» es el único sitio al que no podemos ir cuando nos lo mandan. Bueno, supongo que a la Luna tampoco. Podría ir a la selva amazónica o al Polo Norte incluso, pero no a dormir...

Clement tendió una mano y la posó en la mejilla de Dolly, húmeda de lágrimas. Dejó que sintiera su ternura y su cariño y luego la retiró.

—Solo voy a dar una vueltecita.

Dolly rio quedamente.

—¿No fue eso lo que dijo Dios antes de abandonarnos a todos?

Clement bajó por las escaleras, cruzó el vestíbulo y entró en el salón. El interior de la casa despedía el resplandor despiadado propio de la madrugada. Habían dejado abiertas las cristaleras y salió por ellas para cruzar el patio de gravilla hasta el jardín agostado. Hasta entonces habían tenido un verano radiante y seco. Más allá del huerto de frutales, en la parte más cercana de la vega del río, se alzaban imponentes máquinas de construcción, con sus siluetas oscuras recortándose contra el cielo aún resplandeciente, las excavadoras con las palas en alto, inmóviles y desafiantes. Clement contempló aquel paisaje desolado. Sabía que aquella profanación de la tierra era inevitable, y en cierto modo se alegraba de ello, porque aceleraba el proceso de distanciamiento de su propia vida: para él, la ruina de Hart House supondría un vínculo menos con el mundo. Era una locura resistirse al cambio, pues era cuanto existía, aunque lo cierto era que aquello no se veía moderno, no parecía progreso. En el espectáculo que contemplaba había algo prehistórico, como si el mundo se zambullera de nuevo en las tinieblas.

Pero no era su caso. Él había rejuvenecido. Dolly se había ocupado de ello, mandándolo a varios médicos y a un fisioterapeuta que le ceñía las piernas a una máquina que las estiraba y retorció, y que lo hacía dar puntapiés durante horas a un balón. Y su piel había sanado, y sus músculos volvían a estar fuertes y flexibles. El bastón estaba en el paragüero de bronce junto a la puerta de la entrada, una reliquia

del pasado. Ahora podía caminar cuanto tiempo quisiera y hasta donde quisiera, pero no tenía adónde ir.

El bosque de Sap Green seguía intacto. Pasaría a formar parte del Patrimonio Nacional, una condición para autorizar la transformación de la vega del río en urbanizaciones de viviendas. Continuaría enconándose en su húmeda y verde penumbra, aferrándose a sus secretos en tanto que el mundo exterior quedaba arrasado y devastado.

Clement cruzó el huerto entre frutales anodinos, pues se hallaban en esa aletargada fase del estío en que las flores han ofrecido ya sus fantásticos pétalos y el fruto aún tiene que materializarse, cuando los árboles son simples árboles, ni hermosos ni rebosantes de abundancia. El puente sobre el río estaba en muy mal estado, pero quedaban suficientes tablones para que pudiera cruzarlo y seguir el sendero que se internaba en el bosque. Allí dentro hacía tanto calor y el aire estaba tan quieto como fuera, pero la oscuridad había avanzado un poco más y en las grietas y hoyos bajo los árboles había leves trazos de humedad, como si aquel fuera un sitio oculto y recóndito en el cuerpo de la tierra.

Clement continuó por el sendero hacia el corazón del bosque.

¿Qué significaba que Coral hubiese vuelto a Harrington? ¿Se lo habría inventado Dolly, quizá para someterlo a alguna perversa prueba? No lo creía. Había decidido confiar en Dolly tiempo atrás, y ella, como si fuera consciente de dicha confianza, era siempre escrupulosamente sincera con él. Nunca se entrometía en nada y había muy poco engaño o disimulo entre ambos. Quizá Dolly se equivocaba; a lo mejor Coral sí aparecía en Hart House de regreso a Londres. Si no tenía deseos de verlo, ¿para qué había pasado siquiera por Harrington?

Pero recordó que siempre se había equivocado con Coral. Se acordaba de aquella noche en Londres, en el Durrants, metido en la bañera vacía, con la navaja de afeitar en el borde, a mano, no como Coral, tan lejos de su alcance. Había tenido su oportunidad de apearse del mundo y la había dejado pasar porque aún tenía esperanzas. Pero todo aquello ya había acabado.

Dolly lo quería, y su devoción, de algún modo, le impedía a él renunciar a su vida; lo había hecho aferrarse a ella, pues ¿qué es el amor si no el deseo de que el otro viva? A Clement se le antojaba increíble que alguien pudiera valorarlo de esa forma particular. Coral no lo había hecho. No le había importado gran cosa que estuviera vivo o muerto, cerca o lejos.

Robin lo había querido, por supuesto, pero el suyo no había sido un amor lícito, y Clement había hecho bien en apartarse de él. Había sido un amor frustrado, imposible, como esos brotes que se pudren en el pedúnculo y producen un fruto atrofiado, devorado desde dentro por gusanos. Mejor tener una vida tranquila y decente que ser un maricón en Brighton.

Cerca del corazón del bosque, donde la oscuridad era casi completa, se detuvo un momento entre los acebos, que se habían vuelto mayores incluso con el paso de los

años. Era un árbol extraño e inquietante, el acebo, con sus hojas costrosas y pinchudas, inhóspito y a la defensiva, ¿y de qué se protegía con tanta tenacidad? Coral se había internado hasta lo más profundo entre ellos para encontrarse con la peor forma posible de violencia. Había perdido un botón entre los acebos, y también otras cosas.

La noche describió un último giro que la acercó más a la mañana que al ocaso y exhaló una bocanada de aire fresco. La brisa agitó lentamente los árboles del bosque de Sap Green. Las hojas de acebo temblaron con su extraño sonido metálico. Era el sonido del mundo pidiendo una vez más que lo sosegaran. Clement dio media vuelta y echó a andar para salir del bosque oscuro.

«El amor a los libros, amigos, es el placer más grande, puro y perfecto que Dios ha previsto para sus criaturas».

ANTHONY TROLLOPE



PETER CAMERON nació en Pompton Plains, Nueva Jersey, en 1959 y se graduó en el Hamilton College de Nueva York en Literatura Inglesa. Ha trabajado en el mundo editorial y ha sido profesor en varias universidades norteamericanas, como Columbia, Sarah Lawrence o Yale. Antes de publicar su primer libro, una colección de relatos titulada *De un modo u otro* (1986), había publicado varios cuentos en *The New Yorker*. Desde entonces ha publicado siete libros que le han consolidado como un escritor de fama internacional, entre ellos destacan las novelas: *Año bisiesto* (1990), *Un fin de semana* (1995), *Andorra* (1997), *La ciudad de tu destino final* (2002), *Algún día este dolor te será útil* (2007) y *Coral Glynn* (2012).